
Antonio Costa Gómez
LA CASA QUE SE TRAGÓ EL OTOÑO
Prólogo de
Ernesto Sábato
europa ediciones

Antonio Costa Gómez

La casa que se tragó el otoño





EDIFICARE

UNIVERSI

www.europaedizioni.it

I edizione elettronica settembre 2019

ISBN 978-88-5508-621-9

Distributore per le librerie Messaggerie Libri

A Consuelo,

por aquel otoño

en Buenos Aires

Me tocó con manos de Melusina, fue como la caricia más leve y desesperanzada de un ser para entrar a fondo en otro ser”

Antonio Costa Gómez

La casa que se tragó el otoño

PRÓLOGO

17 de nov. (1977).

Queridísimo Antonio:

Creí poder verte en Galicia, pues debía hablar en Santiago de Compostela, pero finalmente no pude, estaba muy cansado. Llevé conmigo tu cuaderno, que quería entregarte personalmente, porque temo que se pierda, y ahora lo guardo aquí hasta que me digas cómo quieres que te lo envíe. Es probable que para abril vaya a Madrid, pero no estoy seguro de poder llegar hasta Galicia. De cualquier manera, me preocupa tener en mis manos un manuscrito tan valioso, y del que seguramente no tienes copia. Tanto a Matilde (cuyo juicio literario tengo en altísima estima) como a mí me parecieron páginas con grandes hallazgos y prometedoras de una obra importante; a ambos nos impresionó tu extrema sensibilidad para el universo (lírico y misterioso) de las cosas y de los seres humanos, tan cerca de algunas páginas de Rilke, memorables. Matilde se preguntó si no habías leído a Saint-Exupery (su gran admiración), pues en caso contrario te pide que lo hagas. Mantenme al tanto de tus cosas. Te abraza afectuosamente.

Ernesto Sábato

1

El primer día salió a la calle y le dijo al joven de una tienda: «quiero un vino que me haga ver las estrellas». El joven contestó: «tengo lo que usted quiere», lo tomamos y nos encantó su toque de los Andes. Pero luego volvió a la tienda y dijo: «sí, está bien, he visto las estrellas, pero ahora quiero un vino que me haga tocarlas». El joven lo pensó y dijo: «creo que lo tengo», y le ofreció una botella alargada de un vino de Mendoza. Y tuvimos una sensación todavía más dramática.

La primera vez que fuimos al centro en el metro nos dejaron pasar gratis, en la avenida Mayo se juntaban miles de personas que se dirigían hacia la plaza. Pensé que aquello era una revolución contra Cristina Fernández, creí que estaba asistiendo al fin de un gobierno. Después nos enteramos de que la multitud acudía a la Casa Rosada en apoyo de la presidenta, por eso la policía no intervenía. Pero parecía también una fiesta de bienvenida para nosotros.

A mí siempre me había atraído Buenos Aires, desde que me hablaban de ella en casa, desde que mi tío exiliado en la época de Franco me mandaba cómics del tío Gilito o de Hopalong Cassidy. Diez años atrás ya había ido y había pisado los rincones donde vivieron los personajes de Sábato, donde situó sus elucubraciones Borges, donde vio visiones Alejandra Pizarnik. A Circe también le resonaba desde niña Buenos Aires.

Empezábamos a convivir un mes juntos allí por primera vez a orillas del Atlántico en el mundo de los tangos. Para nosotros vivir en Buenos Aires significaba vivir en la literatura, en una ciudad donde todo estaba encendido. En las calles se movieron los personajes de Sábato, en las casas destiló Borges sus melancolías profundas, en los recintos Alfonsina escribió sus rebeldías punzantes y sus pozos. Al vivir en Buenos Aires vivíamos en los tangos y las palabras intensas.

No podíamos ir a Patagonia porque no me llegaba el dinero, pensaba en Bariloche y miraba en el plano sus avenidas junto al lago, me imaginaba en Calafate acercándonos en barco al Perito Moreno, pensaba en Ushuaia. Pensaba que lo máximo sería ir a Ushuaia, la Tierra del Fuego, le daba vueltas en la cabeza pero no podía ser. Le decía a ella que no podía ser aunque ella no decía nada. Veía en sus ojos la ilusión con que se imaginaba ir, veía el brillo de solo pronunciarlo.

Un día estábamos en la plaza más animada de Palermo, esperábamos en una terraza pensando en qué tomar, yo pedí una cerveza del sur. Ella miró la carta de helados, vio un helado de Patagonia, y dijo: «quiero un helado de Patagonia espectacular». Lo dijo con esa vibración que ponía inflando los labios y levantando las cejas. Yo la miré alucinado, bebí su encanto, me contagió su vitalidad profunda, viví el mundo como una maravilla igual que ella. La camarera sonrió asombrada, Circe asombraba a todos con su entusiasmo.

Avanzábamos por la calle Florida con esa animación ordenada de las calles europeas, nos parábamos con los espectáculos de tango, mirábamos los escaparates, entrábamos en las librerías. Nos encantaban los edificios con un dejo decadente de otra época, nos atraía todo lo que tuviera memoria. Cuando buscaba piso desde Madrid me ofrecieron una buhardilla en lo alto de una torre donde había vivido Alfonsina Storni, imaginé escenas que ocurrirían mientras mirábamos desde la ventana el río de la Plata. Pero cuando quise formalizarlo declararon el edificio monumento nacional. Ahora veíamos tantos otros edificios con fantasmas, latían para nosotros en todas las esquinas, nos llenaban las calles de sugerencias.

Le dije que Borges había nacido en Tucumán, 840, enseguida quiso que fuésemos allí. Después de dar mil vueltas desconcertantes resultó que solo quedaba un solar en obras. Pero en Anchorena, 1660, estaba la Fundación Internacional Jorge Luis Borges que dirigía María Kodama, le dije: «figúrate si pudiéramos hablar con ella». Ella lo tomó con entusiasmo, «claro que puedo hablar con ella, como pueda llegar hasta ella yo le hablo». Y yo la creí, no creí que nada se le resistiese, se acercaba a todo el mundo con vitalidad y desparpajo y lo deslumbraba. Se presentó en la Fundación y habló con una secretaria, le dijeron que María Kodama se encontraba de viaje.

Fuimos a la Biblioteca Nacional, en la calle México, donde trabajó Borges durante tantos años. Lo vimos todo vacío, habían trasladado la biblioteca a otra parte, solo encontramos un vigilante que conocía el gran Nombre, nos dejó echar un vistazo. Miramos la rotonda central con una enorme lámpara, subimos las escaleras, entramos en una sala de lectura, contemplamos los adornos del techo y los panes de oro en las esquinas. En un libro Cees Noteboom cuenta que llegó allí cuando todavía estaban trasladando los libros y se puso a apuntar los títulos en el orden en que estaban colocados por si eso tenía algún sentido, pero luego su cuaderno se perdió en un autobús de Buenos Aires. Pensé en ese libro dando vueltas por Buenos Aires, pensé que lo encontraría cualquiera que no le daría importancia, un empleado lo pondría en cualquier oficina impersonal, vagaría absurdamente con las divagaciones de Noteboom.

Nosotros en aquella biblioteca solo encontramos silencio, pensamos que aquello era un gran santuario, lo que hacía vibrar al

gran hombre eran los libros y las palabras. El mundo para él era una biblioteca, y por tanto la biblioteca era un mundo. Daba vértigo mirar allí, él inventó allí tantas cosas, pensó tantas cosas, vivió toda su vida y todas sus emociones soterradas. Pero ella lo convertía todo en vida, en emoción, y me la contagiaba a mí. Aquella visita fue una aventura trepidante, cada segundo que vivíamos en aquel otoño de Buenos Aires fue una aventura trepidante detrás de los escritores y la intensidad. Ella amaba desde siempre los libros, y caminábamos por Buenos Aires, la ciudad de los libros.

Todo lo llenaban los espectros y las vidas, vivíamos en el presente pero también en la memoria. Fuimos a la confitería Ideal en la calle Suipachá, vimos unos salones enormes y oscuros, nos dijeron que en la planta de arriba había clases de tango. Nos sentamos entre los espacios solemnes y ella habló con un camarero. Vimos un viejo sentado detrás de la máquina de cobrar y ella dijo: «cuántas historias sabrá ese viejo, seguro que ha visto a Borges venir por aquí», fue a hablarle y resultó que era el dueño. Ya se había jubilado pero seguía allí trabajando porque se aburría, llevaba cincuenta años metido entre aquellas paredes. Había venido desde Galicia a Buenos Aires a principios de siglo para buscar fortuna, y la había encontrado, y había hecho familia.

Había visto a Borges muchas veces en la confitería, Borges siempre pedía un café cargado. También habían ido allí presidentes, actores, el rey de España. Nos contó lo que pedía cada uno, sus manías, los gestos que hacían. Sentíamos retumbar las paredes al oírle, nos dio una tarjeta cuando nos fuimos. A donde ella iba revolvía a todo el mundo, sacaba un montón de recuerdos o de ocurrencias, lo ponía todo a vibrar. Hablamos de volver otro día, siempre hablábamos de hacer infinidad de cosas que luego probablemente no haríamos. Pero mientras lo pensábamos estábamos en ebullición, me daba un beso y decía: «amorcito, vamos a volver, ¿tú quieres?».

Nos acercamos a la cafetería Richmond de la calle Florida, la vimos inmensa, como concebida para caballeros ingleses. Vimos grandes mesas de mármol veteado, con el café muy largo te ponían un plato con pastas. Ella siempre creía que los camareros sabían todo, que todos eran muy cultos y enterados, comentaba: «seguro que saben dónde se sentaba Borges, les voy a preguntar». Me llevé una sorpresa, el hombre nos dijo el sitio exacto donde se sentaba el Ciego al fondo de la sala. Pensé que quería que se amortiguara el ruido de la vida, quería que llegara todo a él convertido en palabras, así debió de vivir Borges, siempre se metía en sombras o en libros, recibía los ecos del mundo.

Pero vibraba de lleno para nosotros. Yo siempre recordaba su poema «Límites». Ya no volverá a recordar una línea de Verlaine, el espejo que lo habrá mirado por última vez, etc. Allí en el Richmond latía yo con ella, comentábamos cada figura, cada diseño, cada foto.

Luego íbamos por la calle y nos asombraba cada detalle como si fuésemos niños que salían del colegio. Los atlantes sujetan el edificio de un banco, los portales abren un gran hotel abandonado, las buhardillas altas recuerdan París.

Fuimos en el barco que cruzaba el río de la Plata hacia Montevideo. Hablamos con un hombre que tenía un montón de periódicos, nos dijo que se llamaba Daniel Supervielle. Me sentí alucinado, le pregunté si era nieto de Jules Supervielle, un poeta amigo de Rilke que me fascinaba desde hacía mucho tiempo. Resultó que sí, fuimos hablando con él mientras mirábamos el agua del río de la Plata.

Nos habló de Montevideo, nos recomendó que fuéramos al bar Roldos en el Mercado del Puerto a tomar el medio y medio, era una mezcla de vino blanco con sidra. Y así lo hicimos. Comimos en un restaurante del Mercado del Puerto, miramos los tinglados antiguos, apreciamos los mostradores y las mesas decimonónicas, vimos las escaleras y los pasadizos en lo alto.

Había leído un artículo de Enrique Vila Matas que hablaba del hotel Cervantes, contaba que Adolfo Bioy Casares se alojó en el primer piso en la habitación número 12, escuchó las quejas de un niño en la habitación de al lado detrás de un armario, y escribió un relato, tiempo después sin saber nada Julio Cortázar se alojó la misma habitación, escuchó el mismo ruido, y escribió otro relato. Vila Matas pensaba alojarse después y mirar qué pasaba. Yo pensé en ir a ese hotel y pedir la habitación 12, pero cuando llegamos lo encontramos abandonado. Le hicimos fotos por fuera, miramos los balcones ajados y las cornisas sin sentido.

Montevideo me pareció triste y muerta, no la podía comparar con Buenos Aires, sin embargo le vi secretos encantos, y ocurrieron en ella tantas cosas. Nos alojamos en un hotel modesto en la avenida 18 de julio, desde la ventana veíamos el jardín de la plaza Cagancho, admirábamos las viviendas con molduras reflejadas en un gran edificio de cristal, eso le daba un toque de melancolía literaria. Hicimos el amor en un cuarto con una lámpara solitaria, desayunamos en una sala con cortinas que daba a la avenida.

Fuimos a la Filmoteca y vimos «Los paraguas de Cherburgo» de Jacques Demy, actuaba una Caterine Deneuve casi niña. Yo había visto esa película hacía mucho pero se había perdido en mi inconsciencia, todo volvió a salir de forma esquinada como si no pudiera defenderme contra ello.

Salió la nostalgia, vi las posibilidades malogradas, vi las decisiones que uno toma y nos llevan en una dirección para siempre, vi toda la belleza que se entrevé una vez y no puede tomarse. Al anochecer íbamos por la avenida que tenía una animación sorda, nos asomábamos a calles oscuras con cafeterías filosóficas, charlábamos en una terraza viendo el juego de las luces en unas cervezas.

A la mañana siguiente entramos en el Palacio Taranco, allí habían vivido presidentes, habían firmado un tratado entre Argentina y Chile delante del Papa. Vimos versiones de obras griegas en los salones con grandes espejos dorados, nos acercamos a ventanales que daban a la plaza Zabala, recorrimos en la planta de arriba grandes recintos con cuadros enormes y muebles franceses. Circe imaginaba fiestas en aquellos salones, pensaba que se movían las personas al compás de los valses y casi bailaba con ellas, hablaba con los encargados y les exponía sus ocurrencias.

Fuimos a la Torre de los Panoramas de Julio Herrera Reissig al lado del mar, imaginamos las reuniones en la terraza de los poetas simbolistas que no querían saber nada del mundo, solo querían pasiones y misticismos. Nos metimos en el bar Fun Fun a tomar uvita, esperamos un concierto de tango durante mucho tiempo pero al final nos fuimos, imaginamos cómo sería cuando cantaba Gardel.

Montevideo nos parecía silenciosa y un poco polvorienta, algunas grandes avenidas vacías parecían almacenes abandonados. Caminamos por la orilla del océano hasta el parque Rodó, señalamos donde estaba el submarino alemán Graf Spee acorralado durante la Guerra Mundial. Vimos una boda judía, admiramos estatuas de pensadores entre los árboles, nos acercamos a un lago con espesuras, rodeamos un castillo imposible sin puertas. Nos tendimos sobre el césped mientras nos hormigueaban los proyectos y los falsos recuerdos de todo lo que tenía que haber ocurrido, ella cerraba los ojos para escuchar más, en sus labios grandes dormían todas las fiebres.

Montevideo me parecía una ciudad clausurada como un astillero de Onetti, sin embargo se mostraba tan acogedora, ofrecía un trozo de tango en cada esquina, en cada rincón daba una reminiscencia, en cada esquina evocaba una frase de un escritor. Le dije: «muchos franceses han venido aquí, incluso han venido a nacer como Lautreamont, Supervielle, Laforgue, este último hablaba de los domingos que eran como símbolos y así parece ahora Montevideo».

Mirábamos la locura del palacio Salvo como una batería de cohetes apuntando hacia el cielo, admirábamos ese palacio que tendría que comunicarse con el Palacio Barolo en Buenos Aires según el arquitecto Mario Palanti. Funcionaría como otro faro al otro lado del río de la

Plata, sujetaría la antorcha de la cultura europea en América, llevaría a América la profunda antorcha de Dante amenazada en Europa en la Primera Guerra Mundial.

Mirábamos el teatro Solís, ella evocaba en él a los Solís que eran sus antepasados, siempre hablaba de los Solís, pensaba investigarlos en España, le parecía que llevaba en su interior sombras secretas de los Solís. Inventábamos escenas dramáticas con sus antepasados, los veíamos circular por los salones del teatro, representaban en ellos sus conflictos, organizaban cenas misteriosas.

Sábato escribió «Sobre héroes y tumbas» en el Bar Británico en la esquina del parque Lezama. Fuimos allí, ella le preguntó a un camarero si sabía en qué mesa se sentaba Sábato, el camarero contestó: «precisamente donde están ustedes ahora». Circe abrió mucho los ojos, yo también los abrí, dijo: «¿cómo va a ser?», levantamos las cervezas y brindamos por Sábato. El camarero resultó que se dedicaba al teatro, se llamaba Glodier y estaba preparando una obra en un centro cultural de San Telmo, en Buenos Aires todos se dedicaban a algo creativo o se relacionaban con la literatura, aunque solo fuera para provocarla, porque todos procedían de aventureros que fueron a buscarse la vida a otro continente. Nos dio su tarjeta, le dije que seguía los pasos de Sábato por todas partes.

Miré por la ventana desde aquella mesa el parque Lezama, me imaginé que era Sábato oscuro y abrumado, viví aquel tumulto de personajes apasionados y terribles. Sentí aquellas soledades lúcidas, noté como si estuviera allí apretado lleno de fantasmas y oscuras solicitaciones. Salimos y paseamos por los senderos del parque, Pedro de Mendoza fundaba Buenos Aires en un monumento, vimos una columnata griega en alguna parte. Se alejaban caminos espesos donde leer libros, apasionarse, sentirse melancólico. Allí Martín encontraba a Alejandra y se sentía fascinado por ella en el misterio del atardecer.

Junto al parque se levantaba la iglesia ortodoxa rusa con su cúpula dorada, yo le contaba todo, ella se entusiasmaba conmigo y lo revivía, en ella cualquier evocación se convertía en volver a vivir todo en un instante. La memoria en ella cobraba vida igual que los fantasmas toman carne. Yo me enfebrecía con Sábato, con las búsquedas locas de sus personajes y sus soledades incomprensibles, le hablaba de Castel y sus encuentros imposibles con María. Ella y yo teníamos a veces esos mismos encuentros, ella decía algo y yo estaba a punto de pronunciarlo.

Otro día fuimos a Santos Lugares, donde vivía Sábato, le dije que me encantaría hablar con él aunque solo fueran unos minutos, a ella no le pareció imposible, siempre me arrastraba, cogimos el tren en Retiro, cruzamos por poblaciones obreras y suburbios oxidados. Un rato fuimos cabreados por una minucia, un tono de voz, un equívoco. Viajamos de pie entre las multitudes que se apretujaban en los vagones, yo pensaba cómo podría poner aquel viaje en palabras,

indagaba historias en aquellas caras. No recordaba la dirección del escritor pero la encontramos fácilmente, todos la conocían. Sábato vivía en una casona nada apabullante con un jardín, unos cipreses enormes creaban una espesura, la casa parecía sombría igual que su dueño, la vimos cerrada a cal y canto.

7

Entramos en un chiringuito en la casa de al lado, hablamos con una señora uruguaya que había leído todas sus obras. Le pedí una botella de cerveza y se sentó a contarnos cosas de él, lo veía salir a pasear humilde por las mañanas, una vez le habló a su nieto y su nieto cobró categoría por eso. Hablaba de Sábato como si fuera un profeta o una especie de santo. Sábato se había casado nuevamente hacía unos años, pero la mujer solo acudía a verlo una vez a la semana, ya no era capaz de hacer nada, casi no hablaba. Lo imagine perdido y confuso en mitad de su mente y me dio angustia. Él concibió tantos excesos y tantos vislumbres, se apasionó tanto, pero ahora se veía así.

El jardinero no sabía para quien trabajaba, una vez la policía cortó la calle porque iban a visitar a Sábato los reyes de España y al jardinero le preguntaron: ¿pero tú para quién trabajas?. Le dije a la señora: «en Uruguay también tiene usted a un escritor importante: Mario Benedetti», «sí —dijo— pero no me emociona tanto». Mostraba auténtico fervor por Sábato, yo lo sentía igual que ella, me embargaba estar allí sentado tan cerca del maestro mirando los cipreses que lo protegían, latía muy cerca de mí tras las ventanas. En el pequeño pabellón de la izquierda con un ventanal escribió «La resistencia».

Circe se levantó para intentar contactarlo, no se rendía ante nada, después vino a decirme que había hablado con su secretario, le dijo que volviéramos el lunes siguiente. Pero yo no pensaba volver, supe que era inútil, me bastaba con haber estado allí cerca. Circe me hizo junto a la verja una de mis fotografías más sugerentes, aparecí tan serio como Sábato delante de su casa oscura.

Diez años antes visité Buenos Aires e intenté verlo pero no fue posible, nos escribíamos cartas, planeamos vernos en distintas ocasiones, hablamos de encontrarnos en Buenos Aires o en Santiago de Compostela. Le dije que iba a dejarlo todo y marcharme a París como vagabundo, me contestó que no lo hiciera porque París era una ciudad muy dura sobre todo en invierno. Una vez me dijo que yo era de su misma raza espiritual, me dijo que era un vitalista trágico como él, como él resistía siempre y no me rendía. Yo me sentía como su Castel solitario sin el asesinato, quería indagar en el mundo de las sombras como su Fernando, temblaba como él en las tinieblas, clamaba por los mitos y los sueños más allá de los pensamientos y las razones, me sentía con coraje para expresarme porque él había escrito sus páginas.

Recordaba siempre que él había dicho que el mundo debe de tener algún sentido aunque no sea razonable porque si no todos nos suicidaríamos, la vida escondía un sentido que no se percibía por la razón sino por los fogonazos apasionados de sus libros. Cuando llegué a las puertas de su casa él vivía ya en una bruma mental y no conseguiría llegar hasta él. Muchos años antes le escribí y me mandó cartas largas donde me explicaba sus paradojas y sus mitos, me parecía el único escritor apasionado del presente. Solo él vivía en la noche y el mito, y me sentía de su raza. Un día me escribió que yo era como él un rebelde sombrío que no ceja ante nada. Y ahora iba a verlo con una mujer que me deslumbraba, lo hacía todo vibrante.

Buscamos una guía de Chile por todas partes, recorrí toda la calle Florida y solo pude comprar una Guía Azul que no me gustaba. Al llegar al aeropuerto de Santiago todo se hizo kafkiano, un conductor de taxi obsesivo nos habló de sus parientes suicidas, sus suegros incomprensibles, sus más recónditos problemas de salud, el tráfico demencial impedía llegar a alguna parte, el tipo nos reventaba la cabeza con su cháchara sin fin. Le indicamos el hotel París en el barrio París / Londres y no lo encontraba, quise bajar en cualquier parte, el coche me parecía monstruoso con un conductor de pesadilla. Al final le dijimos que nos dejara, pero cuando llegamos a la recepción del hotel apareció de nuevo para pedirnos que le rellenáramos unos papeles. Luego la dueña del hotel nos recriminó que no tuviéramos equipaje, Circe dijo: «somos mochileros», la tipa contestó: «pero los mochileros llevan mochila», llegué a creer que era obligatorio llevar equipaje. Pasamos por una sala llena de sofás ventrudos y viejos grabados.

Pero luego Santiago de Chile fue amistosa, el barrio París / Londres recordaba realmente París y Londres, emitía un tono nostálgico en sus calles curvas pavimentadas y sus cafés con carteles de conciertos. Fuimos al barrio bohemio de Buenavista y subimos al monte donde estaba la casa La Chascona de Pablo Neruda, la construyeron a base de pabellones escalonados sobre la montaña con escaleras y jardines y cenadores. En las paredes vimos fotos de Rimbaud y de Diego Rivera, en la barra Neruda servía las bebidas a sus invitados, observamos sus libros por todas partes.

Todo fue saqueado en la época de la dictadura pero lo repusieron más tarde. Y todo aquel pasado para nosotros se convirtió en algo muy vivo. Había comprado en Buenos Aires los «Veinte poemas» y se los dediqué a ella en la terraza de La Chascona sobre los tejados neogóticos, en una mesa debajo de unas flores le leí algunos de los poemas. Ella se convertía en un torbellino hablando con la encargada francesa, deslumbraba a todo el mundo, se emocionaba profundamente con todo.

Fuimos al cine El Biógrafo a ver una película danesa, un millonario danés se comprometía a emplear su tiempo con miserables en la India. Comimos en la confitería Torres un cochinillo con vino del Sur, ella habló al camarero y el camarero se quedó a charlar con nosotros. Nos

habló de los argentinos y los chilenos, le dije: «los dos son muy parecidos», él contestó: «no, los argentinos son llorones y tímidos, en el fondo tienen complejos, nosotros somos más tranquilos, ellos buscaron la ayuda de los ingleses, nosotros de los alemanes, ellos no nos pueden ver, pero a nosotros nos son indiferentes».

Circe se emocionó en el barrio Peña y Toro, una serie de placitas evocaban el Renacimiento y el Barroco, mirábamos rejas y ventanales curvos, pisábamos suelos empedrados y círculos con farolas. Cuando los americanos se llevaron Europa la intimizaron un poco, la convirtieron en un recuerdo, la querían para recogerse en medio de las furias de la Naturaleza. En uno de esos rincones me besó como en otra época. Luego le encantaba remirar los ventanales con cortinas y los remates de las cornisas, saboreaba las plazas como salones con lámparas.

Fuimos a una taberna que parecía una pulpería, nos acercamos a una barra muy amplia sobre un suelo de tierra, daban chicharrones grandes y jarras de vino con cerveza, un tipo nos dedicó boleros con un acordeón. Luego fuimos al Mercado Central, nos recordó al de Montevideo, también allí comían bajo tramas de hierro forjado, saboreaban marisco con vino austral. Evocamos costumbres que se habían hecho antiguas y negocios que habían cobrado poesía, cualquier hecho que pasaba a los cinco minutos se convertía en poesía.

Orillábamos en medio de la ciudad el cerro Santa Lucía, al acercarnos a sus puertas de hierro veíamos espesuras en pendiente y escalinatas y palacetes en lo alto, nunca entramos pero nos asomamos varias veces a las verjas. Vagamos por la ciudad, fuimos a dar al Centro Cultural Gil Castro.

Se desplegaba un montón de galerías de arte en un jardín, vimos terrazas con velas y luces tras los cristales, oíamos un piano a lo lejos. Tomamos cervezas en la penumbra y nos volvimos misteriosos, le hablé de poetas y ella se entusiasmaba con ellos, me prometió que los leería, me preguntó más sobre ellos, me pidió que los buscáramos. La literatura la hacía vivir tanto como a mí.

Mucho tiempo después recuerdo aquella noche como una de las más mágicas de mi vida, en aquel momento en la espesura nos llenamos de vibración y de proyectos, nos colmamos de viajes la cabeza, hablamos de aventuras que viviríamos. Nos hervía la sangre, nos sentimos tan vivos allí debajo de las hojas, tomamos cerveza con toda la ilusión, todo se hizo fantástico a nuestro alrededor, la vida nos iba a deparar tantas maravillas como vivieron Rilke y Proust, todas

temblaron sin nombre en mi cabeza desde mi infancia. Hablábamos allí, estábamos secretos y escondidos.

Disfrutábamos de los encantos negados de Santiago de Chile, ignorábamos la brutalidad caótica que siempre nos habían pregonado. A nosotros nos encantó Santiago de Chile, incluso nos hicimos amigos de un santo chileno que tenía una placa en la iglesia de San Francisco.

Le dije: «no puede ser que no lo haya, el Camembert lo hay en el mundo entero», me trajo un queso simple de cualquier supermercado, y puso cara de desilusión y fracaso. Le dije: «el camembert es un queso delicioso, increíble, es una experiencia suprema, pero lo hay en cualquier tienda», ella vivió mi decepción. Se emocionaba con el más mínimo detalle, saboreaba con la mayor intensidad cualquier experiencia, levantaba la copa y parecía que inventaba el vino en ese momento. Solo tomaba una copa o a lo sumo dos, pero esa copa reunía para ella el sabor de años, se intensificaba como los últimos diez minutos que le quedaban a Dostoyevski ante el pelotón de fusilamiento.

Quería brindar conmigo, brindaba por los detalles de la vida como para hacerlos divinos, y oíamos el tintineo, luego el primer sorbo se metía en la lengua como una llamarada. La más mínima apreciación se volvía una fiesta. Ya su manera de poner la mesa dibujaba una fiesta, lo hacía con mientras que yo siempre había sido descuidado, al comer conmigo celebraba una misa pagana, me miraba después de sorber una gota de vino, yo veía en sus ojos todo lo que disfrutaba.

Por eso llegó encantada cuando por fin trajo el Camembert, lo encontró en la misma tienda donde el joven le dio el vino de las estrellas. Aquel joven disfrutaba vendiéndole sus productos, se relacionaban cordialmente, el comercio (igual que en el Oriente o en la poesía de Holderlin) se convertía entonces en una aventura. Lo celebré con ella, la abracé, la levanté en el aire, le dije: «por fin has encontrado el Camembert, este es el queso que necesito para escribir mi libro». Luego ella destapaba con fervor cada porción, la sacaba de la caja, la ponía delante de mí como una ofrenda, la saboreaba y decía mmmmmmm y parecía que se quedaba sin aliento, me miraba como si los dos tuviésemos una experiencia culminante. Fue fantástico tomar Camembert con ella.

Cada mañana yo terminaba de escribir y abría la puerta eufórico, le decía que había tenido un logro extraordinario, ella me recibía como a un héroe de Troya. Me hacía apreciar los olores que venían de la cocina, me regalaba el olor a ajo, me contaba las más menudas aventuras de su mañana, el tendero de la esquina dijo algo, el frutero contó algo, un niño que pasaba la miró, el joven de la tienda le comentó su último modelo de embutido. Comíamos con entusiasmo,

paladeábamos cada sorbo de vino, mirábamos el brillo en la copa. Notábamos el misterio de la luz que entraba por el balcón, poníamos a Nacha Guevara o a Demiss Roussos o a Rachmaninoff, cuando yo salía del cuarto todos los ruidos de la ciudad que se habían mantenido entre paréntesis llegaban a mi conciencia otra vez.

Después de comer mirábamos en la televisión las locuras que ocurrían en Buenos Aires y en toda Argentina, yo leía el «Clarín», ella buscaba series y películas. Me tendía en el sofá junto a ella y me hacía unos masajes con los dedos en el pelo que me hacían sentir todas las visiones. Nunca creí que hubiera tanto dentro de mí como cuando ella me hurgaba en la cabeza con los dedos. Hacíamos planes para la tarde, decíamos que iríamos a dar vueltas por las antigüedades de san Telmo, pensábamos en acudir a escuchar clases de tango, proponíamos visitar la Manzana de las Luces o la Librería de Ávila.

Se nos ocurría recorrer cafés donde los escritores concibieron obras inagotables (ése era uno de los planes favoritos, seguir a los escritores), planteábamos pasear por la jungla de la Reserva Ecológica en medio de árboles enloquecidos, hablábamos de mirar los barcos en Puerto Madero. Pensábamos ir por parques olvidados y llenos de memorias, nos incitábamos a acudir a cines antiguos para ver películas argentinas, sugeríamos pasear por los barrios más calladamente elegantes o más desgarrados. Alucinábamos con escuchar rock y viejas historias en algún garito de La Boca, se nos ocurría buscar tumbas de próceres en los cementerios, esbozábamos el saborear pasteles con sabor a literatura en las confiterías.

El hacer planes formaba parte de la magia, temblábamos mientras los hacíamos, vibraban las imágenes de lo que haríamos. Mientras ella se inclinaba sobre mí o me revolvía el pelo de una forma profusa, nuestras cabezas hervían calladas pero fulgurantes, la sangre cruzaba los cuerpos como si fuera un milagro. La sala con la televisión y las copas vacías formaba un escenario increíble, nos intensificaba hablar de todo lo que haríamos, tendidos uno sobre otro en el sofá mirábamos las copas y cada rincón del cuarto se llenaba de resonancias, cada pared nos miraba como si fuéramos únicos.

Los instantes temblaban alrededor de nosotros, el mundo nacía en aquel momento para nosotros. Nos dejábamos estar así mucho tiempo imaginando cosas, planeábamos lo que haríamos en la tarde interminable y prodigiosa, el tiempo parecía abierto y sugerente, nos llenaba de ofertas. Luego cogíamos el metro o el autobús y recorríamos la ciudad que no era América ni Europa, olía a Italia y negaba a Italia, tenía un rostro abierto en cada esquina, en cada esquina mostraba una historia de desolación o una queja o una

injusticia. Me parecía una ciudad borrada igual que las portadas de los libros de editorial Sur, y a pesar de todo bullía, nos entraba por los ojos, nos decía: aquí pensaron - aquí escribieron - aquí se acordaron.

Le hablé de Valparaíso y los elevadores, le conté sobre las casas de colores que subían por la montaña y del puerto que conectaba con todo el mundo. Hicimos una excursión desde Santiago, fuimos en autobús en dirección al Pacífico y buscamos los viñedos sobre los cuales habíamos leído, yo llevaba un plano cutre que saqué de un viejo libro y me sentía ciego. Lo primero que hicimos fue subir en el elevador Turri, un taxista quiso engañarnos y nos dijo que no funcionaba, pero no le hicimos caso. Desde arriba disfrutamos toda la ciudad, las callejuelas de colores se escalonaban, vimos el Pacífico inmenso.

Visitamos La Sebastiana, otra casa de Neruda, me dije: «qué cabrón, qué bien se lo montaba, ojalá yo tuviera el mismo éxito y pudiera realizar como él todas mis fantasías». Neruda organizó su casa como trozos de barcos a distintas alturas, dentro vimos infinidad de motivos marinos, vimos la barra con las bebidas y los poemas por todas partes, admiramos las otomanas y los rincones para declararse o leer poesía. Por los grandes ventanales entraba la intensidad del mar.

Pensé otra vez: «qué cabrón, qué bien se lo montaba, como organizaba sus fiestas sobre el mar, como armaba fuegos artificiales en la noche, como sabía convertir el Pacífico en un poema para él y sus amigos, como reunía restos de todos los viajes y todos los naufragios, ponía libros por todas partes, colocaba un bar en una esquina, como supo trazar sus miradas sobre el mar antes de que lo mataran solitario y atrapado».

A Circe se le cortaba la respiración a cada instante, jadeaba cada vez que entraba en una estancia nueva, me encantaba mirar qué expresión ponía ella. Miraba por las ventanas y vivía más que pudieron vivir los que habitaron allí, no se figuraba Neruda que alguien tan apasionado le seguiría los pasos, detrás de él venía tanta vida después de los desalmados que rompieron su casa. Ella hacía fotos con devoción, ponía en la máquina toda la magia.

Recordé que una vez Neruda celebró el fin de año con sus amigos con fuegos artificiales sobre el mar, nos asomamos a la terraza sobre las rocas y me imaginé junto a ella como pudo ser aquel espectáculo, estalló aquella explosión de imágenes, se soltó aquella locura de celebración. Neruda fue tan expansivo en sus mejores momentos,

cuando no celebraba a Stalin, supo captar los entusiasmos secretos del cosmos. Pero Circe no caminaba como uno de los personajes huidizos de sus poemas, llegaba de todas partes hasta aquel sitio, aunque a veces la corroía la nostalgia de algo inalcanzable, yo le decía que su saudade era céltica.

Fuimos a comer al Café Turri que era el restaurante más reputado de la parte alta, desde la terraza también divisamos el mar. Nos daba mucho el sol en nuestra mesa, pero lo soportábamos en aras de aquella perspectiva, pedimos marisco y vino blanco Santa Caterina. Ella se hizo amiga del camarero y de otros empleados que pasaban, les preguntó cosas sobre el vino, sobre el restaurante, sobre la comida. Involucró a las chicas que estaban en otra mesa, un español desdeñoso hablaba por el móvil y ni siquiera sabía que estaba en el Café Turri, nos hicieron fotos, ella escogía los encuadres más sorprendentes. Tomábamos cada bocado como un momento dorado o una revelación, por momentos me parecía increíble estar allí.

Bajamos por las calles escalonadas de Bellavista, las fachadas se cubrían con frescos hechos por estudiantes con figuras de colores desvaídos, las calles descendían de modo laberíntico, revelaban gradualmente la ciudad detrás de casas situadas en estrechuras, asomaban en lugares difíciles o en rincones originales. Llegamos a la avenida Esmeralda por donde pasaban los tranvías, quise ir al Bar Inglés.

Allí se reunían marineros de todo el mundo, se citaban pescadores que cruzaban el cabo de Nueva Esperanza con viajeros que venían de Patagonia y se dirigían a San Francisco o a Hawai, se ofrecía como un lugar de encuentros donde las caras trazarían miles de travesías y hablarían de ballenas y de auroras. Pero lo encontramos cerrado, solo vimos una puerta esgrafiada para imaginar oscuros viajes.

Caminamos hacia el muelle Prat, nos movimos por un mercadillo mientras barcos con música ofrecían travesías, subimos hacia un parque que nos ofreció visiones del océano y esculturas extrañas. Nos metimos por un callejón y entramos en una taberna secreta, bajamos unas escaleras que parecía que llevaban a las bodegas de un barco. Llegamos a una gran sala acristalada que flotaba sobre los acantilados y dejaba ver a lo lejos barcos como fantasías del puerto, tomamos una cerveza en medio de redes y cuadros enormes con desbarajustes de colores.

Aquello fue Valparaíso para nosotros, la ciudad se colgaba sobre el mar, los edificios grandiosos y polvorientos recordaban la época de las navegaciones, el Gobierno Civil o la Aduana nos hablaban de esa

época, la Plaza Sotomayor con la Academia Naval y el monumento a la Guerra del Pacífico nos recordaba guerras olvidadas, la Plaza O ´Higgins nos regaló sus niños y sus árboles inconcretos. Aquello fue Valparaíso para nosotros, allí había pasado de todo, nosotros queríamos recordarlo, nos hacía vivir el recordar tantas cosas.

Fuimos a Tigre, nos acercamos a esa Venecia salvaje al lado de Buenos Aires que casi nadie recuerda, soñamos esplendores apagados en mitad de junglas y canales. Subimos al tren no turístico en la estación de Retiro, fue parando en todas las estaciones, en los asientos desvencijados se sentaron personajes cargados de bolsas. Querían venderte algo, qué te pedían, te contaban cosas con la mirada. Llegamos y mi mapa no me funcionaba, desde la estación de tren no conseguía situarme junto al canal principal que recorrí diez años antes, tardé mucho en conseguirlo y nunca encuentras las mismas cosas.

Por fin me situé junto a uno de los embarcaderos donde salían barcos de paseo, nos subimos a uno, ella entró con tono tan festivo que el empleado dijo «para servirla», parecía una princesa en todas partes. Nos situamos en unas sillas en la cubierta donde nos daba el viento en la cara, el barco partió por el canal, fue dejando la ciudad desperdigada con construcciones coloniales que nos daban nostalgia al moverse por la orilla. Se metió en canales secundarios, se perdió en los laberintos del agua, iba por canales cada vez más pequeños al lado de sauces que nos tapaban, las espesuras parecían abstraernos, bordeaba senderos que partían de embarcaderos solitarios.

Fuimos viendo mansiones pretenciosas con galerías, pasaban construcciones líricas con ventanales y molduras, circulaban casitas comidas por enredaderas a donde llegaba muy suave el ruido del agua. Me imaginaba las tardes y las noches en esos recintos preservados por el agua de las visitas inoportunas, imaginé que escuchaba desde ellos con intensidad los chapoteos, los crujidos de los sapos, los mil rumores del agua. Me pareció como navegar en Venecia, pero a esa Venecia la abrumaba la vegetación, se perdía en la espesura. Las casas se desperdigaban solitarias, surgían sorprendentes debajo de los sauces, se asomaban en riberas escondidas, susurraban al final de canales perdidas.

Nos saludaban junto a embarcaderos solitarios, se asomaban personas dudosas, se veían palacios decadentes comidos por la pasión, se sugerían todas las insinuaciones del agua. Un niño se apoyaba en un puente, nos miraba encantado, mujeres pictóricas se apuntaban en lo alto de las balaustradas, el agua lo arrinconaba todo y lo secuestraba todo. Íbamos por una Venecia vagabunda a la que

hubiesen comido las soledades y los sueños.

El barco se internaba cada vez más, los canales se alejaban hacia abstracciones pictóricas, a veces un anciano se sentaba solo en un banco, un niño permanecía sobre unas escaleras mirando pasar el barco con asombro. Ella y yo vibrábamos con cada segundo de avance y cada recodo que se descubría. Al fin llegamos a lo más intrincado de aquella selva, sentimos que sería difícil regresar al mundo real de conversaciones, todos los viajeros aunque no lo quisieran se hacían graves y misteriosos.

El barco regresó gradualmente a las zonas más pobladas, de nuevo reaparecieron los palacios silenciosos junto al agua, todo se movió lentamente como una llamada enigmática. Llegó el gran canal, entramos de nuevo en el embarcadero, ella dijo: «fue algo precioso», noté en los ojos que había hecho algo más que hacer fotos, quedaron verdaderas impresiones en su interior.

Fuimos a comer a un sitio hermoso en la calle principal, después paseamos densamente, encontramos un pub de estilo irlandés detrás de una floresta en lo alto de unas escaleras, tuvimos una vista increíble detrás de las hojas. Apareció una señora con aspecto de dama suiza y le pedimos dos cafés. Circe quiso averiguar lo que había dentro y vino a buscarme enseguida, entré en una mueblería antigua, vi sofás principescos y lámparas de pantalla en un silencio prodigioso, sobre unas mesas vi unos libros viejos que se vendían, encontré ediciones antiguas de escritores raros. Pensé: ¿qué no se habrá publicado en Argentina?, pensé: ¿qué no conocerán ellos de las literaturas de todo el mundo?

Siempre me encantó hurgar entre libros, entonces descubrí uno de Julio Camba, reencontré al maestro de lo incisivo y la concisión, pensé en comprarlo pero me sentí tacaño, me dije: «en otro momento», supuse que seguiría allí mucho tiempo. Decidimos volver porque en toda la ciudad había humo y los edificios parecían jirones y ella no pudo hacer fotos.

Tomábamos un café y los minutos se alargaban, nos convertíamos en personajes de un tiempo denso y desnudo, las ramas casi nos escondían. Detrás de aquella espesura nuestra mirada se desataba, la ciudad parecía un susurro delante de nosotros, nosotros también parecíamos un susurro. Estar allí nos sacaba de toda la trivialidad, de todo el despiste que era en otros momentos nuestras vidas, me poseía a mí mismo de una forma inédita en aquellos momentos y la poseía a ella.

Me decía: que duren estos momentos, me dije: que dure este sabor del café y que la taza no se acabe, dije: que todavía pueda una vez más revolver la taza con la cucharilla, dije: que aún queden unos minutos para marcharnos de aquí y pueda recordarlo muchos años después cuando piense en esto. Nunca pude olvidar aquella hora que

estuvimos en aquella galería detrás de las matas, cuando unos tallos caían sobre la mesa de mármol, en el canal el agua se movía, nos apartábamos en mitad de la vida, aquel secreto del tiempo nos resguardaba en mitad de la existencia.

Fuimos al teatro Cervantes en la plaza Lavalle a ver «María de Buenos Aires», vimos una ópera a base de tangos de Astor Piazzola construida en forma de sketches y canciones. Yo leí que Piazzolla había sufrido muchas reticencias por parte de los puristas del tango, había empezado por triunfar fuera de Argentina, ahora ya lo querían y le hacían homenajes pero continuaban las objeciones. En el público los escépticos no respondían con demasiado entusiasmo, pero Circe y yo seguimos cada momento con atención asombrada, robamos aquellas escenas.

Asistimos a la pasión, muerte y resurrección de una arrabalera de Buenos Aires, presenciamos distintos tonos del amor y la desdicha, pasamos por el desgarramiento, la ironía, la inocencia, el martirio, una mujer apasionada y burlesca nos sorprendió con un toque bello y otro grotesco. No me perdí una canción, las letras de Horacio Ferrer me parecieron deslumbrantes como las de muchos tangos, aquello fue un descenso a los infiernos de Buenos Aires, aparecieron sus tesoros y sus renuentes dichas. Una pasión se burló de sí misma, una tragedia se trufó por lo intelectual y volvió de nuevo a tragedia, unos modos populares se pasaron por la literatura y volvieron de nuevo a las calles, luces de las noches se reflejaron en los callejones.

La gente no se entusiasmaba como nosotros, pero yo disfrutaba de cada escena, me parecía que aquello era la esencia de Buenos Aires, lo arrabalero y lo intelectual palpitaban a un tiempo, la espontaneidad sofisticada se hacía sofisticación espontánea, lo libresco se hacía al mismo tiempo arrabalero. La obra tenía elegancia y fuerza, tenía desgarro y hondura, tenía pasión y se burlaba de su propia pasión. Para mí fue un prodigio en cada instante, fue un prodigio cada frase audaz que se decía, el trabajo de los actores, los escenarios, nos hartamos de aplaudir cuando terminó, nos pusimos de pie aunque pocos lo hicieron.

La infinidad de personajes fueron saludando y nosotros celebramos cada momento que nos habían dado. Al salir al vestíbulo tan amplio (uno de esos vestíbulos de Hispanoamérica que pretenden ser templos desaforados de la cultura) encontramos a dos ancianas que resumían varias literaturas, se mostraron muy argentinas las dos, Circe conectó con ellas y las hizo hablar a placer. Una de ellas se dirigió a mí como una diva muy conocida en el círculo de sus amigas, habló como

haciendo un espectáculo cuyos espectadores éramos ella misma y yo, se pavoneó con sus gestos. Peroró ella sola y soltó caprichos y exageraciones, soltó boutades y pedanterías, pronunció desplantes sobre Argentina, la consideró cutre e inculta, se puso como si ella formase parte de una élite olvidada en alguna parte, despreció Buenos Aires.

Yo le dije: «ustedes leen mucho, tienen grandes escritores, hay librerías en todas las esquinas, tienen grandes teatros», ella respondió que todo eran restos o imposibilidad de hacer algo mejor o salidas de atorrantes que intentaban imitar a Europa, me habló de las calles cutres y de la crisis sin fin que los embrutecía por culpa de sus gestiones desastrosas. Yo dije: «pero he visto calles muy elegantes en Buenos Aires, parece una ciudad europea, está bien cuidada en muchos sitios, y no hay cafés más hermosos en todo el mundo». Y pensé: «es verdad, es verdad, es muy importante para una ciudad que tenga cafés, que la gente se reúna a leer los periódicos y a discutir, los cafés son la base de la vida cultural, así los hay en París o en Budapest».

La otra señora me oyó, se mostró mucho más sencilla y habló con más valoración de su país, vi que quería idealizarlo ante los visitantes como quien dice: «¿verdad que está bien ordenada mi sala de estar?», me preguntó si había estado en la avenida Alvear. Contesté: «cómo no, es una avenida muy elegante, parece de París con esas aceras y esas joyerías, hemos estado en el Hotel Alvear y hemos visto sus salones llenos de lámparas». Ninguna de las dos salió entusiasmada con Piazzola y miraron con curiosidad nuestro entusiasmo, se enzarzaron a hablar durante tiempo y tiempo, nos contaron su vida y sus parientes, nos hablaron de sus casas.

La más sencilla nos dijo que la llamáramos, Circe le sacaba la vitalidad a todo el mundo, incitaba a todo el mundo a soltarse, se entusiasmaba hablando, siempre fraguaba amistades posibles / encuentros / visitas a casas / discusiones amables / propuestas / nuevos personajes. Siempre era así, hervía, sacaba a cada momento un sinfín de posibilidades, cada frase daba lugar a un montón de vivencias, se entusiasmaba con cada persona que conocíamos, admiraba la vida en todas partes donde surgiera.

Pero a mí ya me estaba cargando la señora que me hablaba y sus aires de grandeza y su histrionismo y su coquetería nacional y sus frases empolvadas e impostadas, no sabía cómo escapar, pensaba en cómo salir a la calle e irme de aquella conversación viciosa que no me llevaba a ninguna parte. Por fin conseguimos marcharnos, subimos a un taxi para ir a Palermo, cuando empecé a hablar de que los argentinos consideraban que lo de Piazzolla no era realmente tango el

taxista dijo que Piazzolla era admirable pero no comprendía el tango, comentó que lo suyo era otra música. En Buenos Aires no encontrábamos un taxista que no fuera en realidad otra cosa: un actor / un fotógrafo / un artista de algo, todo el mundo en Buenos Aires tenía pretensiones intelectuales, hablabas de cualquier idea con cualquiera.

Pero ella quería todos los recuerdos, todos los sitios en que alguien destacado hubiera vivido tenían que revivir, no se rendía, estaba dispuesta a intentar cualquier cosa, lo más difícil le parecía realizable. Supimos que Borges había vivido en Palermo justo en la calle que se cruzaba con la nuestra y había una placa con su poema «Fundación mítica de Buenos Aires», varias veces pasamos por allí pero no hicimos caso, al llegar a casa siempre recordábamos que habíamos olvidado la casa de Borges. Pero finalmente una noche nos detuvimos, vimos una casa normal en el lugar donde había estado su casa, en la pared encontramos su poema «A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires…».

Nos quedamos mirándolo en la oscuridad, ella quiso hacerle una foto, nada podía escapar a su cámara fotográfica como no podía escapar a su mente. Hizo la foto pero se veía mal el poema y dijo: «tengo que hacerla más de cerca, estoy por pedir una escalera en la tienda de al lado», fue a preguntar y yo sabía que le prestarían una escalera y todo lo que hiciera falta, tenía una vitalidad que convencía a quien fuese, si no lo convencía es que la persona no era de este mundo. Pero no encontró a nadie responsable en la tienda, se planteó intentarlo de nuevo al día siguiente, luego se olvidó.

Pero nos bastaba con saber que Borges había estado en aquel espacio, éramos como los fieles hindúes que tocan a un santo y creen que toman algo de su santidad, llevábamos un cierto misticismo. Pensábamos que algo de él había quedado allí para nosotros, en todo caso su nombre derramaba en nosotros todas sus sugerencias, nos hacía vivir los versos de él que conocíamos, ella apenas había leído a Borges pero le sonaba sobre todo como un nombre mágico.

En otra ocasión se le antojó visitar el lugar donde había vivido Ernesto Guevara, yo mostré mis reparos pero ella se mostró muy interesada, leí en el Time Out que había vivido en una calle de Palermo y quiso que lo buscáramos. Llegamos al lugar y no había nada, ni siquiera sabíamos si era el mismo edificio en el que habitó Guevara, vimos un edificio funcional que no tenía nada de sugerente. Pero ella se puso a preguntar a los vecinos, la mayoría no supieron decir nada, hasta que uno contó algunas historias sobre el tema, le constaba que allí había vivido el héroe, se lo había contado su padre, dijo que hacía unos años había llegado un equipo de televisión que

había preguntado a muchas personas y filmó algunas tomas. Nos entusiasmamos con aquella miseria de datos, los magnificamos y les dimos un valor desmesurado, nos alegró que otros con el mismo propósito hubiesen estado allí. Ella exprimió al vecino y quiso sacarle más, el hombre nos dijo que una vez un grupo de personas quiso poner una placa pero la idea no prosperó, no hizo ninguna alusión a la dictadura, me pareció asombroso cómo sobreviven los argentinos a las mayores debacles y siempre tienen algo nuevo que ofrecer.

Circe sacaba miel de las piedras como dice la Biblia, las más anodinas informaciones rezumaban sabor para nosotros, nos fuimos satisfechos de allí. En mi mente se sucedieron visiones de un estudiante idealista que salía cargado de libros por la calle, quiso cambiar radicalmente el mundo y creyó que era posible, muchas personas lo escucharon y luego soñaron con él, discutió por la noche con otras detrás de las ventanas.

También imaginé a Borges paseando al anochecer por la calle que ahora lleva su nombre, después de leer durante todo el día miles de libros salía para tomar un poco de oxígeno, avanzaba con su aire abstracto por la vereda mientras se le ocurrían frases certeras. Y si yo le decía eso, ella vibraba al instante con esa perspectiva, se imaginaba al viejo con paso vacilante caminando por la noche en dirección a la Plaza de Palermo Viejo, imaginaba cómo miraba abstraídamente a todo el mundo, convertía todo en palabras. Íbamos por Armenia o por Scalabrini, mirábamos una fachada antigua y yo decía: «él miraría esta calle», ella decía: «sí, y seguramente ya estaba esta ventana, ya se veía aquel balcón allí».

Los autores hablaron de Melusina en Francia o Luxemburgo, contaron sobre la mujer que en las noches se une a la tierra o se marcha por el agua, fabularon del hada cuya vitalidad se nos escapa y fascina a los caballeros y los agita. Pero la verdadera Melusina procedía del Caribe y vivía en Buenos Aires, tenía muchos instantes mágicos, casi siempre desplegaba una genialidad que volvía genial todo lo que la rodeaba, lo volvía genial en el sentido de genitivo / genital / generador. A veces surgía como una tormenta o un emerger sobrenatural, alucinaba en los escaparates con la ropa de damas elegantes (pero ella tenía más elegancia que todas ellas), provocaba que hablasen los que habían visto a Borges, hacía que los viejos recordasen su vida o los transeúntes actualizasen el tango, hacía reír a los niños o esconderse detrás de sus padres como si vivieran una aventura, hacía sonreír a policías de guardia ante un edificio oficial.

Ella se mostraba la auténtica Melusina, convertía de repente cualquier momento trivial (la espera en un cine, el aguardar sentado en el andén del metro, el pasear bajo los álamos) en un giro / revelación / arrebato, lo hacía con un movimiento brusco de sus hombros, lo provocaba con una mirada de medio lado, lo sugería con un culebrear su rostro en el aire, lo vivía con un soltar el aliento como si echase un hálito. De repente todo se exaltaba, uno se la quedaba mirando asombrado, lo sentía cuando al escuchar música caribeña se ponía a bailar ella sola en cualquier parte (entre los maniquíes de una tienda, esperando un semáforo, en la cola para comprar un billete), de repente torcía su cuerpo con gracia, miraba a un lado y a otro, levantaba sus cejas con musicalidad.

Sobre todo su juego con las cejas lo volvía todo aéreo y feérico, valían la pena todas las discusiones que teníamos y los fracasos y los desencuentros y los dolores punzantes, por esos momentos en que sus cejas alzándose lo convertían todo en ceja. Todo su cuerpo se electrizaba, se transformaba en una serpiente que representaba la vitalidad y la travesura, se volvía como la Serpentina de Hoffman que seduce al estudiante Anselmo, en esos momentos yo me convertía en otro Anselmo al que ella transmutaba las cerraduras de las puertas o vivificaba los árboles. Todo lo electrizaba el baile de sus cejas, levantaba toda una magia alrededor con solo mover las cejas, todo un mundo se levantaba con eso. Provocaba toda la música escondida de la vida, miraba hacia los lados, movía los hombros, se agitaba el

mundo cuando ella se agitaba de ese modo sin levantarse del asiento ni desplazarse. Todos los secretos asombrosos surgían con sus cejas, nada podía acallar aquel secreto torrencial, se movía por las calles y lo despertaba.

Asombraba a los hombres, encandilaba a las mujeres, sacaba chispas de las cosas, resucitaba a los escritores muertos, daba vida a las frases, convertía en viviente cada plaza. Hacía una fiesta de cada instante, extraía el portento de cada pequeño acontecimiento. Yo salía del cuarto donde escribía y siempre me tenía algún pequeño acontecimiento, me ofrecía un vino, una pequeña noticia, una comida nueva, me regalaba un plan, una nueva manera de ordenar la mesa, una ocurrencia. Y cada segundo de aquel mes en Buenos Aires fue como una novela o un poema de Rilke, su sabor brotaba como una fruta, miraba hacia un lado con pasión, movía los hombros para inventar un mundo, levantaba las cejas como si invitara a la fiesta más secreta.

Vimos en Tigre una casa ahogada por la vegetación otoñal, un desconcierto de ramas la escalaba, la hojarasca rodeaba su puerta. La bautizamos «La casa que se tragó el otoño», y soñamos que nos transfigurábamos en ella, dentro de ella descubríamos quiénes éramos, el otoño la amaba y la asediaba. Ella dijo que teníamos que inventar una novela sobre esa casa, cuando regresamos por la misma avenida la observamos con más detalle y ella cogió unas hojas como testigos.

Volvimos a Tigre porque ella quería hacer fotos, seguía el humo, estaba un poco más despejado y eso nos daba esperanzas, pero el humo seguía, nos sumía en agobio y melancolía. Pero la ciudad estaba hermosa, esta vez no subimos a un barco, recorrimos las calles, ya me manejaba mejor con el mapa, había domesticado la ciudad como el Principito hizo con la serpiente. Paseamos por unas avenidas arboladas en torno a unos canales en la parte trasera de la ciudad, casas antiguas y melancólicas mostraban hierros y colores oxidados, chalets con jardines abandonados sugerían fracasos onettianos, una avenida con tapias agobiadas de buganvillas mostraba casonas prominentes y silenciosas.

Fuimos por una calle con desniveles que llevaba hacia el centro, vimos un restaurante que se llamaba «La casa de los escritores» y decidimos que allí teníamos que comer. Observamos varios espacios que daban a diferentes luces, nos quedamos en uno minúsculo para dos personas, tomamos un pescado suculento regado con vino tinto (nosotros amábamos el tinto), saboreábamos cada gota. Antes de cada sorbo hacíamos un brindis, teníamos que recordar aquel sitio, queríamos hacerlo inolvidable como casi todos los momentos que vivíamos, nos situábamos en ellos con todo nuestro deseo.

Luego caminamos con calma hacia el canal principal entre las jacarandás, decidimos volver a aquel café con balcón en la espesura en que habíamos estado días antes, pensé que me compraría el libro de Julio Camba que había dejado la otra vez. Yo me mostraba tacaño para las minucias y de golpe gastaba grandes cantidades que no tenía. Pero la cafetería estaba cerrada, supe que nada se repite nunca, que cada cosa que no se hace es una oportunidad perdida. Cuando me ocurrieron esas cosas en la vida siempre pensé que no era verdad, que me estaba confundiendo, pero esta vez también era verdad, la cafetería estaba decididamente cerrada, nos quedamos mirándola con



desamparo, estaba ciertamente cerrada.

Caminamos por la avenida principal de Tigre, ella hacía fotos, estudiaba con cuidado las imágenes que no había podido captar la otra vez, ya no podían ser las mismas, millones de instantes se nos escapaban. Circe no quería que se perdiera nada, sonreía a todas las personas, hablaba con algunas, fotografiaba las construcciones al otro lado del río. Subimos al puente principal y enfocamos los barcos que se balanceaban en el agua al atardecer, una fiesta inagotable y melancólica se celebraba en el agua. Los dos estábamos continuamente invitados a una fiesta y no queríamos perderla, pero no teníamos suficientes ojos para vivirla.

Avanzamos hacia el otro lado del canal, vimos los mercados, los restaurantes lujosos, los almacenes. A ratos ella sentía fastidio y se hartaba, protestaba por el espacio que había sin maravillas, yo lo aceptaba como algo inevitable. Vimos un restaurante con unos jardines enormes donde se colocaban parrillas, más lejos apreciamos una especie de molinos, los árboles gigantescos les daban sombras y festejos de hojas. Algo sordo nos enfrentaba y se perdía la comunicación entre nosotros, entonces nos volvíamos angulosos y sin gracia, las cosas perdían su vida, se vaciaban de significado, no éramos capaces de verlas. Nos pasaba como a Baudelaire con el spleen, las calles se volvían fastidiosas, todo nos parecía repetitivo y cargante, se obturaba nuestra sensibilidad, nada nos decía nada.

Pero cuando llegamos de nuevo al puente principal y atardecía todo cobró una poesía que nos hizo acercarnos otra vez, vimos la estación de tren con su gracia neogótica, nos sentamos en bancos entre el césped que tenían algo de infantil. Todo recobraba magia, volvía a sonar a viaje, iba poco a poco encendiéndose, se acercaba a nosotros susurrando. No sabíamos qué ocurría, pero la brisa del atardecer ayudaba, las luces menos agresivas del atardecer nos desatascaban, nuestra propia disponibilidad se abría otra vez, y las casas nos salían al encuentro.

Entramos en la estación y los dos sucumbimos al embrujo del tren, nos convertimos en seres que querían simplemente regresar a Buenos Aires, esperábamos las numerosas estaciones y ya eso se nos antojaba fascinante. Y cada persona que esperaba en una estación parecía un personaje, y la vida se volvía como fotografiada, y ella pensaba en fotografiarlo todo, y yo pensaba en cómo podría poner aquello en



palabras, y meditaba cómo convertiría aquello en una novela.

Le dije un día: «pero ¿no conoces «Gilda»?, ¿no has oído ni siquiera hablar de Gilda?», para mí toda la vida era cine, le dije que Gilda nos soliviantó a todos en otro tiempo. Sacudió la España de los años cincuenta, no solo recordábamos una famosa bofetada, no recordábamos solo un Glen Ford traspasado por una pasión que lo carcome, recordábamos también un estriptís asombroso, revivíamos una celebración de la sensualidad que traspasó todas las censuras, puso todo el erotismo del mundo en unos dedos, Gilda se quitó todo al quitarse unos guantes.

Nos pusimos a buscar la película que se desarrollaba en Buenos Aires, quisimos verla y disfrutarla en el mismo Buenos Aires, de algún modo destilaba una parte del espíritu de Buenos Aires. Sonaba como un tango, tenía todo el vicio y la nocturnidad, exhalaba toda la pasión tortuosa y toda la elegancia que pudieran flotar entre Buenos Aires y Montevideo. La película «Gilda» representaba Buenos Aires al menos en sentido mítico, representaba la noche y la apertura y la pasión, representaba la ruptura y la audacia. Sugería lo mismo que sugerían para nosotros todas las novelas y los cuentos, soltaba la sustancia que también nos daban los poemas de Alfonsina Storni o los relatos de Arlt.

«Gilda» aportaba el licor de Buenos Aires destilado para nosotros, lo destiló Hollywood pero lo preparó alguien que quería desde Hollywood un sueño del sur, aparecían Buenos Aires y Montevideo en una época mítica, aparecían los salones de juego y la pasión que siempre sitúan en el sur los jolivudienses, solo en el sur según ellos se puede permitir que se le alborote el pelo a Rita Haywoorth. Fuimos al centro, vagamos en Lavalle por los videoclubs y las librerías y ninguna la tenía, siempre nos pasaba eso, cuando deseábamos algo apasionadamente nunca lo encontrábamos, parecía que todo pertenecía a otros tiempos míticos.

Yo insistía: «pero no puede ser, no nos podemos pasar sin Gilda», entonces ella se empeñaba más que yo, le metí todo ese deseo en el cuerpo, vivió con mi recuerdo de la película. Muchos empleados no tenían ni idea, alguno la conocía pero no la tenía, otros decían que esa era una película muy antigua y que nos iba a ser muy difícil encontrarla. Hasta que por fin en un video club de Florida pegando con la avenida 9 de Julio encontramos una tienda que podía

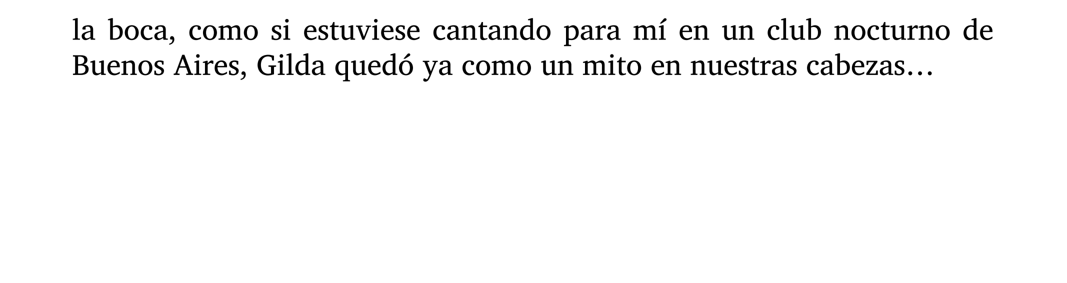
encargarla, un marica elegante muy experto en cine estuvo dispuesto a conseguirla cobrando mucho. Un día fuimos a buscarla y al anochecer nos pusimos a verla, a pesar de que teníamos poco tiempo porque al día siguiente nos íbamos a Chile, estábamos envueltos en acciones contra reloj: hacer el equipaje, cenar, informarse sobre Santiago de Chile.

Por eso mismo nos condensamos para ver la película, nos pusimos con dos copas de vino delante del ordenador, y vimos los desencuentros y el hacerse daño y el perseguirse y anularse, vimos una mujer a la que persiguen hasta el límite y al final puede vengarse, vimos dos seres que quieren afirmar su personalidad y se aplastan con su orgullo, vimos las noches y los salones de Buenos Aires en medio de desplantes y canciones desgarradas, contemplamos las prepotencias y angustias, hasta que al final cuando parecía que iba a deshacerse todo y todos fracasaban los dos se confesaron abiertamente y se dijeron que lo habían hecho todo por amor.

Vimos la actuación inolvidable de Rita en el club de Buenos Aires, disfrutamos la música invasora y descarada y la risa provocadora de ella, vimos cómo se quitaba el guante en las narices de los mojigatos de todos los tiempos. Gozamos ese gozoso quitarse el guante, Circe ya se había quitado todos los guantes posibles en muchas ocasiones. La escena de la bofetada me pareció muy floja comparada con mi recuerdo, yo tenía todo un mito sobre cómo se desordenaban los cabellos, cómo los dos rompían todas las maneras, y en la realidad todo resultaba muy comedido y muy rápido. En mi mente esa escena discurría lenta y prolongada, la veía como a través de las fotos fijas, me dije: «no era más que esto», Circe comentó «¿pero ésa era la escena?».

De todos modos quedamos conmocionados por ese ambiente de noche y de excepción, nos atrajeron esos aires canallas y excluidos, mejor dicho: a mí me fascinaban los aires canallas, a ella la seducía la potencia de Rita, le encantaba lo vertiginoso y atrevido de sus canciones. Le dije: «había que vivir esto en Buenos Aires», ella contestó: «sí, es verdad, amor», también nosotros estábamos viviendo ese Buenos Aires a nuestra manera, vivíamos el Buenos Aires que todavía quedaba de esa película y de esa época, ese Buenos Aires de algún modo permanecía. Ella y yo queríamos captar la pasión y lo subterráneo de Buenos Aires, deseábamos lo que hubiera en esa ciudad de excesivo y de descarado.

Dije: «ah, ya conoces Gilda», yo no podía soportar que no conociese Gilda, ella se mostró entusiasmada: «sí, ahora ya la conocemos los dos, amor». Teníamos que hacer el amor con el espíritu de Gilda, me besó como si se estuviese quitando todos los guantes de



la boca, como si estuviese cantando para mí en un club nocturno de Buenos Aires, Gilda quedó ya como un mito en nuestras cabezas…

Durante un mes el humo cubrió Buenos Aires, parecía algo kafkiano o un cuento de Poe o una metáfora de la condición humana o algo apocalíptico o un coñazo. Estábamos tosiendo continuamente, nos dolían los ojos, no veíamos bien las cosas, teníamos que cerrar las ventanas para que no entrara en casa. Leía el diario Clarín para saber qué pasaba, se suponía que eran los fuegos que hacían los campesinos al norte de la capital para quemar rastrojos y el viento traía el humo sobre la ciudad, parecía formar parte de la lucha de los campesinos contra Cristina. Para esa lucha había todas las interpretaciones, hablaban de los hacendados del campo que se enfrentaban a la presidenta, insinuaban elementos de extrema derecha o privilegios amenazados, hablaban de antiguos golpistas y de la prepotencia de la presidenta y de los intereses de su clan y qué sé yo.

Pero lo raro era que el humo duraba días y días, algunos le echaban la culpa a un viento inusual en dirección sur, parecía una maldición, otros hablaban de exigir acciones penales a los responsables, otros se preguntaban por qué eso no había ocurrido otros años. Y el humo salía en la prensa de todo el mundo y en la televisión, yo salía a la calle y se me agotaba la paciencia, me parecía que el humo no acabaría nunca, habíamos salido de la realidad. Iba por la calle y se me llenaba la garganta de humo, me enfurecía, me extrañaba que no tomaran medidas, me ponía a protestar en el metro.

Y sin embargo en el metro estaba a salvo, ese metro de Buenos Aires funcionaba tan bien, se llenaba de anuncios y de personajes pintorescos, se subían lisiados de la guerra de las Malvinas pidiendo ayuda y todos les daban algo, les ayudaban de forma mucho más decidida que a aquel niño que hacía piruetas en el aire de manera prodigiosa. Miraba como una película las caras de los porteños en el metro, la mayoría iban silenciosos, estudiaban la manera de no mirarse unos a otros, soltaban apuntes de vidas con sus ademanes y sus formas de vestir, exhibían sus caras históricas. Las escaleras salían a ángulos inesperados de las calles con visiones hopperianas, desembocaban en cruces imposibles.

Y afuera seguía el humo, y por ejemplo en la avenida 9 de Julio (la más ancha del mundo, siempre lo pensaba yo con un orgullo traslaticio y extraño) no se veía bien el Obelisco, y le decía a ella: «fíjate bien en el Obelisco, es un signo de Buenos Aires, algo que

recordarás cuando ya no estés aquí». A veces estaba muy tupido todo, la ciudad entera parecía desaparecer en medio del humo, yo sentía una especie de miedo o de angustia agazapada o de preocupación por la ciudad. Me preocupaba que fuera a desaparecer todo, eso no había sido previsto en las novelas de Cortázar ni en los textos de Alejandra Pizarnik, ni siquiera aparecía en los fragmentos más atormentados de Sábato, la realidad se volvía más literaria que la literatura.

A veces salíamos a desayunar en algún bar y el día estaba soleado, las calles se veían despejadas, decíamos: «el humo ya está remitiendo», nos llenábamos de esperanza, el Clarín también lo decía. Pero hacia el atardecer todo se volvía espeso de nuevo, el humo nos tapaba las fachadas y los jardines, volvíamos a temer que el absurdo se apoderase de todo. Yo empezaba a dudar de la solidez de los edificios, me decía: «pero ¿cómo es posible que no hagan algo? ¿por qué coño no detienen a los culpables?», todo me parecía endemoniadamente lento e indeciso. Nadie tomaba decisiones nunca, aunque se tomaron demasiadas Decisiones en la Historia, y nos vimos aplastados por tantas Decisiones, pero en aquellos días parecía todo envuelto en un torpor que nos agobiaba, yo golpeaba contra la mesa, me sentía encerrado en una cárcel, me encontraba metido en una pesadilla de la que no querían sacarme o perdido en un cuento kafkiano.

Me parecía que aquello no podía ser realidad, quería que por fin surgiera la realidad, sentía que estaba secuestrado en el absurdo. En esos momentos cobraba fuerza la idea de marcharnos a Patagonia, pensábamos en escapar a extensiones libres y sin fronteras lejos de las amenazas de los políticos, pensábamos: «qué bien estaremos junto al lago de Bariloche, mirando el glaciar en las cercanías de Calafate, sintiendo cómo se rompe lejos del humo y las manías de la gente».

A veces el humo se ponía sutil o ligero o apuntado, se notaba el aire limpio, llegaba un viento del norte. Me decía que ya estaba, creía que ya podía respirar, todo había sido mentira, no me había enterado bien, estábamos libres y vivos otra vez. Pensaba en salir a la calle, mirar con nitidez las cosas, ver los rostros profundamente, pero el humo volvía y me lo robaba todo, difuminaba los rostros, desvirtuaba los olores, falsificaba todas las sensaciones. Era otra vez una película absurda en la que experimentaban con nosotros, jugaban con nosotros.

Caminábamos apasionadamente por Buenos Aires llenos de fervor, dedicábamos a ello momentos únicos de nuestras vidas, nos envolvíamos en esa atmósfera como Jivago y Lara se envolvían en todo cuanto los unía según Pasternak, aunque no lo pensábamos. Y entonces alguien se proponía desdibujar Buenos Aires, lo sentíamos como una ofensa personal, nos quejábamos incapaces de fatalismo, a veces un viento en otra dirección expulsaba un poco el humo pero luego regresaba, estábamos siempre a merced del viento y del humo.

Un día Pepe, el portero de la casa, nos llevó en su coche con su mujer Perla a la Feria de Mataderos. Atravesamos los barrios de Crespo, Caballito, Flores, cruzamos calles sin atractivo turístico pero llenas de existencia, pasamos por interminables calzadas empedradas, recovecos entre espesuras, descampados, dejamos atrás enormes parques donde crecían los niños, y llegamos a los antiguos Mataderos. Vimos una serie de construcciones de fines del XIX o comienzos del XX, tenían ese toque enfático que se le ponía entonces a cualquier construcción, en una plaza muy grande se alzaba la estatua de un prócer. Vimos calles laterales con adoquines, cantinas populares, pulperías que tenían un eco de la Pampa, me parecía estar viviendo retazos de «Martín Fierro», en un tinglado se subían grupos para actuaciones.

Pasaban hombres a caballo vestidos a lo gaucho, se movían tipos con trajes de ganaderos, se cruzaban gentes con las chaquetas de sus abuelos, se mezclaban fisonomías curtidas con caras guapotas de mujeres, pasaban niños al estilo de los vaqueros y personas con lazos. Los habitantes de las barriadas habían venido a mezclar su domingo con los domingos de otros, bebían su potaje de camaraderías y nostalgias, por el tinglado pasaron cantantes de Salta / bailarines de Misiones / trovadores de Rosario, se subieron campesinos de los Andes y humoristas, un locutor creaba un ambiente de milonga, se repetía la atmósfera de otros tiempos.

Mi abuelo la vivió cuando vino a buscarse la vida como periodista a principios del siglo XX, la encontraron los italianos / polacos / libaneses que vinieron a pelear y mezclar sangres en las llanuras inabarcables, todo se superponía y en las caras de las gentes se asomaban las caras de sus antepasados, se adivinaban todas las cuchilladas / muertes / encuentros en mitad de la Pampa. No encontrábamos una mesa para sentarnos, gracias a un niño agarramos un tablero y unas sillas, tomamos cerveza Quilmes con chicharrones mientras escuchábamos las canciones a lo lejos.

Oíamos las bromas en otras mesas, Pepe nos contaba cómo conoció a Perla, consiguieron capear el susto del corralito, rehicieron su vida y estaban esperanzados ahora. Veíamos vidas arrastradas por la Historia, las existencias volaban como papeles merced a las Decisiones de los poderosos.

Circe lo vivía todo, brindaba a cada momento, hacía fiesta a cada frase que decía Pepe, recibía las canciones lejanas. Bromeaba con las personas de las mesas vecinas, charlaba con ellas con la mirada, animaba a los niños y jugaba con ellos, se ponía de lado para mirarlos más intensamente. Traían más comida, bebíamos, devorábamos aquello como antiguos vaqueros, mirábamos el tumulto de las personas que no paraban. Llegaban vendedores ofreciéndonos algo, un perro nos interrogaba, los extraños nos soltaban sus miradas pasajeras.

Nos levantamos y caminamos entre la multitud, delante del escenario escuchamos las actuaciones, la gente a nuestro alrededor se ponía a bailar como los cantantes, coreaba canciones regionales. Circe participaba, Pepe se puso a bailar con Perla, llegó una periodista que Pepe conocía y nos la presentó. Circe la enzarzó en proyectos, le dijo que nos encantaría hablar con Ernesto Sábato, la periodista dijo que tal vez lo conseguiría, ella trabajaba en radio y lo había entrevistado. Era dificilísimo pero ya lo dimos por hecho, lo vivimos como si fuera real, todo lo vivía como real estando con ella, todo me parecía posible. Todo lo extraordinario se ponía al alcance de la mano, teníamos todos los poderes en nuestros dedos, con nuestras miradas mágicas hacíamos que todo fuese alcanzable.

Dar vueltas con ella significaba que surgieran posibilidades de cada esquina, cada rostro daba una oferta, cada encuentro tenía algo inagotable para nosotros. Los grupos se dispersaban en mitad de los prados, bandas de músicos provinciales tocaban por aquí y allá, la gente comía y bailaba y se seducía. Veíamos descendientes de emigrantes polacos / rusos / escandinavos que llevaban detrás de sus ojos infinidad de historias complicadas, pueblos de toda la tierra se cruzaban en la Feria para encontrar nuevos caminos.

Se extendían los puestos de bebidas, titilaban las pequeñas fiestas, los vaqueros bailaban, los ancianos recordaban todas sus noches enterradas. Caminamos hacia un descampado donde había caravanas y chiringuitos, nos tendimos en el césped, unos espontáneos actuaban con un micrófono rudimentario, sonaban boleros de hace treinta años que nos llegaban patéticos. Circe y yo nos apoyamos contra un árbol, yo la abrazaba por detrás, escuchamos versiones cutres y antiguas de canciones rock y de rancheras, salían tipos biográficos a bailar en el césped, Circe de golpe me dio un beso como maleza en el atardecer.

No podíamos ir a Patagonia porque no tenía dinero, fui a Buenos Aires para escribir un libro y estar con ella, nuestra estancia tenía que centrarse en Buenos Aires. De la ciudad podíamos sacar montones de sabores, en todas las esquinas se habían inventado todos los deseos, la ciudad sudaba literatura por todas partes, y la literatura daba más vida que la vida. A esa ciudad habían venido personas del mundo entero a buscar una oportunidad y habían levantado las construcciones soñadas que traían de Europa, habían mezclado la cultura europea con las desmesuras de la Pampa y las inmensidades de los Andes, no solo traían a través de las montañas una ópera como hizo Fitzcarraldo en Manaos, traían Europa entera y la mezclaban con el viento y el océano. Yo admiraba profundamente Argentina y sus gentes, admiraba su cine y sus escritores y sus mujeres, admiraba su acento e incluso su arrogancia y sus manías, admiraba su Buenos Aires que viajaba en todas direcciones y enviaba carne a todas partes.

Pero no parábamos de pensar en Patagonia, nos decíamos que sería fantástico si pudiéramos ir, mirábamos en internet, leíamos en los libros que habíamos traído, cogíamos folletos en las agencias. Yo me obsesionaba con ello y me pasaba horas pensando en ello, mientras ella cocinaba, mientras íbamos en metro, mientras caminábamos por la calle Florida. Pedíamos informaciones en las agencias de viajes y soñábamos, la mirada se me distraía apasionadamente, ella admitía que no podía ser, pero decía: qué hermoso sería si se pudiera, igual que nos habíamos imaginado muchas cosas en otras ocasiones.

Alguna vez yo dejaba entrever una posibilidad, abría una compuerta, entonces ella se ilusionaba de tal modo con la mirada que ya vivía una novela, palpaba episodios, olía infinitudes. Pero decía yo: «no puede ser, no es posible, no tengo dinero», y entonces su mirada se deshacía en nostalgias no pronunciadas, expresaba su saudade perpetua. Me había dicho que desde niña tenía saudade, sentía una nostalgia de no sabía qué, incluso a veces le reñían, le preguntaban qué demonios deseaba y por qué no estaba contenta, igual hacían los curas en algunas películas y novelas, les molestaba que la protagonista no se conformara, eso pasaba en «La hija de Ryan» de David Lean.

Pero yo volvía a pensar en ello, me pasaba largas horas leyendo libros, buscaba información en el ordenador, buscaba posibilidades. Inventaba combinaciones, concretaba modos de hacerlo, visualizaba

llegadas y charlas al atardecer, tanteaba las ventajas de ir aquí o ir allá. Y no le decía nada, me inundaba todo aquello y me callaba, pero no podía evitarlo, yo vivía para inventar viajes y experiencias con ella y novelas posibles. No podíamos ir a Patagonia, pero yo no dejaba de pensar en hacerlo, vagaba vertiginosamente con el pensamiento, pensaba en glaciares y en ríos y en lagos increíbles, pensaba en llegadas en tren y en llamadas telefónicas y en autobuses a través de la Pampa. Y me callaba, no le decía nada, pero a veces yo mismo me decía: «si se pudiera, si se pudiera».

Nos parábamos en la avenida Córdoba ante una gran fotografía de un lago en Patagonia, mirábamos una inmensidad desierta y un mar imposible, clavábamos las caras en el cristal como niños, extendíamos los ojos como si pudieran vivir más allá de nosotros mismos. Yo me quedaba callado muchas veces en la mesa camilla mientras ella preparaba cosas, y tanteaba posibilidades, miraba con todo detalle las formas de llegar a las ciudades, ubicaba alojamientos en el mapa, estudiaba sus características, contrastaba precios. Leía sobre Bariloche y me imaginaba a orillas del lago, me veía haciendo un viaje en medio de los vientos desde allí a los Andes, me pensaba caminando por las calles de estilo centroeuropeo que había levantado el arquitecto Ezequiel Bustillo a comienzos del siglo.

Y siempre chocaba con lo caro que era todo y con que era para pudientes, le decía sin que ella me preguntara nada que Bariloche era un lugar para la alta burguesía, allí solo se iba a esquiar y nosotros no esquiábamos, la ciudad era un refrito de ciudad europea prefabricada (sin parar mientes en que Buenos Aires también lo era y con cuanto encanto) y no valía la pena ir. Pero la mirada se me iba a ciertas fotos del lago Nahuel Huapi y leía una y otra vez sobre él, me iba mentalmente a Calafate, en realidad me parecía más adecuado para nosotros, pensaba en alojarnos en cabañas cerca del glaciar Perito Moreno y disfrutar los encantos de los hospedajes con chimenea.

Me tomaba imaginativamente desayunos copiosos con ella en medio del frescor de los bosques en Calafate, me acercaba en un barco al glaciar grandioso cuyos trozos se deshacían estrepitosamente, pensaba que el glaciar se estaba deteriorando y nos quedaba poco para disfrutarlo y tal vez seríamos de los últimos, entonces me entraba una urgencia, una necesidad trágica, una nostalgia rabiosa. Pero salía de la ensoñación y no se podía hacer, le decía que tal vez en otra ocasión, teníamos que volver cualquier día a Argentina.

Yo sabía qué precario es decir eso, cuantas veces le decíamos eso a las personas y a los lugares, cuántas veces lo habíamos dicho ya en tantos sitios y en la mayoría de los casos nunca lo haríamos, nuestra vida se mostraba terriblemente limitada como en el poema de Borges, volvía a pensar en el poema sobre los límites de Borges: «hay una línea de Verlaine que ya no volveré a leer nunca». Pero nosotros queríamos ir más allá de nosotros mismos, no nos gustaban los límites,

llevábamos la mirada más allá de la mirada, prolongábamos los ojos, nuestra sangre nos llevaba a otras sangres. Ella me decía siempre: «soñar no cuesta nada», y nunca podía dejar de soñar, se extendía más allá de lo posible, pensaba en las vivencias que podían nombrarse y las que no podían nombrarse, siempre decía: «¿te imaginas, tú y yo en tal sitio, tú y yo haciendo tal cosa?».

En otras ocasiones mientras yo escuchaba a Chopin y ella miraba las revistas que venían con Clarín yo me iba a Ushuaia, eso parecía lo más extremado de todo, me sonaba tan bien pensar que era la ciudad más remota de la tierra y el lugar más cercano a la Antártida, se llevaba la gente allí en otro tiempo para privarla de todo, y ahora iban algunos para escapar de todo. Y pensaba en los lagos, pensaba en el viaje en el barco para ver los pingüinos, pensaba en la estancia Harberton y en las leyendas de los yamana, y precisamente ese viaje era el más caro de todos, resultaba desaforado para mí, necesitaba más audacia que ninguno.

Pensaba en La Pampa como alternativa, miraba características de estancias cercanas a Buenos Aires, algunas parecían históricas como palacios en mitad de las llanuras, tenían salones coloniales y muros con hiedra. En mi mente nos alojábamos en habitaciones suntuosas, teníamos desayunos espléndidos en jardines, todo el personal elegante de la estancia estaba a nuestro servicio, dábamos paseos por las fincas.

En la estancia La Porteña había vivido Ricardo Güiraldes cerca de San Antonio de Areco, le expliqué quién era el autor de «Don Segundo Sombra», le hablé del gaucho silencioso y recio y estoico que vive desde un caballo, y le encantó, y como siempre quiso pisar los lugares que ese hombre había pisado. Todo lo que había sido excepcional en el pasado ella quería vivirlo también, los dos queríamos una vida mítica. Hablábamos de ir a La Porteña, me entraba la obsesión, le pintaba todos los detalles de nuestro fin de semana en la estancia, pensábamos en hacer el amor en una cama gigantesca, paseábamos por los jardines de noche, cenábamos mirando a las espesuras, tomábamos carne a la brasa con los vinos más oscuros, vivíamos como príncipes en mitad de la Pampa, como seres irrepetibles nos desplazábamos por los cuartos espléndidos.

Otras estancias ofrecían paseos a caballo y visitar la inmensidad de las instalaciones, nos sugerían observar las distintas faenas de la propiedad y llenarnos de los olores de los matojos y las vacas, otras exhibían construcciones caprichosas como Santa Rita o La Candelaria con estilos fantásticos, parecían creaciones artísticas de ricachones que querían jugar a lo gaucho con los turistas, pero en esos caprichos se dibujaba un encanto genuino para nosotros, daba igual que estuviese planteado para turistas, y ya me la imaginaba a ella prestando

atención a cada hora del día, vivía los atardeceres y las cenas, preguntaba todo tipo de cosas a los mayordomos, conversaba animadamente con los que guiaban nuestros caballos, intercambiaba impresiones con las amazonas, hacía latir a los fantasmas en torno a nosotros, la pasión con que yo me imaginaba aquello se contagiaba a ella, y la saboreábamos como si tomáramos un buen vino.

Yo estudiaba cada detalle, tal vez íbamos en tren o tal vez en autobús, me imaginaba en los vagones de tren cruzando las llanuras despejadas, alguien nos iba a buscar a la estación como en las películas, los coches nos iban acercando a través de las arboledas. No paraba de dar vueltas de una estancia a otra mentalmente, cuando me había decidido por una estancia me lanzaba a comprobar un detalle de otra, pero siempre acababa volviendo a La Porteña que había habitado «Don Segundo Sombra». Siempre nos atraía lo más literario, a ella le encantaba hacer fotos y atraparlo todo en la luz como hace la memoria, y a mí me atraía convertirlo todo en literatura.

Y resultaba que cerca de esa estancia estaba el pueblo de San Antonio donde había vivido Güiraldes, allí había un museo con pertenencias suyas y creo que también un manuscrito de «Don Segundo Sombra», destacaba una reproducción de una pulpería como las que aparecen en «Martín Fierro» o en «Segundo Sombra». En esos lugares pasaba de todo y se encontraban todo tipo de gentes, surgían las leyendas y se diseñaban los héroes, remotamente de allí venían los relatos de Borges. Allí en las charlas en torno a las largas mesas de madera nacían romances como el de Juan Lavalle que compuso Sábato, los héroes de la guerra y la obstinación acababan convertidos en sombras emotivas en las canciones.

Yo le hablaba de todos esos episodios literarios, ella los vivía tanto como yo, se disponía con más intensidad que yo a reproducir aquellos momentos. Queríamos que nuestra vida fuera interesante y sobre todo nuestra vida juntos, ella decía: «hay que evitar la monotonía por todos los medios», siempre quería poner toda la carne en el asador, besaba con todos los labios, hacía el amor con todo el cuerpo, soñaba con toda la piel.

Un día le dije: «decididamente, tenemos que ir a la estancia de Güiraldes, allí nos acordaremos de todas aquellas vivencias de los gauchos, vamos a ir a la estación de Retiro a comprar los billetes, llamaremos por teléfono para ver cómo nos recogen». Y ya pensaba en cómo pondría aquello en palabras antes de hacerlo, lo comparaba con las enormidades de la Patagonia y las rechazaba, le mostraba las ventajas de ir a la Pampa, intentaba convencerme a mí mismo al convencerla a ella. Le decía: «en realidad eso es más argentino, más sugerente, es vivir la Pampa que es una de las identidades de

Argentina, es experimentar lo más grande de la literatura argentina». Y ella decía que era verdad, y cuántas películas estábamos viviendo ya, saludábamos en la galería de la estancia donde merendábamos, escuchábamos conciertos en la estancia La Encantada, mirábamos cómo se ponía el sol en otra estancia.

Yo prefería entre todas las películas «El año pasado en Mariembad», quise que la viviera conmigo, me fascinaba el Alain Resnais de «Hiroshima mon amour» y de «Muriel», me fascinaban sus indagaciones en el tiempo y en la memoria. Me fascinaba cómo muestra que somos una incertidumbre y una sombra intensa, el tiempo nos da dignidad, la memoria nos recrea, me convencía de que el tiempo está en la mente y lo somos todo en la mente, el tiempo todo lo convierte en leyenda y ya no importa cuál fue la realidad. Me obsesionaba el personaje que insiste en que el año pasado acordó en Mariembad con la mujer que se escaparían juntos, eso tal vez ocurrió el año pasado o tal vez no ocurrió, tal vez estaba solo en su mente, pero en cualquier caso estaba en sus palabras y en sus visiones, era más intenso que todo, lucía como la idea de escaparse y marcharse juntos en la noche y romper las sujeciones y automatismos.

Nos pusimos a ver la película en el ordenador, presenciamos los encuentros del hombre y la mujer en el hotel barroco, tal vez no ocurrieron así sino de otro modo, tal vez los personajes lo imaginaban todo como solo una película, nadie sabía qué era lo cierto, pero en todo caso la idea estaba allí como una incitación. Ese hombre perseguía a la mujer a través de los salones y los jardines y los cuartos, la abordaba junto a las estatuas y en los pasillos y en las escaleras, la acompañaba en los recuerdos o los falsos recuerdos o las invenciones, la amaba en las incertidumbres del tiempo y en las sombras y en las palabras y en las ilusiones.

Ese hombre quería arrastrarla hacia la noche, y al final lo hacía, después de tantos obstáculos y versiones e imágenes diferentes (al fin y al cabo no somos más que imágenes, el caso es si son imágenes ardientes o vacuas) conseguía irse con ella, mientras los huéspedes en el hotel / palacio jugaban el mismo juego sin fin los dos se perdían en forma de luces en la noche.

A mí esa película siempre me hacía temblar, la admiré desde antes de verla desde que supe de qué trataba y vi fotogramas obsesionantes y conocí frases sueltas, para mí esa película reunía el colmo de la intensidad y el atrevimiento y la locura. Rompía todas las reglas del realismo y se instalaba en el puro cine, nos daba las puras imágenes y nos decía cómo la memoria lo estiliza y lo intensifica todo, nos decía cómo la memoria lo rescata todo de la vulgaridad del presente. Y nos

hacía reconocer que somos tiempo y somos imágenes, y hacía que quisiéramos incendiarnos como hizo con las palabras Alejandra Pizarnik, y hacía que quisiéramos preservar una imagen para siempre como hizo el personaje de Bioy Casares en «La invención de Morel».

Circe se embarcó conmigo en la película, noté cómo vibraba con cada fotograma, latía con cada estancia de ese palacio enigmático y con la inmovilidad de las estatuas, vivía con los dioses de mármol que parecen huir en el mirador que se asoma al jardín, seguía cada una de las expresiones de ese personaje obsesionado que sueña a la mujer y la recuerda a su modo y quiere llevarla. Veíamos que tal vez no importa el tiempo sino el sueño y recordar lo que uno quiere recordar y transmutar el pasado. Yo pensaba que la memoria lo destila todo y lo hace todo denso y escoge lo que quiere escoger porque resume lo que más le importa. Pensaba que la memoria no es un notario y no importa si te dije eso o si quise decírtelo, pensaba que no importa cómo fue sino cómo lo recuerdo y lo que he hecho en mi cabeza con aquellos días y lo que han dejado en mi sangre.

Del mismo modo yo tiempo después legendarizaba aquella estancia nuestra en Buenos Aires, decía lo que pasó aquel año en Buenos Aires, destilaba todo a través de la memoria que reinventa las cosas y se queda con su perfume. Me decía: «¿qué importa lo que fue real a cada momento si lo que queda son ciertas instantáneas que nos ensalzan?», antes de que pasara el tiempo ya la recordaba a mi lado junto a la mesa mirando la película en el ordenador de cara al balcón. Yo tenía mi copa de whisky de las noches, ella miraba en posturas intensificadoras, parecía que miraba hacia abajo pero estaba levantando los ojos, creí que los tenía hacia un lado pero los torcía para sorprender radicalmente las imágenes.

Casi nunca miraba de frente trivialmente, su mirar era como una aventura, al mirar ocurría algo radical en su vida. La recordé mucho después en aquel silencio loco cuando ni siquiera me acariciaba la cabeza, la película la secuestraba completamente, se colgaba de ella como si le fuera la vida. Le fascinaba como a mí ese palacio interminable y desorientador, miraba sin aliento los techos llenos de molduras y lámparas, y las paredes repletas de adornos barrocos, y las fiestas míticas y los paseos interminables del jardín, y las estatuas que soltaban todo su significado con los gestos.

Decía «hermoso» sacudiendo la cabeza con contundencia, la película nos inundaba a los dos, teníamos esa conjunción que les ocurre a Castel y María en la novela de Sábato al mirar el cuadro. Y cuando después caía la noche yo también sentía como Resnais que los

dos éramos tiempo que pasaba, consistíamos en imágenes y sombras que vagaban, nos volvíamos seres que se construían en la memoria y se hacían una casa en el recuerdo. Pensaba como los órficos que lo más alto ya ha ocurrido algún día y solo tenemos que recordarlo.

Vivíamos en los cines, yo iba al cine en la India o Marruecos o Japón o Nueva York, y no concebía otra cosa, por eso también recorríamos los cines en Buenos Aires, formaba parte de nuestra vida allí, igual que convertíamos en películas las calles de la ciudad o las aguas del Río de la Plata. Algo muy importante que hacía yo en el Clarín (a veces en el República, o en La Prensa, o en otros que exploré, también tenía su gracia explorar periódicos) era buscar los cines que había y ubicarlos en el mapa, yo espiritualizaba el mapa, lo llenaba de emociones y puntos de referencia, y se lo comunicaba a ella que tenía la misma pasión por los mapas que yo.

E ir al cine era toda una aventura, trazábamos los modos de llegar, íbamos en el metro y encontrábamos caras únicas, pasábamos por calles y veíamos cafeterías a través de los escaparates, inventábamos la historia de los edificios con poca Historia pero tanta historia de Buenos Aires. Veíamos cómo era el cine, investigábamos las carteleras como cuando era niño, imaginábamos películas enteras a partir de las carteleras.

Un día fuimos a un cine extraordinario en la plaza del Congreso, salimos del metro en el otro extremo de la plaza, observamos la prosapia del Parlamento y el Monumento a los dos Congresos, los jardines con sus bancos se llenaban de viejos ahumados o niños increíbles. El cine Gaumont nos esperaba en una esquina de la plaza en el cruce de Rivadavia con Montevideo, me recordaba aquellos cines de los años cincuenta donde uno se apartaba de la vida, que tenían estilo de teatro con molduras y plateas y puertas doradas. Había adquirido la dignidad del pasado y parecía una fotografía de sí mismo, se mostraba como si alguien nos contara cómo era un cine hace décadas, hasta los empleados parecían seres del pasado y uno no sabía si podría hablarles.

El vestíbulo se extendía enorme, tenía un bar con una barra muy larga y opulentos sofás tapizados en verde, vimos carteles ajados de películas de la era dorada de Hollywood, admiramos fotos resumidas de Sofía Loren y Claudia Cardinale con torrentes de vitalidad adivinados. Subimos al piso de arriba, vimos asientos fijos adosados a las paredes y grandes ventanales que fantaseaban la plaza del Congreso y sillas confortables en torno a mesas de madera. En las paredes y en los tableros de las mesas se reproducían unos cuadros de

Hopper, en ningún cine del mundo yo había visto aquello, se veían esas imágenes con mujeres solas en cuartos de hotel, avenidas nocturnas donde pasean sombras, bares vacíos donde se incomunican siluetas calladas.

Siempre me fascinó Hopper, encontró el misterio de los hoteles y los pasmos en las casas de las llanuras, y le transmití a ella ese entusiasmo, ella tenía mucha capacidad de entusiasmo, si le mostraba el cuadro de alguien enseguida se ponía a buscar y me mostraba otros cien cuadros del mismo, ampliaba y multiplicaba la misma vivencia. Y ahora encontramos aquellos cuadros en el sitio más impensado del mundo, casi nadie los veía y nadie se acordaba de ellos, estaban abandonados y secretos como los personajes de Hopper, destilaban la soledad al cuadrado o la multiplicación de la sugerencia, intensificaban ese misterio que nos constituye como sombras de sombras que no se rinden.

Y desde aquel momento aquel cine se me hizo inolvidable, vimos una película muy poética de una directora argentina (nunca he visto una película argentina vulgar), se sucedían imágenes desatadas en el espacio y en el tiempo. Comenzaba con un hombre que despotricaba sin parar hacia su esposa sin escucharla mientras ella le pedía repetidas veces que le acercase la copa de vino, seguía con evocaciones de infancias / amoríos / jardines, se soltaba libre y sin fronteras. Lo que más recordé después fueron unos amantes desnudos que se deslizaban por un río en una barca, me parecía una celebración loca de lo que está fuera de lo cotidiano, de la belleza, de la sensualidad. Más tarde Clarín decía que aquella película era regular, aquello me sorprendió, la realidad siempre me sorprendía.

Avanzábamos por Caminito, veíamos las casas de colores de una planta y los puestos de recuerdos convencionales, pasábamos los carteles junto a las tiendas, ella le pedía a un individuo una foto y el tipo lo hacía de mala gana. Los dos intentábamos poner cara de foto que borrara la irritación que teníamos, le dije: «pero ¿qué te pasa?», ella levantó el dorso de la mano, cuando hacía eso yo ya sabía que no había nada que hacer, yo detestaba ese gesto en ella, era la señal de que desconectaba. Para mí resumía todos los fracasos con ella, cuando levantaba la mano de ese modo se volvía tajante, sabía que se había levantado el puente levadizo entre nosotros.

Pero seguíamos caminando a través de ese desencuentro, éramos conscientes de que a pesar de todo estábamos en La Boca (había ocurrido así en muchas ocasiones, estábamos en sitios inolvidables pero nuestro estado de ánimo los estropeaba, pero era lo que teníamos). Nos dirigimos hacia el Riachuelo, habíamos comentado en casa las capas de suciedad que tenía, las barcas que se habían hundido, los desperdicios que se habían tirado, aunque decían que lo habían limpiado recientemente, en «Clarín» comentaban que una concejal se había bañado en bikini. En el río cenagoso veíamos los barcos abandonados, el altísimo puente de hierro a fuerza de monstruoso se hacía enternecedor, las enormes grúas en desuso cogían cierto encanto, los andenes que un día estuvieron llenos de mercancías se desplegaban solitarios.

En la calle Iberlucea nos tomamos una cerveza en la terraza de un bar rock, ella habló con una joven desmañada que vestía un pantalón de cuero, le sacaba la vida a todo el mundo y podía surgir su entusiasmo en mitad de los mayores fastidios. Fuimos por la avenida Necochea, vimos las casonas desvencijadas sobre porches como tangos sobados, cogimos un taxi y le indiqué a ella como íbamos pasando junto a la Casa de la Bruja.

Otro día un taxista nos llevaba al aeropuerto para ir a Santiago de Chile, atravesábamos los barrios populares hacia el sur, yo intentaba devorarlos a través de las ventanillas con paradójica desgana, y en Buenos Aires los taxistas hablaban sin parar. Saltamos con precaución por diversos temas, pasamos por cuestiones de actualidad, el hombre se mostraba partidario de Cristina aunque criticaba corrupciones de los peronistas, mostraba ese disfrutar de las personas de la calle

cuando despluman a los poderosos. La charla recayó sobre Evita, enseguida dijo que esa mujer era aparte, todo el mundo la veneraba en Argentina, estaba por encima de toda discusión, dijo que su mujer le pedía cosas a Evita como si fuera una santa, muchos argentinos se encomendaban a ella, dijo: «hizo tanto por el pueblo».

Una tarde fuimos al cementerio de La Recoleta y estuvimos buscando a Evita, nos mandaban aquí, nos mandaban allá, unos empleados nos dieron unas indicaciones en plan irónico. Al final encontramos los nichos de la familia Duarte, no era una tumba con lápida sino solo un nicho, pero se veían flores y papelitos, se veía su fotografía en tonos ocres. Estábamos allí mirando a una mujer de películas / canciones / leyendas / postales, mirábamos una creación colectiva y un mito, nos entusiasmaba mirar el mito, queríamos captar lo que irradiaba y saber por qué ilusionaba a tanta gente.

Yo me acercaba a ella aunque le pusiera todos los reparos mentales, aunque imaginaba miserias y desmitificaciones, de cualquier modo ella formaba parte de Argentina, Circe se entusiasmaba y quería sacarle fotos, no dejaba nada sin hacerle fotos, quería dejar constancia de todo lo que hubiéramos pisado. Hacía otra leyenda de la leyenda: ella y yo junto a la tumba de Evita como si nos estuviera mirando alguien mucho tiempo después, nos convertíamos en fotos así como Evita se había convertido en fotos.

Salimos del laberinto de las tumbas diciendo: «hemos estado aquí», Circe odiaba los cementerios, los visitaba solo para nombrar sombras vivas. Buscamos el Museo de Evita en Palermo Viejo, fuimos por la avenida Las Heras preguntando a la gente, llegamos a un caserón elegante con ventanas muy bajas. Ponían un video sobre la mujer de Perón en que aparecían las masas enfervorizadas de Buenos Aires, Evita sonreía siempre, trataba con gobernantes, viajaba y daba proclamas, acababa trágicamente.

Necesitaba un poco de ironía y no dejarme atrapar, pero no podía evitar recordar la canción de Nacha Guevara: «No llores por mí, Argentina», esa canción para mí era más verdadera que los hechos históricos que son difíciles de establecer. Allí en el museo nos convertíamos en memoria y aspiraciones como en «El año pasado en Mariembad», pensábamos: «cuando Evita dijo esto, cuando hizo aquel gesto», tal vez en realidad no dijo nada de aquello pero podría haberlo dicho, yo tampoco recordaba bien mi propia vida.

Amábamos la canción de Nacha, Eva se había convertido en una canción, toda Argentina se había convertido en una canción. Atravesábamos las salas, mirábamos los orígenes humildes de Eva,

trabajaba en la radio, actuaba en películas de tercera fila, aparecía en la prensa amarillenta de la época. Se encontraba con Perón las primeras veces, llegaba a las grandes luchas que vinieron más tarde, presenciaba los conflictos de Estado, intentaron asociarla al poder y eso provocó reacciones enérgicas. Miramos cómo le resplandecía la cara, en las fotografías a todos nos resplandecía la cara de algún modo, pero había seres especialmente hechos para las fotografías.

Circe se fijaba en el texto ajado de un periódico y me llamaba: «amorcito, mira lo que dice aquí», vibraba, quería descubrirme todas las cosas, lo miraba todo como viendo visiones. Llegamos a unas salas donde se exponían cartas de Evita, mirábamos con avidez su letra, queríamos descubrir su personalidad a través de sus trazos, vimos cartas humildes de sus primeros superiores y de sus familiares, husmeamos invitaciones a fiestas y tarjetas, curioseamos sus vestidos y sus zapatos.

Miramos ediciones de su libro «La razón de mi vida» en varios idiomas, aparecía como la novia de todos los argentinos o mejor como la madre, parecía no tener sexo, solo tenía mirada y una sustancia celeste. Pero nos emocionaba la canción de Nacha Guevara con la que nos levantábamos todas las mañanas, con ella hacíamos el amor, convertía a aquella mujer en una tragedia punzante, la fundía en un lamento, la destilaba de todos los anhelos y las nostalgias.

Circe puso una cara de decepción expresionista cuando encontramos cerrada la casa de Gardel, sus decepciones expresaban tanto como sus entusiasmos, volvimos unos días más tarde. Porque arrastrábamos la evocación de Gardel por todas partes, empezamos a amarnos bajo su voz en El viejo almacén de Bogotá, oíamos Volver en nuestro apartamento, mirábamos sus fotos en las cafeterías ahumadas de San Telmo, hablábamos de él a pesar del distanciamiento irónico con que algunos nos escuchaban. Su figura estaba en otra época pero revoloteaba como aire en la nuestra, a veces ella lo entonaba en un ascensor, nos gustaba su gracia callejera y su dramatismo pasado por chulería, nos simpatizaba su temblor de tragedia convertida en estampa.

Por eso volvimos, tal vez nos comportamos como turistas convencionales, íbamos a todo lo que sonara famoso. Pero sudábamos melancolía al hacer esas cosas, nos chirriaban las horas irrepetibles que dedicábamos a seres irrepetibles, los hacíamos nuestros como si estuvieran con nosotros, no se reducían a simples postales, Circe me besaba con el espíritu de Gardel, hacíamos el amor entre las pulsiones de un tango.

Entramos en las habitaciones en que vivió durante dos años con sus parientes, vimos unos dormitorios con ventanas que daban a un patio, apreciamos la ropa de cama y las carátulas de los primeros discos ajados, miramos las primeras reseñas en la prensa y las tempranas fotos promocionales. Miramos trozos de películas en las que había intervenido y relaciones amorosas, atendimos a los viajes y los primeros socios y los amigos que dudaron de él, vagabundeamos como fantasmas detrás de su espíritu, tal vez nosotros aquel día éramos menos precisos que él.

Pero sobre todo escuchábamos su voz, ella me decía que escuchara, hacían sonar en su voz La Cumparsita o Caminito u otras canciones que yo no había oído nunca, sonaban sus primeros éxitos. Y nos arrastrábamos de sala en sala mirando sus cartas, espiábamos recibos que fueron de él, una pipa, un cuaderno que le perteneció, atrapábamos un sombrero y una tarjeta que envió a su madre. Ella ponía los ojos tan abiertos que me hacía daño observarla, me asustaba un poco mi propia atención, me asustaba el desgarramiento con que asistía a todo aquello, tenía miedo por mi propia consistencia, porque

no era capaz de apreciar de verdad todo aquello. Circe me arrastraba hacia una esquina, comentaba con los empleados, asombraba a la gente.

Nos sentábamos en un banco del vestíbulo, intentábamos asimilar el haber visitado todo aquello y el estar allí tantos años después, sonaba su voz incierta a través de las épocas, pensaba que Circe también se iría, nos iríamos los dos igual que un tango, por eso estábamos allí furiosamente, con los ojos desolados contemplábamos aquellos restos. Entramos otra vez en las salas, repasamos todo, miramos un piano que le había pertenecido y las primeras letras que había escrito, leímos los contratos de publicación, los premios, las resonancias en Uruguay y Colombia.

Y sonó la canción Volver en su propia voz, y sentimos el tiempo en nuestras caras, y sentimos toda la novela que es el tiempo, y pensé que muchas veces volveríamos, y ya habíamos vuelto muchas veces. La canción sonaba allí más fuerte que cuando la oíamos en nuestra habitación, pero ya en la habitación nos sentíamos derrotados y resistentes, me sentía secuestrado y golpeado por la vida, veía que Circe me miraba, me apretaba en el brazo con las uñas y me decía: «amorcito, ¿ves cómo se me pone la carne de gallina?».

La avenida Mayo lucía esplendorosa, parecía un resumen de París, se llenaba de edificios galantes entre los árboles, parecía como si en ella se desarrollara la parte serena de todas las novelas. Llegamos al Tortoni, vimos los escaparates con poemas y el vestíbulo palaciego, quedamos alucinados. Tomamos un café lentísimo en una de las mesas de mármol y nos dejamos atrapar por las fotos de celebridades en el tiempo, y miramos pinturas y esculturas y autógrafos, y vagamos con los ojos entre las maderas ahumadas y las molduras y los paragüeros y las vitrinas con tesoros y las columnas estilizadas.

Ella se puso a hablar con los camareros, preguntó: «¿quién es este, quién es aquel, quién estuvo aquí?», dijo que era una sirena del mar Caribe y yo era un escritor español que había ido a escribir una novela. Se fue hacia el fondo donde la esperaba un busto de Borges con su desamparo metafísico y su emoción elegante, quiso intimar con él, le pidió a un camarero que le hiciera una foto, para ella atrapar algo en sus fotos equivalía a hacer aguardiente. Dio vueltas, miró cuadros, comentó con otros clientes una pintura, sonrió a una anciana con complicidad, en algunos instantes parecía que tenía complicidad con todo lo viviente.

Vino corriendo hacia mí: «amorcito, amorcito, ven a ver lo que hay aquí», ocurría que en la pared descubrió un retrato de Alfonsina Storni en cuya casa casi nos fuimos a vivir, yo le había dicho que era extraordinaria y se murió en el mar, y ella lo asimilaba todo, se le quedaba todo grabado a fuego. Encontró un poema junto al retrato, me lo leyó con dedicación, me subrayó un verso: «soy una selva de raíces vivas», le entusiasmó especialmente ese verso, las palabras brotaron como erupciones para ella.

Dejamos los cafés sobre la mesa y avanzamos siguiendo la pared, vimos unas fotos de los reyes de España y otras de Alfonsín, vimos otras de un cantante famoso y otras de una princesa persa, parecía que todo el mundo se había reunido allí, cuántas cosas se habían escrito en el Tortoni. No vi a Roberto Arlt pero seguro que estuvo allí en plan dostoievskiano sintiendo el placer burgués de un café, tampoco vi a Alejandra Pizarnik pero sus ternuras rechinantes también se produjeron seguramente allí.

Y saltamos los dos al mismo tiempo: «hay una foto de Ernesto

Sábato», extrañamente el escritor se reía, o por lo menos sonreía, me lo imaginé allí mismo con toda su oscuridad / su miedo a los ciegos / su fervor en los túneles, vi una dedicatoria cariñosa para el Tortoni. Para mí ya se salvaba totalmente el Tortoni, bastaba con eso, si Sábato sonrió en el Tortoni es que no era todo pura pijería, imaginé todos los esplendores misteriosos que ocurrieron allí, todas las visiones se transformaron, infinidad de palabras sombrías explotaron en esa cafetería.

Circe se vino a sentar conmigo, disfrutamos del café con calma entre tantas presencias, pero a ella no le bastaba, y fue otra vez a hablar con los camareros, les preguntó si Borges venía mucho por aquí, les preguntó qué expresión tenía y si le habían visto alguna vez escribir en una mesa, les preguntó si se encontró alguna vez con Sábato, qué estado de ánimo traía Sábato cuando venía. Los camareros sonreían, le contestaban con orgullo prestado, les seducía su vitalidad invencible.

Ella y yo sentíamos pasión por la literatura, y los escritores palpitaban allí intensos con sus libros chorreando sobre las mesas, lo mirábamos todo como si fuera un templo, la literatura le daba vida a las paredes y a las sillas. Se nos notaba la devoción en los ojos, toda la vida que vibraba en los libros de los escritores vivía ahora en nosotros, la literatura le daba vida al mundo, rescataba la vida, hacía interesante cada cortina y cada cristal, rescataba cada esquina de la ciudad de Buenos Aires, respiraba en las fotos en blanco y negro. Los escritores otorgaban al mundo toda su densidad, y ella vivía con ellos, hacía que todos se contagiaran.

Los camareros se asombraban con su asombro, las personas que estaban en las mesas se contagiaban de nuestro fervor, nunca vi una mujer más viva ni más literaria, sentí que tenía que escribir un libro sobre ella. Sentí que tenía que novelar nuestras horas juntos, ella tenía tanta garra como los personajes de todas las novelas, ella era una presencia inagotable en Buenos Aires, se perdía en Buenos Aires en mitad de aquel otoño. Nos habíamos comunicado desde lejos, nos habíamos amado en la distancia construyendo ilusiones con las palabras, habíamos levantando vivencias y visiones a través del teléfono, nos habíamos citado en Buenos Aires, y nos encontrábamos en Buenos Aires durante un mes.

Un mes era pasajero y por eso mismo precioso, queríamos preservarlo, tenía ese aire de amenazado, y su vitalidad destacaba más en ese mes que iba a acabarse aunque parecía infinito, igual que resaltaba un rostro en la cercanía de la muerte. El presente muchas veces era un fastidio, las personas que se tenían no se apreciaban, el hábito asfixiaba las percepciones, pero nosotros teníamos solo un mes y nos percibíamos, y ella pertenecía a Buenos Aires, estaba en la atmósfera del libro que yo estaba escribiendo, latía en medio de ese

mes precario y por eso mismo admirable.

Su cara por instantes destacaba de un modo insólito para mí, la veía hablar con los camareros, miraba las fotografías legendarias del café Tortoni, hablaba con una ancianita acerca de la poesía de Alfonsina Storni, me deslumbraba, pensaba sin pensarlo: «¿por qué todo es tan frágil, por qué corremos el riesgo de no enterarnos de la vida?», ella intuía lo que yo estaba pensando, y me daba un beso con toda la sustancia de Buenos Aires.

Al lado del parque Lezama descubrimos el Centro Cultural Torquato Tasso, entramos a él a través de unas cortinas, vimos un espacio gigantesco de madera para bailar y unas mesas en las esquinas, adivinamos una barra solitaria al fondo donde no sabíamos si alguien servía. Nos sentamos en una mesa junto a la pared, cuando un joven vino a preguntarnos pedimos unas cervezas. En la pared destacaban unos cuadros que tenían una energía expresionista, su toque acuciante pegaba con la oscuridad del local, los poblaban unos seres que tenían la soledad apasionada de Castel en la novela de Sábato o esa fuerza que puso Sábato en sus pinturas cuando al final se quedó ciego y se dedicó más que nada a pintar.

Vimos tres o cuatro figuras perdidas en el espacio de baile, una chica enseñaba unos pasos, mirábamos encantados cómo se movían. Se construían los trazos del tango, dos cuerpos se provocaban y se descartaban, vislumbrábamos los cuchillos / las derrotas / las emociones golpeadas, nos encantaba espiar allí la intimidad de los bailarines cuando no pensaban que nadie los mirara. Circe se acercó a la que parecía profesora y le pidió que nos hiciera una foto, nos fotografió en una mesa de lo más sugestivo con su superficie de madera y los cuadros obsesivos detrás, después Circe pidió que la profesora se pusiera con nosotros para otra foto.

La chica nos dijo que podíamos ir a las clases de baile, Circe mostró un entusiasmo reprimido, vi que no se decidía pero le encantaría. En esos momentos yo estaba viendo otro momento en otra ciudad, pensaba en fracasos y dificultades, así pasaba a veces, los momentos más intensos se percibían del modo más despistado, pero a pesar de eso nos corroían la piel y nos dejaban marcados, vivíamos como si tuviéramos muchos cuartos y muchas pieles. La chica me dijo que yo también podía asistir, le contesté que eso era imposible, me preguntó por qué, le dije: «es que yo tengo el cuerpo de cemento».

Ella contestó: «tal vez sea mejor así, los que creen que saben ponen dificultades para aprender, es más difícil enseñarles», dije: «es posible pero lo de bailar está fuera de cuestión para mí, aunque lo admiro mucho». Admiraba tantas cosas y en los peores momentos me preguntaba: «¿y qué es lo que sé hacer yo?», me daban toques de humildad iluminadores, experimentaba pequeñas caídas del caballo, me preguntaba: «¿qué estoy haciendo? ¿de qué vale todo lo que hago?

¿estoy consiguiendo algo?, tengo que liberarme de las frases, de mis propios pensamientos, de mis palabras, debo hablar claro conmigo mismo en medio de tantas alucinaciones, y decirme ¿qué está ocurriendo?». Aquel local sugería un templo subterráneo del tango, parecía un lugar para que la gente delirase con arrebatos arrabaleros, muy cerca en el parque Lezama Martín se encontraba con Alejandra.

Nos fuimos y dijimos que volveríamos más tarde, luego estuvimos en el Bar Británico evocando la sombra de Ernesto Sábato, decidimos ir regresando a través de las calles encantadas de San Telmo hasta que encontráramos un autobús. Por la calle Balcarce íbamos encontrando bares de novela de editorial Losada, pasábamos viejas librerías llenas de ediciones baratas y pasajes con almonedas, avistábamos pequeños figones secretos / un estudio de artista / un ensayo de teatro en un tercer piso. Nos fijamos en una casa con las ventanas abiertas en que vivían unos pintores entre luz tamizada de lámparas, intuimos una vida artística, artistas se peleaban con las imágenes, traían con las imágenes los secretos de la vida, vagaban entre las ideas e intentaban estremecer a las personas. Veíamos una especie de París en el polo sur, se nos dibujaba un París de bohemia y de libertad y de búsqueda, un mundo de artistas se sabían fuera de las regularidades cotidianas.

En un bajo se veía un montón de cachivaches, nos quedamos fascinados imaginando todo lo que podía inventarse allí, pasamos bajo el puente de la autopista 25 de Mayo con un poco de miedo, seguimos hasta la plaza Dorrego. Entramos en el café Dorrego y se veía a Gardel en medio de fotografías ahumadas, daba nostalgia y un entusiasmo gastado ver el entusiasmo en las imágenes ajadas por el tiempo, inspiraba ver cómo la vida todavía se asomaba hasta nosotros a través de los años, la vida idealizaba el pasado, se llenaba con todo lo que vivió en las luces animosas de la memoria.

En la plaza bullían conversaciones difusas entre saxofones ahumados, estábamos ya en medio de una fotografía, éramos los retratos de nosotros mismos, nos estábamos recordando. Nos sentamos en una terraza en mitad de la plaza a tomar una cerveza y vimos una actuación de tango, en medio de las terrazas una pareja de bailarines se aproximaban y se alejaban, se decían algo contundente y se iban. Encendían los cuerpos, se desplazaban de un extremo a otro de la plaza, representaban un tango algo enfático para turistas pero tenía la tragedia ligera del tango, pensé: «son algo macarras y son los más intelectuales, se aman de modo devorador y se investigan».

Subimos a un autobús que nos llevó por la noche de Buenos Aires, traqueteamos por las calzadas de adoquines, bordeamos los anticuarios donde los restos de las familias decadentes de Europa esperaban a los nostálgicos, llegamos a las grandes avenidas

iluminadas, entramos en las calles de diseño de Palermo, ella dijo: «cómo me gusta verlo todo desde el autobús», las luces de Buenos Aires latían siempre vivas para ella.

En la sala trasera de «La peña del Colorado» encontramos un cartel de Leonard Cohen, le repetí que era mi preferido, vimos carteles de actuaciones de Gardel y de Ravi Shankar y de Tom Waits. Ella se lo comentó a un muchacho y vino a enseñarnos aquella sala, los dos alucinamos con aquellos tesoros, divagamos con la idea de que nos regalaran alguno de aquellos vinilos. El joven dijo que sería posible tal vez otro día, aquella trastienda que llevaba a unos callejones se revelaba como una cueva bonaerense de las sorpresas, de un golpe estábamos los dos emocionándonos con el pasado, la vibración de los años sesenta había quedado escondida.

Todas las canciones no habían muerto, los dos éramos amigos de lo no muerto, quizás por eso admirábamos a los vampiros y hablábamos a menudo de Drácula, una vez en un cine-taberna de Cuzco conseguimos que nos pusiesen una vieja película de Drácula con Christopher Lee.

Comenzó la actuación en «La peña del colorado», un muchacho muy joven que procedía de Salta empezó a entonar baladas sobre historias del norte / problemas argentinos / desamores / amistades, nos metíamos en la piel de amantes de Jujuy, tragábamos canciones urbanas de sabores amargos. El muchacho cantaba bien y le veíamos todas las ganas de comunicarse, dedicaba canciones a sus amigos sentados en las mesas y nos miraba de reojo a nosotros, éramos los únicos desconocidos que lo escuchaban, de ese modo sus pensamientos iban a viajar por el mundo entero en nuestras cabezas.

Pero antes de la actuación mientras esperábamos inventamos un país solo para nosotros, en él solo habitábamos ella y yo, se llamaba Circan por los comienzos de nuestros nombres, Circe y Antonio. Inventamos unas leyes básicas, pintamos la bandera nacional de azul y verde, como himno adoptamos un poema a la noche de Novalis, la religión mandaba hacer el amor y tocar el piano, pusimos como lema «la delicadeza salvaje». Incluso creamos un documento de identidad, inventamos unas cuantas canciones características, escogimos poemas identificativos, entre ellos destacaban «El olvido» de Cernuda y «El último otoño» de Neruda.

Dijimos que iríamos con frecuencia a ese país, declaramos que nos refugiaríamos en él cuando nos sintiéramos aburridos, confesamos que

en el fondo viviríamos en él continuamente, entonces ya habíamos visto Gilda y yo pensaba en aquel Buenos Aires de película mezclado con Montevideo. Pedimos una especie de croquetas norteñas, y le dije que podíamos brindar con comida y no solo con bebida como hace todo el mundo, chocamos las croquetas y las comimos con fruición. Decidimos que ese sería nuestro brindis, igual que los esquimales se besaban con las narices nosotros brindaríamos con trozos de comida, y ella me dio un beso como si quisiera recoger toda la comida de mis labios, los suyos nunca eran besos despistados.

Aquella noche creamos nuestro país, liberamos un mundo independiente fuera del alcance de los demás, nos escapamos de los mediocres y los pesados. Podíamos invocarlo cuando nos sintiéramos en conflicto, dijimos que recurriríamos a él cuando experimentáramos fastidio, pensamos que entonces volvería toda la pasión que entreveíamos aquella noche. Levantamos la copa otra vez, y nadie sabía en toda la sala qué magia creábamos con las palabras, jugábamos pero abríamos un surco en nuestra historia, así tantas veces se hacían las cosas sin darles importancia y luego se convertían en referencias para el resto de la vida.

Cuando acabó la actuación ella fue a hablar con el muchacho y lo felicitó, le dijo que el concierto le había gustado mucho al escritor (o sea, a mí), el muchacho tal vez se ilusionó con que sus canciones circularan en mi cabeza, fueran a desembocar Dios sabe dónde.

Otra vez fue el Thelonius, yo siempre amé el jazz aunque apenas sabía nada de él, una vez escuché a Billie Holliday en Praga durante quince noches porque era el único disco que había en un apartamento y me quedé enganchado en ella, pero también presencié actuaciones laberínticas en Cuba o en Barcelona. Sabía muy poco de jazz pero me gustaba escuchar jazz, lo había disfrutado en películas como «Cotton Club» de Coppola / «Alrededor de la media noche» de Tavernier / «The bird» de Clint Eastwood, me sabía a noche y a vagabundeo, había leído el cuento «El perseguidor» de Cortázar, consideraba que era tal vez el único texto realmente sentido que había escrito ese hombre.

Anunciaban una actuación de no sé quién, subimos unas escaleras y llegamos a un local oscuro con mesas dispersas en varios niveles, pagamos en una especie de recepción, como siempre ella casi le contó su vida a la jovencita, le dijo que venía de Colombia, le encantaba Buenos Aires, quería disfrutar de esa noche, la muchacha sonreía admirada, le dijo que esa noche había una actuación interesante y solo duraría dos días. La mayoría de la gente se apoltronaba en sofás bajos, se perdía de forma caótica en una penumbra, formas murmuraban en mitad de la noche.

Arriba otro espacio parecía la tribuna de una iglesia, en una esquina yacían unos instrumentos musicales, un saxofón me invitaba a tocarlo aunque yo no tenía ni idea de música, pensé absurdamente que podría crear sorpresas con el saxofón. No encontramos dónde sentarnos y dudábamos si quedarnos, ella serpenteó entre la gente y consiguió traer dos copas de vino, empezó la actuación con sones errantes y entrecortados de trompeta, a veces se volvían juguetones y a veces giraban melancólicos.

Levantábamos la cara para intentar captar qué expresiones ponían los músicos sobre una tarima, tocaban como si nos dejaran tirados en callejones sin faroles, uno de ellos tenía un soniquete continuo que nos llevaba siempre al mismo punto de partida, pero cada vez desgarraba un sabor diferente. Yo me sentía al lado de Circe entre aburrido y fervoroso, había veces en que creía que no estaba disfrutando pero luego no las olvidaría nunca en la vida. Al cabo de un rato conseguimos sentarnos con el cuerpo muy bajo encima de unas cajas, no veíamos a los músicos ni los instrumentos pero escuchábamos de

un modo más descarado y fantástico, la música se hacía más suelta y entrecruzada en nuestros oídos.

Otra gente aprovechó nuestra idea, unas chicas se sentaron a nuestro lado, yo escuchaba su conversación sin que ellas lo sospecharan, descubría sin darle importancia algunos de los millones de seres que he visto en mi vida. En aquella noche en mitad de la música parecían cobrar densidad aquellas chicas, infinidad de seres se han hecho importantes para mí en distintos sitios solo por compartir conmigo unas horas casuales, ellas no sabían que había una sombra misteriosa espiando su vida en la noche. Se alternaban las intervenciones de los músicos, había alguno que parecía terminar y solo se ponía en hibernación para reaparecer con fuerza, los sonidos se iban y volvían, se cortaban, se iban por los lados, se desmentían, se quedaban sin final, jadeaban, nos llevaban por un callejón sin salida, nos dejaban tirados.

Nos quedábamos sin aliento, la noche se rompía en pedazos, los músicos hacían con nosotros lo que querían, se iban por todas partes con libertad, (otra noche había pasado lo mismo en la librería-cafetería «Clásica y Moderna», a veces los músicos se desmelenaban como si quisiesen soltarnos sus cataratas de timbres, otras veces estaban afónicos como si fumaran en un bar sin saber qué decir, detrás de nosotros al fondo había un piano, y había montones de libros).

Yo fantaseaba con llevarme el saxofón, fantaseaba con qué aspecto tendría yo cargando un saxofón que no sabía usar por las calles de Buenos Aires, bajaba con él por las escaleras y la recepcionista no me preguntaba tal vez nada. Lo subía al autobús, intentaba sacarle algún sonido antes de subir al apartamento, tal vez lo tenía tirado en un rincón de la sala, lo mirábamos de reojo mientras hacíamos el amor en el dormitorio, un día escribía una historia incontenible sobre él, inventaba que estaba en París, inventaba que estaba en otoño en Buenos Aires.

La miraba a ella y hacíamos chocar nuestras copas de vino en un brindis desconocido, invocábamos a un dios ignorado como en la novela de Sábato, ella siempre amó el vino, yo la veía como la diosa del vino, conocía toda la intensidad del vino. Llegó un intermedio y se encendieron un poco las luces, se dibujaron los sofás y los grupos, quise saber qué era lo que no habíamos mirado. Llegamos a la tarima y vimos a algunos músicos, resultó que había otras salas que no sospechábamos con otras gentes envueltas en humo, ella le dijo a un

músico que habían estado muy bien, cuando salimos saludó con entusiasmo otra vez a la chica de la entrada, por las escaleras en mi cabeza se mezclaban películas y conciertos.

Lo veía imposible, pero comentaba en voz alta la maravilla que sería ir a las Cataratas de Iguazú, desplegaba en el aire como si fuera una película una construcción de palabras, montaba un espectáculo increíble, y veía cómo se le ponía la cara, cruzaba por su rostro la leyenda de las aguas. Yo me sentía a la medida de las cataratas, quería estar con ella en lo más grandioso, quería que viera los infinitos y los desbordamientos conmigo, a los dos se nos rompía la piel y la vista mirando aquellas inmensidades de agua, nos reventaban los oídos a los dos juntos escuchando aquella desmesura que era el delirio de la naturaleza.

Nos quedábamos mirándonos, decía yo: «sí, sería fantástico, pero no puede ser, es mejor escoger otra cosa, no se puede incluir todo, solo tenemos un mes, y no tenemos mucho dinero», y en ese mismo instante pensaba a pesar de todo en las posibilidades, volvía a pensar de todos modos en cómo podríamos ir, pensaba en cómo sería si fuéramos. Ella se ponía en otros momentos con el ordenador, se emborrachaba mirando imágenes y asaltando fotografías, decía: «amorcito, qué lindo es Iguazú, podríamos ir en otra ocasión, soñar no cuesta nada», nos emborrachábamos soñando, jugábamos con las palabras, las poníamos sin límites a nuestro servicio.

Otras veces ocurría yendo por las calles del centro, veíamos unas fotografías de Iguazú en una agencia y ella se quedaba mirando, yo pasaba rápido para no quedarme enganchado, me cabreaba conmigo mismo y quería pensar en otra cosa. Pero la imagen de Iguazú me servía para medir cuántas inmensidades quería experimentar junto a ella, porque aquello representaba una de las grandezas de la Tierra, representaba un desgarramiento feliz y un arrancarse los límites de la piel.

En un libro que escribí y luego rompí yo hablaba de una leyenda guaraní sobre Iguazú, el dios dragón de los bosques amaba a la joven Naipur pero ella prefería al joven Cariba, los jóvenes escaparon juntos, el dios dragón emitió un alarido cósmico y rompió la tierra, así se produjo la falla que provocó las cataratas, Naipur se convirtió en una roca y Cariba se convirtió en un árbol, y los dos escuchaban el bramido del dragón eternamente. Y yo me preguntaba por qué el dragón siempre es el negado, por qué nunca se tomaba en cuenta esa pasión inconmensurable que lleva dentro el dragón, la joven siempre

prefería las proporciones asequibles del joven. Pensé en la tragedia y en la pasión inconcebible del monstruo, se desataba sin fin en las toneladas de agua, yo estaba de parte del dragón y la desmesura, me sentía como el ser de las cataratas.

Aunque pensaba que su estruendo podía encerrarse en un nocturno de Chopin, muchas veces había experimentado a Chopin con ella, había captado todos los secretos de la noche con ella, Chopin era el músico de mi vida y yo le había hecho vivir a ella ese entusiasmo, los dos nos sentíamos hijos de la noche y la desmesura. En algún momento me irritaban sus desgarramientos, me agotaban sus caricias bruscas, yo estaba irritable en demasía, incluso en algún momento tenía miedo. Pero a menudo cuando ya me había despertado por la mañana y tal vez ella también a mi lado pero no me lo decía, y se oían los ruidos de los obreros en un patio, yo volvía a pensar en Iguazú como una posibilidad remota, pensaba en ese lugar como solo un nombre, flotaba como una imagen de algo que ni siquiera existía pero se asociaba a nosotros dos, en realidad ni siquiera pensaba en ese lugar, solo era un fantasma en mi cabeza, ni lo nombraba igual que muchos sentimientos que nunca nombré en ningún libro, pensaba vagamente que hubiera sido hermoso que fuéramos juntos a Iguazú, pensaba que sería hermoso en el sentido en que ella lo decía, pronunciaba la palabra cargándola de fuerza, hacía que todo un edificio mental se viniese abajo.

De repente cogimos un avión de madrugada y en cuatro horas estuvimos en el fin del mundo, elegí lo más caro de todo aunque no tenía dinero, me volví loco. Le escribí un mensaje a mis amigos y a mi sobrina: «nos hemos vuelto locos, nos vamos a la Tierra del Fuego», y ella descubrió la nieve y los lobos de mar, vimos el canal de Beagle y el último tren, vimos el final de los Andes y los últimos lagos, vimos una confitería en mitad de la nada y los barcos hacia la Antártida, vimos el cine más al sur del mundo, vimos una cárcel donde llevaron a unos hombres para apartarlos de todo. Pero especialmente vimos la nieve, ella era una caribeña de sangre cálida que cantaba vallenatos y mambos pero le fascinaba la nieve, lo primero que la alucinó antes de aterrizar fueron las alas cubiertas de nieve del avión.

Descubrimos realmente el fin del mundo, llegamos a lo inconcebible y lo que estaba fuera de todo, escuchamos un tango en el fin del mundo, leímos cómo Saint Exupery concibió «El principito» en la Patagonia y se casó con Consuelo la escritora de El Salvador, caminamos bajo el frío entre las casas de madera poniendo mucho cuidado al pisar la nieve, nos refugiamos en el Café de la Esquina.

Leíamos una guía en la habitación y planeábamos todavía más, comentábamos todo lo que habíamos visto, ella nunca antes vio la nieve, ese fue el mayor prodigio para ella, la tuvo que descubrir precisamente en el fin del mundo. Yo recordaba cómo todos los niños quedaban alucinados con la nieve, tenía para todos un sentido místico y nostálgico, me acordaba de «Dónde están las nieves de antaño», de Francois Villon, y ella se comportaba como un niño en la nieve. Leía recostado en la cama y ella me acariciaba con sutileza en los dedos, me los pasaba por la cara y parecía que no hubiera tenido cara nunca, descubría la infinitud de mi pelo, despertaba todos los rincones apasionados de mi pelo.

Me ponía los dedos en los párpados, me los metía en las orejas, me los pasaba por las cejas, y sus manos carnales iban más allá de la carne, y existía como nunca, brotaba de las tinieblas. Desde la ventana del Hostal Malvinas veía el canal de Beagle silencioso en la noche, veíamos los palos de los barcos sobre el agua tranquila, adivinábamos al otro lado la isla Navarino que ya era Chile, allí estaba Fort Williams la población más al sur del mundo, pero Fort Williams solo consistía en una base militar, la última ciudad del mundo se llamaba Ushuaia, y


allí uno escuchaba tango en una sala de baile junto al mar.

Yo pensaba en la granja Harberton a unos kilómetros, pensábamos ir a ella, Thomas Bridges fue el primer habitante de Ushuaia, el gobierno argentino le dio los terrenos de la hacienda a cambio de que reconociera la soberanía de Argentina, y en su hacienda ahora vivían sus descendientes, su descendiente Lucas Bridges escribió el libro «El lugar más remoto de la Tierra». Ahora vivíamos en el lugar más remoto de la tierra, ella conocía la nieve, lo soñaba desde su infancia, vivía fuera de todo su mundo conocido, habitaba en el lugar de la blancura como las nieves de antaño de Francois Villon. Respiraba en esa desmesura que lo supera todo y lo anula todo, alentaba en ese silencio del blanco que hace callar todos los colores, latía en lo más remoto de la soledad de la tierra.

En la granja Harberton se nos ofrecían extensiones de lengas / un jardín botánico / un museo con ballenas picudas, se nos ofrecía una colonia de pingüinos, lo decía claramente mi guía para viajeros independientes de Argentina, la sola palabra pingüino me traía a la cabeza imágenes de lejanía vistas en mi infancia, no podríamos ir pero me exaltaba pensar en ellos tan cerca. Thomas Bridges observó a los indígenas, escuchó sus mitos y sus leyendas, quiso convertirlos al cristianismo, y nos dejó informaciones valiosas sobre ellos. Tuvo la intrepidez de instalarse en aquellas extensiones distantes y montarse un modo de vida allí, se puso a vivir donde ningún europeo creería que se podría vivir, llevó Europa a los límites y trajo los límites a Europa.

Nos refugiábamos en el Café de la Esquina, paseábamos por el puerto, íbamos en el coche con el taxista aventurero por los bosques, y yo le hablaba de los pingüinos de Harberton, y viajábamos mentalmente junto a ellos. Los pingüinos nos faltaron pero los sentimos siempre cerca, contemplamos en la Isla de los Lobos los lobos de mar tan parecidos a los pingüinos, pero no se llamaban pingüinos, y yo siempre fui sensible a la magia de los nombres.

Por eso a menudo me acordaba de la estancia Harberton, y leía en voz alta todas las cosas que se podían ver en ella, hasta el último momento cuando ya nos marchábamos en el aeropuerto pensé en cómo podríamos haber ido a ella, imaginé nuestro encuentro con los pingüinos, imaginé que Circe hablaba con la bióloga Natalie Prosser, le decía que era caribeña pero estaba maravillada en Ushuaia.

El Aventurero decía que era un Explorador, decía que nada estaba cerrado para él, y de verdad nos llevó por lugares que no parecía que pudiera irse, nos consiguió cosas que no conseguían los turistas. Yo no pensaba ir al Parque Natural de la Tierra del Fuego, me satisfacía ya haber hecho el viaje en barco por el canal de Beagle, me bastaba con haber ido a través de los lagos hasta Tolhuin para ver la confitería más famosa de Argentina. Pero el tipo me hizo una oferta, me dijo que si quería lo llamara al móvil al día siguiente, yo me despedí definitivamente, pero a la mañana siguiente en el desayuno dije que iba a llamarlo. Circe me dijo que no / que ya estaba bien, pero yo dije que lo había decidido, (así ocurría, cuando uno tenía asimilada una idea en la cabeza resultaba que el otro le había estado dando vueltas y la había descartado).

Lo llamamos y apareció enseguida en la puerta del Hostal Malvinas, nos dirigimos al Parque Tierra de Fuego, Pasamos la Casa Beban que construyeron en 1915 los suecos, orillamos el aeropuerto pegado al mar y los barrios con casonas de madera. Llegamos al Parque Natural, en la entrada vimos el cartel que señalaba el final de las carreteras argentinas, decía en letras grandes: «aquí termina la nacional que empieza en Buenos Aires», vimos el Tren del Fin del Mundo, a través de los árboles aparecía una estación en miniatura con su edificio central / su casa de correos / su ventanilla para billetes, miramos la locomotora de sabe Dios cuándo y los vagones íntimos, lo vimos avanzar entre los árboles y llegar a la otra estación soltando humo.

El hombre nos señaló la Capilla del Fin del Mundo donde se casaban las parejas que querían casarse más al sur que nadie, nos hizo la broma: «el hombre sale corriendo, dice: ¿qué acabo de hacer?, y se pierde entre los bosques», serpenteamos entre las lengas cubiertas de hojas amarillentas. Llegamos a las instalaciones del camping Lago Roca, observamos una confitería / unos merenderos / un chiringuito para postales, vimos el lago Roca con la quietud más increíble.

Tocamos el agua más limpia del mundo que tenía una presencia casi mística, nos quedamos mirando, las ondas sonaban como un nocturno de Chopin, el conductor dijo que el agua era purísima y tomé unos sorbos, luego resultó que no se podía. Al otro lado del lago nos señaló Chile, nos reencontramos en aquella quietud, nos pareció

que todo el transcurrir del mundo se detenía en aquel lago, oímos unos cuervos a lo lejos y destacaron de un modo profundo.

Siguió llevándonos, vimos el río Pipo y las presas que construían los castores, llevaron castores de Canadá hace unas décadas, se reprodujeron como moscas, amenazaron el equilibrio ecológico, los castores eran muy listos, levantaban construcciones como arquitectos y construían embalses, nadie paraba su actividad, uno los admiraba y sentía algo de miedo. El hombre nos llevó a un mirador desde el cual divisamos la inmensidad, distinguimos el canal de Beagle, la isla de Redonda, las nieblas al otro lado, encontramos a unas francesas que avanzaron como nosotros por una pasarela de madera hasta el último punto, alguien nos escogió para aquel espectáculo esplendoroso.

Circe tenía mucho frío pero admiraba la nieve y los silencios del mar, escuchó todo aquel inmenso secreto del mar, sonrió a las francesas y les transmitió su frío y su ilusión por encontrarse allí, las acompañaba una señora mejicana, no podían creer donde se encontraban. Desembocamos en la bahía de Lapataia, las aguas se remansaban allí y la inmensidad del océano se convertía en una canción intimista, seres de todo el continente americano desembocaban allí y se quedaban callados frente al mar sumamente callado, solo escuchábamos chillar gaviotas. Recordaba antiguas historias de los yamana, pensaba en relatos de los primeros europeos que llegaron allí.

Regresamos a través de las espesuras, bordeamos un río clandestino, el tipo se paró y nos dejó asomarnos a un precipicio por el que discurría un camino, se desvió hacia un claro del bosque que tenía una condensación religiosa, nos dejó un rato en un recinto alto donde nos sentíamos únicos. Miramos todo entre los árboles, observamos el despeñadero, espiamos los restos del trabajo de los castores, nos sentimos solitarios y más allá de las palabras. Notamos el frío y los rumores del final de la tierra, notamos adonde habíamos llegado, respiramos intensos, ella dijo como otras veces: «vamos a cerrar los ojos y solo escuchar», y los sonidos llegaron a nosotros confidenciales y sinceros, pero incluso con los ojos abiertos aquellas espesuras tenían una sinceridad única, estaban más allá de las palabrerías y las conversaciones de salón.

El tipo se entusiasmaba, la admiraba a ella y se dirigía con frecuencia a ella, nos dijo que nos daba un premio por nuestro entusiasmo y nos llevó a la oficina de turismo junto al puerto, hizo

que nos dieran un diploma de que habíamos estado en Ushuaia, nos ilusionamos como niños al contemplarlo, le dijimos que un día volveríamos, que le mandaríamos a nuestros amigos, mucho después en el apartamento de Madrid mirábamos en la pared aquel diploma que certificaba que estuvimos en Ushuaia, se desplegaba como un mapa mítico en nuestra pared.

Quisimos visitar esa confitería en medio de la nada en mitad de la Patagonia desértica, iban clientes de toda Argentina, paraban los autobuses de turistas que venían de Buenos Aires solo para que saborearan los pasteles. Cruzamos por los lagos, pasamos por centros invernales como Solar del Bosque / Llanos del Castor / Haruwen que tenían instalaciones para esquí o trineos, distinguimos los edificios entre los árboles o subidos a los montes, la carretera estaba cubierta de nieve y ella admiraba la nieve. La miraba con los ojos grandes como si el mundo se hubiese vuelto loco o místico, todo se anulaba y quedaba solo el blanco o el olvido, era caribeña pero quería ver la nieve, eso la sacaba de toda su experiencia.

Recordé que cuando las carreteras en Galicia tenían nieve los coches no salían, incluso se suprimían las clases en los colegios, pero allí pasábamos al borde de abismos, la carretera hacía curvas al lado de precipicios, y el conductor decía que no pasaba nada, tenía miedo pero me callaba para no asustarla, pensaba en los accidentes y en la muerte posible, aquella carretera a cada momento nos daba alguna sorpresa, no circulaba casi nadie, íbamos prácticamente solos en medio de todas las leyendas del invierno.

Bordeamos el Lago Escondido, tenía un nombre tan sugerente, se acabó enseguida, poco después llegó el Lago Fagnano, este se alargaba mucho y a menudo íbamos por su orilla, veíamos alojamientos y casas junto al agua, nos imaginábamos cómo sería la vida en ellas, inventábamos en voz alta fiestas en sus comedores, organizábamos cenas mirando el agua y paseos por la orilla escuchando música. Soñábamos con tener alguna de aquellas propiedades e invitar a amigos a pasar unos días, hacíamos planes para comprar alguna, ella fantaseaba continuamente, era bello ir bordeando el lago durante tantos kilómetros y disfrutar la paz y los sueños del agua, percibíamos las espesuras y los rincones que llegaban hasta la orilla.

Al final del lago llegó Tolhuin, lo formaban unas cuantas casas que apenas formaban calles, yo creía que incluso habría menos, pensaba que solo estaría la confitería solitaria en mitad de la nada, era un edificio enorme con carteles grandes delante del cual paraban los autocares, allí se hacían los pasteles más famosos de Argentina. El Aventurero nos presentó a algunos empleados, ella pidió hablar con el dueño, resultó que era de Málaga, era un tipo expresivo y amable que

celebró que yo fuera español, nos llevó a los talleres y nos enseñó cómo se fabricaban los distintos tipos de pasteles, olía a azúcares y a cremas suculentas. Pasamos delante de trabajadores harinosos a los que ella sonreía y animaba, el dueño se fotografió con nosotros varias veces, dijo que nos sentáramos en una mesa y nos pusieron pasteles con café sin cobrarnos nada.

El confitero nos presentó al japonés Sekiji que estaba durmiendo en la confitería, venía desde Alaska en bicicleta, cruzó un montón de países, se echó una novia en Méjico y chapurreaba algo de español. Circe charló animadamente con él, le faltaban cien kilómetros para llegar a Ushuaia y no podía hacerlo porque la bicicleta no funcionaba en la nieve, la carretera estaba cubierta de nieve y estaba atrapado en Tolhuin, se entretenía comiendo pasteles pero su viaje quedaba incompleto.

Le apunté que la única manera era subirse con la bicicleta a un camión y de ese modo llegar a Ushuaia en bicicleta, lo imaginé llegando en su bicicleta sobre el camión a Ushuaia, imaginé que le escribía a su novia de México: «he llegado por fin al final de América, lo he conseguido», mandaba mensajes a sus amigos en Japón diciendo: «todo puede hacerse, he cruzado América de Norte a Sur, el planeta es pequeño para mí». Pero él no tenía ninguna pretensión épica, solo tenía una determinación callada de llegar a Ushuaia, esperaba calladamente a las puertas del fin del mundo que se le ocurriese algo.

Nos dio su tarjeta con el correo electrónico para que siguiéramos en contacto, lo vimos en una foto montado en bicicleta en algún lugar de América, me acordé del libro de Paul Theroux «El viejo tren de la Patagonia» y del viaje en moto de Daniel Day Lewis en una película, pero el japonés había viajado más completamente, atravesó cantidad de ríos / montañas / fríos / calores / vientos que atravesaban los Andes / llanuras, después nunca le escribimos.

Siempre pensábamos en hacer cien cosas y hacíamos infinidad de planes, inventábamos relaciones con personas en el mundo entero, y nunca realizábamos casi nada, pero tenía un brillo inventarlo, soñábamos con que íbamos a hacerlo, disfrutábamos en un instante el perfume de lo que inventábamos. Poníamos sobre la mesa imágenes imposibles y propuestas, lo hacíamos sobre todo en el fin del mundo, lo hacíamos donde nos alejábamos de todo para escuchar a la tierra.

Luego regresamos y ya llegaba la noche, el trayecto se hacía doblemente peligroso, pero el Aventurero insistía en que todo estaba controlado, de noche la nieve parecía todavía más alucinante y los edificios de las estaciones de invierno tenían algo de espectral entre los bosques, en algún momento bajamos para ver los lagos a lo lejos,

el coche chirriaba y se acercaba peligrosamente a los precipicios. Al final surgió Ushuaia con sus luces sobre el canal de Beagle, volvíamos a nuestro hogar provisional en el sueño, atravesábamos las calles húmedas, adquiríamos una familiaridad salvaje con las tiendas y los bares.

Contratamos un viaje de cuatro horas en el barco Tres Marías, nos adentramos en los últimos mares más allá de las aguas que cruzó Magallanes y soñó Julio Verne, el viento azotaba el barco con una fuerza tremenda y teníamos que refugiarnos en el camarote, un guía joven nos daba explicaciones informales y nos ofrecía café con pastas. Nos sentábamos todos alrededor de una mesa alargada y mirábamos las evoluciones del timonel, vimos viajeros de distintas nacionalidades y ella quería hablar con ellos, usé mi precario inglés para servirle de intermediario, habló con una norteamericana que tenía un novio chileno y decía que no le gustaban los hombres norteamericanos, una mujer francesa quería escapar de la vida diaria de Francia, a dos argentinas y una danesa les hablaba con los ojos y les transmitía sus impresiones, contagiaba su vitalidad a todo el mundo.

Alentábamos en el fondo del barco alrededor de una mesa con las ventanas a los dos lados y el capitán nos contaba historias, nos habló de las navegaciones, nos contó lo que íbamos a ver, nos dio datos curiosos. Vimos el timón y los botes salvavidas, el viento azotaba el casco del barco, el barco se balanceaba, parecía que estábamos fuera de todo y nunca más volveríamos a tierra, nos mirábamos como camaradas para siempre unos seres que hacía poco no nos conocíamos de nada. El tiempo se separaba de los otros tiempos, la mañana se extendía infinita, casi no vislumbrábamos su final.

Llegamos a la Isla de los Lobos, miles de lobos de mar se arrastraban por unas rocas chillando de modo extraño y kafkiano, expresaban todos los lamentos del mundo, se acompañaban unos a otros en una soledad oceánica. El barco se acercaba mucho y todos disparaban fotos con frenesí, aquello provocaba un revuelo en todos nosotros que alborotaba el barco, Circe quería fotos y fotos, me mandaba poner así y asá, se lo pedía a todo el mundo, me pareció que los segundos se alargaban como cuando Dostoyevski estaba condenado a muerte, el tiempo se rompía y yo persistía allí, el momento se subrayaba como en una película.

El barco cambiaba de posición y veíamos los lobos por este lado y por el otro, los lobos de mar se protestaban unos a otros y recitaban una canción grotesca, mucho después a mí me parecía que todavía estábamos allí en la proa de aquel barco, nos enfrentábamos a los lobos de mar, bailábamos sobre las olas, soportábamos el viento en un

presente eterno, pensaba en cien mil cosas, me veía en otros sitios, tenía decepciones y veía películas, todavía estaba allí flotando al margen del tiempo, resistía el viento en la cara, levantaba el brazo, apretaba los ojos contra el frío mientras chillaban los lobos de mar y los viajeros se movían de aquí para allá.

Nos metimos dentro otra vez en la cabina, más tarde llegamos al faro Les Eclaireurs, su nombre encendió algo en mi mente, le dimos la vuelta, imaginé mil películas y mil sensaciones, pensé en lo más solitario del planeta Tierra, pensé en seres perdidos en mitad del mar como aquel náufrago de «Moby Dick» que se vuelve loco, reuní todos los flecos de mi ser junto a aquel faro que salía del mar.

Y regresamos, el barco nos llevó otra vez hacia Ushuaia, fuimos bordeando la costa chilena al otro lado del canal, continuamos hacia el Este, llegamos a la Isla de los Pájaros, allí subsistían los únicos ejemplares de cormoranes de roca. Desembarcamos y paseamos por la isla desolada cubierta de matojos y de líquenes, subimos suavemente una loma y ella y yo nos quedamos atrás, observamos el continente a lo lejos mientras nos besábamos en mitad del océano, me dijo: «amorcito, estamos aquí, tú y yo solos».

El guía explicó costumbres de los yamana, nos hizo observar pequeños yacimientos donde estuvieron acampados, nos señaló montones de conchas y restos de fuegos. Los imaginamos sin ropa haciendo fuegos en sus barcos, contaban historias de dioses y creaciones, vivían de la pesca y de la caza sin sospechar que hubiera complicadas civilizaciones que venían a exterminarlos. Los cormoranes pasaban volando con sus chillidos increíbles, planeaban sobre nosotros, los veíamos posarse a lo lejos y rezar responsos milenarios. Nos volvíamos tan superficiales a su lado, incluso el ruiseñor de Keats se volvía un aficionado al lado de ellos, en aquella desolación en una isla al final de la tierra respiramos soberanamente.

Nos perdimos solos por los senderos, descubrimos retiros que pudieron ser refugios de pequeños piratas, después nos reunimos con los demás en el barco y detrás de los cristales se iba configurando Ushuaia como un despertar. Ushuaia la ciudad remota ahora era nuestra, nos entraba leve e interior como un recuerdo, y entonces ocurrió lo increíble: el joven guía sacó para todos licor café como el que hacía mi abuela en Lugo, le dije a Circe: «¿cómo es posible?, no puede ser que aquí en el fin del mundo me den el licor que me daban de niño en mi pueblo, qué extrañas relaciones tiene todo con todo».

Ella no bebía pero quiso probar ese licor café y le pareció exquisito, luego le pidió al capitán que la dejara fotografiarse con el

timón y ella convencía a todo el mundo, nos despedimos de los compañeros de excursión como si hubiésemos tenido juntos una experiencia profunda.

El dueño del café Ramos Generales se sentó en una mesa al lado de la nuestra y charló con nosotros, tenía un niño regordete y chaparro, Circe comenzó a acariciarlo y hacerle monerías aunque me parecía que ya no era tan niño para eso. El dueño nos contó la historia del negocio, allí había un almacén de ramos generales a principios del siglo XX y por eso el café se llamaba así, durante mucho tiempo estuvo abandonado y él decidió recuperarlo, aprovechó gran parte de los muebles, reparó con mucho cuidado las paredes, aprovechó ofertas y sacó a la luz pinturas. Vimos un espacio enorme, en otras salas se comía, en otras más secretas se retiraban parejas, nos enseñó los cuartos donde habían vivido sus antecesores en otro tiempo, nos mostró camas y salas de estar y sillones, adivinamos toda una historia de intimidades / amores / pasiones enterradas.

Un día montó una gran inauguración y la anunció en los periódicos, hizo venir a los descendientes de los antiguos dueños, lloraron personas que acumularon allí sus recuerdos o recuperaron la historia de sus antepasados. El hombre nos mostró armarios y periódicos de la época, nos indicó libros antiguos y fotos de las antiguas familias, nos contó un suceso de principios del veinte, un barco naufragó frente a las costas de Ushuaia y sus pasajeros fueron acogidos en las casas de la ciudad, los trescientos pasajeros superaban en número a los residentes en Ushuaia.

Venían de todas las procedencias, todos habían dado un quiebro a sus vidas, lo habían abandonado todo y se habían ido al final del mundo. Como resultado de aquel naufragio se mezclaron con los residentes y surgieron gran parte de los habitantes actuales de Ushuaia, nacieron de la intrepidez / los adioses / el naufragio, el dueño mismo procedía de aquel naufragio y llevaba dentro aquellas historias. Vimos en periódicos de la época los sucesos de principios del siglo XX: los delincuentes llegaban castigados, los barcos hacían escala en el puerto, se abrían nuevos comercios. El hombre nos regaló cuadernos, nos ofreció fotos, nos contó anécdotas jugosas de las familias.

Uno de los cuartos más apartados se asomaba a un jardín escondido, una enredadera nacía dentro de los muros de la casa, salía por una ventana, entraba por otra, subía por las paredes y hacía un agujero en el cielo raso, la naturaleza inundaba la casa y hablaba de lo

intrincado de los destinos, la vida sorprendía así de inatrapable a través de las generaciones. Pensé en escribir una novela sobre algún náufrago que llega en aquel barco a Ushuaia (yo pensé montones de veces en escribir cientos de novelas), el náufrago alucinaba con alguna mujer callada y tenía descendientes que mucho tiempo después se acordaban de él, me imaginaba momentos intensos, trazaba instantes reveladores, hacía montajes como en una película.

Volvimos al café Ramos Generales otra vez, preguntamos por el dueño pero no estaba, fuimos a las salas del fondo, unos tipos callados tomaban una cena exquisita. Nos escondimos en la Sala de la Enredadera que estaba después de un cuarto oscuro y comunicaba por ventanucos con otras estancias, nos sentamos con dos copas de vino a evocar. Me senté enfrente de ella y entonces puso la cara fosca, me dijo que tenía que buscar a otro hombre porque yo no quería estar cerca de ella, a veces se ponía así, le daban ataques de furia, tenía reacciones extrañas. Yo me encontraba ante lo desconocido, me producía un vértigo, ya lo había visto otras veces, de repente cortaba todo, me soltaba algo con violencia, me decía que era mejor matarse que hacer algo, tenía reacciones extremadas, decía lo primero que se le ocurría.

Yo también estaba demasiado cuadriculado, no había aprendido todavía a comprenderla, no asimilaba que ella era así, luego se arrepentía de lo que decía, sentía nostalgia de no haberlo evitado, se negaba a sí misma. A veces todo se estropeaba repentinamente entre nosotros, yo no sabía prepararme para eso, toda la vida me parecía absurda y desconcertante, no sabía orientarme. Lo que era totalmente mágico se transformaba en basura y desperdicio al momento siguiente, entonces no apreciábamos nada, todo perdía su valor. Casi siempre después volvía a relucir con más fuerza que antes, nos deslumbraba otra vez.

Le dije que era absurda, le pregunté por qué tenía que sentarme de espaldas a la ventana y no ver, tenía que estar pegado a ella a cada instante. Me puse furioso y estuve sin hablarle mucho rato, empezó a arrepentirse, me puso una de esas caras de desconcierto y de no saber qué hacer que me desarmaban. Yo seguía cerrado, ella decía: «¿es que no puedo equivocarme?», permanecimos así en una postura absurda, nos negamos mutuamente, yo me sentí como una piedra, todo se devaluaba en mi mirada.

Me noté atrapado en aquel lugar, de súbito se había vuelto sin sentido, perdía todo su relieve, se desplegaba delante de mí sin que yo apenas lo viera. Pero remotamente admiraba la hiedra, admiraba el modo en que ella se escurría la nariz con los dedos, espiaba la forma en que se reclinaba sobre la mesa. Al final cedí, porque aquella expresión desolada me rompía, me producía una enorme nostalgia,

después cuando ya estábamos juntos me entraba un gran dolor de no haber aprovechado cada uno de los instantes con ella, y seguíamos allí los dos en complicidad con la enredadera, pactábamos con los muebles que recibieron a los primeros náufragos que se cayeron al mar en Ushuaia.

Bajamos por la calle Antártida Argentina, habíamos estado viendo locales de la parte alta / cafeterías secretas / tiendas de madera, cruzamos la avenida San Martín y la dejamos porque yo quise acercarme al puerto y caminar en paralelo al mar. Las calles de esa zona estaban desiertas, no se movía ni una sombra, ella se preocupaba, me preguntó por qué no seguíamos por la calle San Martín que estaba más iluminada. Yo le dije que bajáramos solo un poco, ella se paró y me dijo que nos desviáramos, yo le dije que no se preocupara porque estaba cerca el mar, pero insistió en que torciéramos.

Entonces me puse furioso, le pregunté qué coño le pasaba, le pregunté por qué insistía tanto y no me dejaba ver lo que quería ver, me puse rabioso, ya no hice caso de nada, ya no fui capaz de apreciar nada. Repetí obsesivo y le pregunté cien veces por qué cojones no podíamos bajar hacia el puerto, le pregunté qué coño pretendía y por qué no podíamos disfrutar las cosas. Ella se callaba y yo no paré de reprochar y reprochar, le dije que habíamos llegado al sitio que pretendía que era el restaurante Volver que tenía vistas al mar, en aquel edificio vivió la última mujer yamana.

Entramos en el restaurante Volver, tenía esturiones en las paredes y cuadros antiguos sobre barcos, vimos de soslayo fotografías antediluvianas y páginas de periódico aceitosas, unos sofás hundidos parecían de un barco secreto, un piano polvoriento en una esquina callaba. Pensé que era un lugar muy novelesco y podríamos haber estado allí muy bien los dos solos mirando la noche del mar, y se lo eché en cara, le pregunté por qué coño no quería ver eso, le repetí por qué coño no quería disfrutar eso y por qué teníamos que perdernos todo por sus actitudes idiotas. Ella no decía nada, nos sentamos y esperamos que nos atendieran, le pregunté qué coño pretendía con aquella actitud y por qué aquella insistencia, ella no decía nada, no sabía qué decir.

Le dije: «estás muda, te has vuelto idiota», me miró con aquella cara que mucho después me desgarraba, me puso una cara de desolación y de no saber qué hacer, la había dejado arrinconada, mucho después aquella cara me provocó toda la nostalgia, me apretó el estómago mirarla de aquel modo.

Salí del local violentamente y la dejé allí sentada, ella vino detrás y me dijo humilde: «pero si ya íbamos a pedir, yo no te estaba haciendo nada», caminamos por la calle paralela al puerto, las luces de los barcos a lo lejos en el canal de Beagle existían con una belleza terrible pero las desaprovechábamos, los barcos temblaban con un lirismo de música en medio del espíritu de mosca que yo llevaba entonces, tenía una tozudez absoluta en no disfrutar, me dije por qué ella no quería dejarme disfrutar de aquello, pensé por qué se empeñaba en estropearlo todo.

Se lo dije en voz alta, «quieres deshacer todo, los lugares más bellos, los momentos más hermosos, quieres que todo salga mal», ella en otros momentos se ponía más furiosa que yo y más demoníaca, y no le importaba nada, pero ahora callaba, solo me preguntaba a veces qué quería que hiciera. Nos volvimos hacia la calle principal, fuimos al Café de la Esquina a cenar unos bocadillos, también era conmovedor mirar por la ventana pero yo tenía dentro una violencia feroz y un enojo ciego, distinguí a lo lejos toda la poesía de nuestra situación en la noche pero la anulé, aunque a ratos me venían como niebla las figuras con pieles que pasaban por la calle o las parejas que caminaban de la mano o los niños que saltaban por la calzada.

Le repetí: «esto es lo que querías, tomar un bocadillo aquí, no podíamos estar en un sitio precioso, mirando el mar», y me quedé callado mucho tiempo, la anulaba aunque sentía que estaba allí, leía el periódico local para salir de mis pensamientos. Luego nos fuimos al hotel, encendimos la televisión para ver noticias de Argentina y de Patagonia, escuchamos reportajes sobre Río Grande y sobre Ushuaia como los leía en los periódicos, me fascinaba mirar los periódicos de los sitios que visitaba y vivir la vida local.

No teníamos caricias, veía por la ventana el silencio increíble del mar, columbraba la masa de la isla chilena al otro lado del canal y los barcos que flotaban, los techos de las casas destacaban sobre el agua lejana. Y todo aquello tan bello lo perdía, no podía compartirlo, no podía comunicarlo, aunque me preguntaba otra vez cómo lo pondría en palabras en un libro, me preguntaba cómo haría para fijarlo. Todo me resultaba fastidioso ahora: el silencio espeso / la televisión / la ropa de la cama / su cuerpo pesado cerca del mío, apagué la luz, las locuras del momento previo a dormir no me rescataron del cabreo fangoso que tenía.

Llegó el despertar al día siguiente, nos levantamos en silencio y pasamos al baño, nos dijimos solo las cosas indispensables, y después lentamente tomábamos las suculentas tostadas con mantequilla en aquella sala de desayuno tan coqueta y tan íntima, y mientras pensamos en llamar al conductor para ir al parque natural nuestras manos se iba rozando, se cruzaban miradas frecuentes, y entonces se produjo un beso loco, ella me apretó el brazo con fuerza, me dijo: «estaba deseando tocarte, me sentía tan mal», le dije; «¿por qué no te

acercaste en la cama?», contestó: «tenía vergüenza», y su vitalidad tremenda se desparramó otra vez, se nos cayó la escarcha como a san Pablo en los ojos, y nos vimos, y nos alumbramos como dos seres humildes y sobrenaturales en un hotel de Patagonia junto al mar.

Teluj era la estrella del amanecer y la hija del Sol, Elal quiso desposarla pero el Sol se opuso y le exigió un montón de pruebas, le mandó que consiguiera un anillo que estaba en el fondo de una cueva en el huevo de una serpiente, Elal mató a la serpiente sin que lo envenenase su sangre y sacó el anillo del huevo. Pero luego tuvo que acercarse a Teluj que lo esperaba en mitad de un palacio fabuloso, pero a medida que avanzaba el terreno se iba haciendo más pantanoso, al llegar a la puerta del palacio se le aparecieron dos mujeres, una era joven y bella y la otra era horrible y vieja, tuvo que distinguir entre las dos a su amada, eligió a la vieja y acertó.

Lo mismo pasaba en las leyendas de Galicia sobre tesoros custodiados por serpientes, había que besar a los sapos o las serpientes, había que descartar el oro y escoger los carbones, había que rechazar la viga de oro y elegir la de alquitrán, lo más descartado acababa siendo lo más valioso. Esas historias no me las contó nadie en una aldea, por desgracia las he leído en los libros, porque al final casi todo se perdía en la realidad, todo se trivializaba y solo quedaba en los libros.

Pero el Sol le puso más pruebas a Elal, entonces Elal se cansó, su madrina le aconsejó que no hiciera más caso de pruebas y se escapara con su novia, bendije a la consejera que predicó así el apasionamiento y la intrepidez, propició la locura y el desatino, en pocos mitos se encontraba esa audacia. Elal se marchó con su amada, se escapó para vivir su amor sin hacer caso de las prohibiciones, hizo como quería Cernuda en «Donde habite el olvido». Y Circe y yo nos fuimos a Patagonia como quien se va al olvido, nos escapamos de todo lo conocido y nos alejamos a los confines del mundo viviente, quisimos brindar sobre la nieve.

También yo tenía que pasar un montón de pruebas hasta saber quiénes éramos, porque los dos sentíamos nostalgia de nuestra plenitud, queríamos tenernos totalmente el uno al otro, queríamos conocernos sin fin. En una ocasión ella se puso a explorar todo mi cuerpo, indagó incluso en las partes más recónditas, entró por todas partes y palpó todo lo palpable, me dijo que yo hiciera lo mismo, hasta que afirmó: «ahora ya nos conocemos completamente». Pero queríamos hacerlo también con todos nuestros gestos, queríamos conectar con todos nuestros ademanes y miradas, yo conocía cada vez

más los suyos, intuía todo lo que se avecinaba cuando levantaba la mano con la palma hacia arriba o apretaba los labios, barruntaba todo lo que brillaba en ella cuando hablaba como si fuera una niña, ella me apretaba como si apretara todo lo que hay en mí, resplandecía como un astro o sacaba el infierno de su interior.

Pensé que yo sacaba el anillo escondido en el huevo, llegaba a su palacio a través de todos los pantanos, y entonces empezaba la fiesta sin fin. Ella siempre imaginaba fiestas con bailes y orquestas, lo decía cada vez que veía un salón grande con lámparas de araña y cuadros en las paredes, pensaba en vals como los de Strauss o Chopin, a veces ponía una cara caprichosa y temible, decía de modo cortante que no hacía esta cosa o la otra, apretaba las cejas o enlodaba los ojos, pero yo adivinaba pese a todo los resplandores que ocultaba, recogía la fiesta en esos ojos que a veces dirigía a mí ladeados, fijaba en mí súbitamente, me miraban en diagonal torrencialmente.

Darwin decía en su viaje que los yamana eran brutales, pero yo creía que eran poéticos, se reconocían unos a otros con fuegos en las barcas, entraban en el mar con barcas iluminadas, las luces representaban sus almas, los fuegos eran sus hogares, no tenían más que casas pasajeras y llevaban de un sitio a otro sus leyendas, igual que los nómadas del desierto hacían de la alfombra una casa bajo cualquier estrella. Yo intentaba como los yamana a través del pantano de nuestras ofuscaciones mentales llegar al castillo increíble donde ella me organizaba un baile.

Teníamos momentos aburridos, pasábamos intermedios en los que no sabíamos qué hacer, en tiempos muertos no sabíamos captar las cosas. Tomábamos algo en un bar normal con vistas al mar y la vista había perdido su gracia, no se apreciaba encanto en las mesas ni en los ventanales, no se nos ocurría nada especialmente excitante, el mundo se apagaba y dejaba de alumbrar en nuestros ojos, pero a veces más allá de las penurias de la realidad montábamos nuestras fiestas, vivíamos nuestro mito.

La estancia en Patagonia fue una sucesión de pequeñas decepciones y a pesar de ello conservaba insistentes fulgores, fuimos a tomar marisco a Tía Elvira y estaba cerrado, fuimos al Bodegón Fueguino en unas salas elevadas sobre el mar pensando en las centollas que yo tomaba en mi infancia en Galicia pero nos pusieron patas con poca sustancia en lugar de caparazones llenos de coral y de caldo, yo le ofrecía leyendas de comida que luego no se cumplían. Pero a pesar de todo estaba el vino, estaban nuestros momentos juntos, estaba la nieve detrás de las ventanas, levantábamos las copas y brindábamos en favor de la nieve, ella y yo brindábamos a menudo

por el futuro / los sueños / los proyectos, brindábamos por el presente, nuestra vida muchas veces fue un brindis, yo miré cómo su boca se convertía en un brindis.

Se hacía increíble el anochecer junto a la ventana en el Hostal Malvinas, nos quedábamos los dos pasmados mirando el canal de Beagle, el canal se calmaba y se apasionaba como una composición de Chopin. Las luces leves titilaban en el horizonte, era una visión prodigiosa y sin embargo humilde, nos encerraba en un recinto onírico y privilegiado. Me quedaba poseído por aquel panorama, la ciudad parecía flotar sobre el mar y nosotros como seres insomnes lo sorprendíamos todo, entonces ella venía y me revolvía el pelo con sus manos más íntimas, y mi pelo gritaba como si solo entonces existiese.

Parecía increíble que estuviésemos allí, éramos como dos supervivientes que se reúnen en el final de la vida cuando se han acabado todas las historias, mirábamos la calle y los escasos coches que susurraban sobre la nieve, los aislados transeúntes se movían irreales en la calzada. Nos íbamos a dormir y callaba todo, incluso nuestros pensamientos callaban, y yo miraba por la ventana el mar que lindaba con la isla Navarino, los barcos se difuminaban como si fuesen del pasado, a ratos me daba miedo, yo también tal vez naufragaba en el pasado, me escondía en un rincón intocable de la existencia.

Pero lo más increíble era cuando estábamos los dos sobre la cama después de hacer el amor solemnemente, estábamos charlando sobre lo que decía la Lonely Planet, hablábamos sobre las cosas que nos quedaban por hacer, y desviadamente veíamos el mar, y en ese desvío todo cobraba toda su intensidad. Yo le contaba cosas de la infancia sin esfuerzo ninguno como si me surgieran directamente de dentro, no sentía estorbos para nada, la noche tenía todas las puertas abiertas. Ella me soltaba recuerdos, todo se asomaba allí como si al fin hubiera encontrado su ocasión, en el silencio asomaban la cabeza las liebres de nuestras vivencias.

Me espantaba ante tanta belleza, me paraba a pensar en que nadie sabía dónde estábamos salvo dos o tres personas, nadie se imaginaba que habíamos ido a aquel rincón remoto, estábamos en un territorio en que nadie piensa, nos encontrábamos fuera de los pensamientos de todos.

Y nos ocurrían cosas que nadie sospechaba, y nadie tenía ni la más remota idea de cómo era aquella habitación, y nadie sabía lo que

estábamos viendo por la ventana, ella pensaba en sus familiares del trópico y decía: «ellos están viendo las palmeras junto al mar, están sufriendo el calor y las lluvias torrenciales, se toman refrescos en las terrazas, y yo estoy aquí en mitad de la nieve, mirando el mar más lejano».

Nos encantaba pensar que teníamos una vida que nadie podía visualizar, nos estábamos saliendo de todo lo pensable, usufructuábamos todo el encanto de mirar la inmensidad en la habitación del hotel, lo vivíamos en el restaurante Volver al día siguiente de cabrearnos, lo atisbábamos de noche junto a las ventanas donde se cantaba el Tango del Fin del Mundo. En una ocasión subimos a la cafetería panorámica del hotel lujoso y nos quedamos en una sala gigantesca nosotros solos mirando el tiempo enfrente del mar, veíamos el mar como si se transformara en música.

Volvimos al restaurante Volver al día siguiente de cabrearnos, la dueña al principio no quería atendernos, vimos redes tendidas / anclas / trozos de timones / fragmentos de proas, pedimos una comida marina, nos sentamos en el sofá de madera gastada de la entrada. Nos vimos como seres procedentes del mar, nos metimos en el mar del tiempo, nos amamos en medio de ese mar de recuerdos y de futuros recuerdos. Admiramos los dos juntos las maderas rascadas y las paredes llenas de trozos de naufragios, rastreamos los cuadros que hablaban de mares suprimidos.

Nos aburríamos difícilmente en aquella ciudad remota aunque no hubiera muchas actividades, porque nos sentíamos temblorosos frente al mar y la nieve, lo resaltábamos todo, recordábamos otros lugares en otras latitudes y cobraban un sabor más profundo al evocarlos allí. Nos aburríamos difícilmente, todo se subrayaba allí, los niños iban por las calles, los perros se acercaban a las puertas, la nieve se reflejaba en los cristales, las personas que entraban en el bar procedentes de la infinitud de la noche cobraban un toque legendario. Todos teníamos el aire de estar refugiados en un lugar perdido del invierno, sentíamos todos un compañerismo callado por encontrarnos allí.

Hacíamos proyectos de otros viajes, pensábamos otras formas de amarnos como si fuéramos a vivir mil años, en realidad algunos segundos parecía que concentraran miles de años, evocábamos posibilidades y para nosotros las posibilidades eran como realidades, porque las visualizábamos con tanta intensidad. Las palabras tenían tanto poder mágico para nosotros, pensábamos cómo sería si subiéramos al restaurante Chez Manu de camino al glaciar Martial, yo me lo imaginaba y se lo contaba, subíamos en un funicular o en un taxi, comíamos a miles de metros de altura mirando el canal de Beagle

y el parque natural, nos asomábamos a las colinas y los barcos en el puerto, pero no fuimos porque era muy caro.

Al amanecer miraba con levedad con mi parte más sutil por la ventana del hotel, se despertaba el mar en la luz pálida, ella me tocaba las orejas, me decía: «hasta aquí he llegado contigo, no puede ser», y elaboraba como una abeja onírica momentos que rezumarían en mi sangre.

La avenida Mayo de Buenos Aires se alargaba espléndida y elegante, íbamos bajo los árboles por las aceras tan anchas mirando los edificios parisienses, el edificio La Prensa destacaba con su grandeza pasada, destacaban el café Tortoni / el edificio de la Casa de Cultura / la infinidad de librerías. En las cafeterías modestas o pretenciosas las personas se hacían personajes, cruzábamos la anchísima avenida 9 de julio y seguíamos hasta la plaza del Congreso, mirábamos hoteles de otras épocas llenos de pasados esplendores. Enfocábamos edificios con balconadas y molduras, encuadrábamos alturas de buhardillas / pizarras / óvalos / ventanales, nos encantaba ir por allá como si también nosotros fuéramos una elegancia pasada.

Nos hacíamos interesantes solo por pasear por allí, formábamos parte de la Historia igual que aquel amante de Ibn Hazm estaba satisfecho solo porque vivía en el mismo universo que su amada, también nosotros estábamos contentos porque formábamos parte de Buenos Aires. En esa ciudad muchas librerías no cerraban de noche, funcionaban cientos de teatros, se discutía de literatura en todos los cafés, los vagabundos miraban como Cortázar o como Borges.

Un día encontramos el Palacio Barolo que quería representar la Divina Comedia de Dante, lo construyó el arquitecto Mario Palanti para el millonario alucinado Luigi Barolo, Europa iba a destruirse por la Gran Guerra y Luigi Barolo quiso salvarla en Buenos Aires, sobre todo quiso salvar la Divina Comedia que era la representación de Europa. Estaba al final de la avenida cerca ya de la plaza del Congreso, el edificio tenía cien metros como los cien cantos de la Divina Comedia, tenía elementos de Gaudí e inscripciones en latín y recuerdos del templo de Bhuvaneswar en la India, representaba el Infierno / el Purgatorio / el Paraíso. Terminaba en una cúpula con trescientas mil bombillas, su luz debía encontrarse sobre el río de la Plata con la del Palacio Salvo que Palanti construyó después en Montevideo, Circe y yo nos encontraríamos también como dos faroles igual que las obsesiones de Castel y María en la novela de Sábato.

Por fuera se levantaban cristaleras rematadas en óvalos, se atrevían forjaduras de metal / esculturas en lo alto / detalles extravagantes, nos salían al encuentro toques inesperados. Entramos, vimos un vestíbulo encerrado en curvas y sorpresas, unas escaleras subían como caracolas, un ascensor funcionaba como hacía cien años. Vagamos por

allí asombrados y apasionados, celebramos el edificio como muy pocos lo hacían, acariciábamos los pasamanos y los encajes del ascensor, pensábamos que no recorríamos un edificio útil sino el retrato de una Nostalgia. El edificio albergaba cantidad de historias, en la planta baja se reunía el Servicio Secreto Argentino, a principios de junio la constelación Cruz del Sur se alineaba con el eje del edificio, la Divinidad se representaba como un faro bajo una cúpula.

Nos detuvo un portero y nos contó unas cuantas anécdotas, nos habló de antiguos inquilinos y de vecinos ancianos, vimos subir a una señora que tal vez vivía sola y había tenido experiencias caprichosas en su piso con candelabros. El portero nos dijo que el Palacio podía visitarse los lunes, había un recorrido con explicaciones pero no fuimos, tenía admiradores fervorosos, lo visitaban devotos igual que un templo, muchas veces nos dijimos que teníamos que volver.

Aquel millonario loco temía que la Primera Guerra Mundial acabase con toda la cultura europea, quiso rescatarla en América, construyó un edificio inspirado en la Divina Comedia de Dante, Dante era para él el escritor más representativo de Europa, su obra constituía una summa de la cultura europea. Y su arquitecto representó allí los círculos del Infienro / los lugares de Purificación / los caminos al Paraíso / todo lo que inventó la pasión europea, el edificio Barolo se erigía como un faro en Buenos Aires, se comunicaba con el Palacio Salvo en Montevideo, brillaban como dos luces a los dos lados del Río de la Plata.

Rescataban a Europa destrozada en el río de la Plata, la metían en la memoria, la hacían leyenda, la convertían en un fuego del pasado y de la literatura. Luego todo aquello se hizo difuso en mi memoria, solo distinguía vagamente la ilusión que nos hacía movernos por aquellas salas, nos ilusionábamos en aquellos recintos de llamadas esotéricas y delirios. Allí dentro nos imaginábamos reuniones secretas, nos representábamos citas con señores cargados de saberes de París o de Venecia, pensábamos en fiestas en los salones, inventábamos veladas llenas de deseos y de sonatas.

Al salir de allí mirábamos insistentes, pensábamos en todo lo que se ocultaba detrás de aquellos hierros, divagábamos debajo de aquellas cornisas por encima de los atlantes que sujetaban los lienzos, los viandantes ya se habían acostumbrado y se asombraban de nuestro asombro. Volvimos otra vez pero nunca lo recordé bien, no pudimos ir el lunes que nos dijo el portero y fuimos en otra ocasión, otra vez nos pasmamos con las escaleras y las inscripciones, homenajeamos los simbolismos de las paredes y los apliques, algo se reveló a nosotros que se escondía la primera vez, fue como si la casa accediese a desnudarse un poco más como una dama después de la primera cita. Circe hablaba con el portero, este se mantenía muy serio, pero ella le

comunicaba algo de su entusiasmo y sonreía.

Quisimos asaltar el corazón de aquellos edificios, quisimos apretarlos todos como si fueran van goghs, nos convertimos por instantes en pintores y les robamos su aliento. Andábamos por la avenida Mayo queriendo atrapar el alma candente de Buenos Aires, nos plantamos ante el hotel Castelar donde vivió Federico García Lorca, vislumbramos su cafetería enorme llena de sillones de cuero. No se veía mucha gente, lo vigilaba un portero despistado con librea, un tipo entró con unas maletas hasta el ascensor marqueteado, yo me reconocí también en aquel trasiego, me identifiqué con aquellos huéspedes pasajeros que tenían su ración de Buenos Aires.

Vimos un barco abandonado al final de la rada de Ushuaia cuando caminábamos hacia el Tango del Fin del Mundo, observamos el viejo buque de madera con velas y un montón de cables, contemplamos la infinidad de escotillas / palos / todos los componentes de un barco de otra época. Se mostraba totalmente olvidado, hacía tiempo lo habían usado como cafetería, ahora incluso habían descartado ese uso, venía probablemente de los tiempos de Darwin o de la época en que los evangelistas de Harberton creían que debían salvar a los aborígenes.

Solos en el silencio del puerto nos quedamos allí delante, espiamos lo poco que se veía a través de las escotillas, los cordajes se acumulaban sobre el casco, las ventanillas del puente del mando se ensombrecían, decíamos: «tal vez un barco similar a este fue el que naufragó hace cien años». En la bruma del tiempo vislumbrábamos las vidas de los pasajeros que viajaban en aquel barco, escribían cartas a sus allegados de Europa, las inquietudes los alejaban de las ciudades de Europa, historias de amor truncadas o no dichas los embarcaban.

Pero luego nos decíamos que no, suponíamos que aquel barco era todavía más antiguo, en el siglo XIX siguió los rumbos de Magallanes, chocó contra escollos como el barco ebrio de Rimbaud, acabó arrinconado en aquel puerto del fin del mundo donde nadie lo reclamó, y encerró dentro infinidad de fantasmas y de huellas. Alojaba cantidad de evocaciones que lo ennoblecían, igual que nosotros nos ennoblecíamos por existir allí solos en la noche, resistíamos en mitad del tiempo mirando aquel desecho como nieblas entre la niebla, seguíamos tan pasajeros y apasionados como el barco.

Hacía un frío tremendo, ella lo sentía más porque venía del trópico, vagabundeábamos en medio de aquellos silencios, caminábamos en una ciudad silenciosa y remota pero llena de actividades y proyectos, se anunciaban en carteles en las farolas, se entreveían en el humo de las cafeterías, se vislumbraban detrás de los cristales, para nosotros cualquier ciudad silenciosa estaba llena de secretos y de motivos para besarse, pero Ushuaia se llenaba más que ninguna otra. Habíamos amado la Fragata Sarmiento en Puerto Madero en Buenos Aires, amamos un buque museo que había en Cartagena de Indias, pero allí en aquella noche sin ruidos en la última escala hacia la Antártida parecía que todas las miserias del mundo se deshacían, los encuentros de las personas se volvían más cálidos, los

fuegos en mitad de la nieve resultaban más íntimos.

Volvimos otro día e inspeccionamos el barco con más calma, miramos con más detalle las escotillas que daban a la proa, indagamos las traseras que enfocaban hacia los muelles. En ese momento nos sentíamos radicalmente de acuerdo, nos sentíamos como faroles encendidos entre la noche, nos uníamos sin ambages en nuestra curiosidad. Queríamos entrar en el polvo de aquello que había pasado, buscábamos el significado de todas las cuerdas y las cajas tiradas.

No había leído nada sobre aquel barco, no decían nada los antiguos periódicos que estaban en Ramos Generales, ni el dueño nos había comentado nada, por eso el barco resultaba todavía más maldito y más inexplorado, no lo pusieron ni siquiera en palabras, nadie pronunció nada sobre él. Despedía tanto misterio que parecía que ni siquiera existía, y su no existir lo hacía todavía más esplendoroso, igual que las hilanderas tejían lo negro en aquella novela de Novalis.

Yo le metí a Circe en la cabeza a Novalis y los místicos, los dos nos apasionábamos con la noche, nos hartaba el sentido negativo que le daba todo el mundo, al contrario nos encantaban los fulgores de la noche, con frecuencia hablábamos de Novalis, por eso nos gustaba pasear de noche por los silencios del puerto, y todo callaba para nosotros.

Hace cien años aquella ciudad era un castigo, mandaban allí a la gente para desgarrarla de todo, allí tenían que olvidar toda la sociedad y la vida, casi los condenaban a muerte. Ahora la gente iba precisamente por eso, porque allí se desembarazaba de todo, porque allí vivía en esa muerte que tal vez era su vida más recóndita. Aquella ciudad surgió como una cárcel y allí se llevó a los más desaforados criminales, se quiso erradicar totalmente a ciertos rebeldes, y la cárcel ahora se enseñaba como un museo. Estaba llena de los recuerdos más intensos, allí estuvieron criminales / anarquistas / contrabandistas / disidentes, decían que había estado el mismísimo Gardel, y no queríamos perdernos una cárcel donde estuviera Gardel, había muerto en Medellín y había sufrido en Ushuaia.

Entramos y nos mostraron una larga galería de dos plantas a la cual se asomaban las celdas, ahora tenían abiertas las puertas brutales de acero, nos mostraban el mobiliario tan austero donde masticaban los días, en las paredes colocaron algún grabado o alguna foto de la época. Nos mostraron la celda de máxima seguridad donde habían encerrado a un asesino múltiple, sujetaban con cadenas al tipo corpulento a una mesa, lo espiaban desde arriba. Íbamos avanzando y nos contaban historias de presos, yo imaginaba aquella galería cerrada durante toda una vida, me ponía en la piel de los que estuvieran allí, trataba de imaginar lo que podía ser aquello, detallaba los millones de momentos de todos los años interminables, me proyectaba los amaneceres y el final de los días desesperados.

En ocasiones sentí nostalgia de acumular todas las experiencias posibles en el mundo, quise ser un multimillonario en Singapur, un niño que juega a las canicas en Galicia, un viejo que agoniza en una chabola en Río, un viejo que mira caballos en la estepa de Rusia, ahora me parecía que tampoco me podía faltar estar preso en Ushuaia para tener la totalidad de la vida, sin embargo, me dije: «tal vez me podría pasar sin eso».

Veía los portalones con las mirillas enrejadas y los suelos desnudos contra todo consuelo, al final llegamos a una galería circular por donde paseaban los presos controlados desde arriba, pero el museo continuaba en otras dependencias. Nos mostraban materiales de biología / de botánica / de Historia / de arqueología / de artesanía doméstica / de qué sé yo, ilustraban los orígenes y los precedentes de

Ushuaia. Ofrecían mapas en relieve con explicaciones, colgaban trozos disecados de peces que se producían en aquellas latitudes, enseñaban arpones y armas de los yamana, cuidaban fragmentos de barcos de la armada argentina que habían trabajado por aquellos andurriales, mostraban plantas del parque natural, exhibían planos de las primitivas ciudades.

Y llegó lo máximo: vimos unos trozos del faro que inspiró a Julio Verne «El faro del fin del mundo», ese faro se situaba a unos kilómetros de Ushuaia en una isla de difícil acceso, nos exaltaba pensar que mirábamos trozos de la construcción que inspiró aquella novela. Y la idea de inspiración se transmitía a nosotros, nos volvíamos inspirados, observábamos cada objeto con fervor y vagabundeo, vagábamos entre restos consagrados. Vimos trozos de calafate (la planta que si la tomas te obliga a volver a Patagonia), un tipo le preguntó al guía cuestiones técnicas sobre los glaciares, el hombre le habló del glaciar Perito Moreno y de aspectos geológicos que explicaban su grandeza y su declive.

Circe preguntó por asuntos de la prisión, quién había estado, qué tipo de vida llevaba, cómo llegaban, si los familiares iban a verlos, nos sentíamos allí dentro refugiados mientras afuera se desplegaban los fríos infinitos. Leímos información sobre las expediciones de Darwin y otros científicos, nos asomamos a las peripecias del capitán Fitz Roy y a legajos científicos, en las paredes colgaban fotos de los yamana y se resumían sus leyendas e historias. Solo quedaba una vieja yamana según decía una crónica, todavía conservaba viva su lengua, daba vértigo pensar que una anciana fuera el último testigo de una manera de ver las cosas y de nombrar el mundo.

Circe dijo: «yo tenía que hablar con ella, tenía que preguntarle infinidad de cosas, tú ya sabes cómo soy», no dejaba que se le quedase nada en la cabeza, yo me imaginaba como la invitaba, pasaba tardes con ella, recogía sus recuerdos. Nos llevaron de nuevo a la galería circular donde se expansionaban los presos, allí nos dieron la última alocución, soltaban siempre ese rollo pero para nosotros tenía algo de trascendente, echamos una última mirada con vértigo al pasillo donde se apretaban los condenados, miramos hacia arriba donde los guardias los humillaban e inspeccionaban, pensé que otros se convirtieron en fantasmas para nosotros y nosotros nos convertiríamos a nuestra vez en fantasmas, entonces se hacía urgente besarnos y palparnos.

Tiempo después caminamos a solas por un barrio modesto de Buenos Aires, veíamos cafeterías apagadas donde alguien abría con absorción un periódico, veíamos tiendas pequeñas y lámparas secretas detrás de los ventanales. Entramos en un teatro que era como la sala de estar de una casa, se repartían unos sillones tapizados en rojo, nos

acompañaban retratos historicistas en las paredes y mesas con revistas culturales. Tuvimos que esperar cierto tiempo, iban llegando enterados como si se reuniera una familia cuyos miembros no nos conociéramos todavía, despedía algo cálido esa manera de encontrarnos, cada persona que entraba olía un tufillo de cultura que se cocinaba. Por fin pasamos y la sala propiamente dicha nos recibió como un espacio austero y vanguardista, se colocaba un semicírculo de asientos en torno a una escena vacía, no usaban ningún tipo de mobiliario, todo lo conseguían con palabras-gestos y luces.

Fuimos a ver a Chejov en aquel barrio humilde de Buenos Aires, quise que Circe descubriera a Chejov y escuchara las quejas de la gaviota, empezaron a aparecer los personajes, entraron el escritor grandilocuente y el enamorado fracasado, llegaron la apasionada como una gata y el frustrado de siempre, hablaron el campesino humilde / el médico de aldea / el arribista, se encontró toda esa galería de personajes de la Rusia patética o del mundo entero. En medio de ellos destacó esa muchacha ingenua, creía de verdad en el gran hombre, imaginaba que había una vida más intensa, daba valor de verdad a las palabras y vivía la poesía, después vio sus deseos pisoteados por el tiempo y la mediocridad, sus sueños los aplastaron las mezquindades, sus más humildes pretensiones se desdibujaron y se quedó con la pura nostalgia.

Todos esos personajes doloridos de Chejov se movieron en sus libros entre la retórica y la cutrería, fueron ellos mismos entre las falsedades y la crueldad, la dama del perrito regresó a Moscú, los médicos intentaron algo, los enfermos en el pabellón retrasaron la muerte. Solo pudieron palpar fugazmente las bellezas más precarias y los momentos más auténticos, todo en ellos se acabó oscureciendo, todo se mostró triste- falso y se deterioraron todos los intentos.

Salimos de la obra con ese sabor de lamento, la chica que hacía de gaviota nos pareció especialmente convincente en sus ansias de vivir de verdad, marchamos con la sensación de haber vivido intensamente. Observamos la vida a través de la sensibilidad de Chejov, el vitalismo de Circe se rebelaba contra ese apagamiento, pero conectaba con la obra por la saudade que ella siempre me había contado, desde niña se sentía insatisfecha con todo, lloraba a veces sin saber por qué, no sabía lo que quería. Chejov nos dijo: «el mundo está gris y es falso», desconfiaba del simbolismo y los idealismos que nosotros amábamos.

Pero por debajo nuestros resplandores no se rendían, ella y yo en el taxi de regreso nos cogíamos la mano con furia, ella me apretaba con energía solo por apretarme, íbamos viendo las calles incandescentes de Buenos Aires, pasaban casas y bares que se asomaban a nuestro mirar leve y desesperado, llevábamos los ojos ilimitados.

Pasamos por Palermo Viejo con las terrazas hirviendo, las personas

en la calle gesticulaban, hormigueaban los cafés donde se suponía que estuvo Borges o Cortázar, llevábamos la desolación de Chejov en el taxi, pero sabíamos que estábamos en Buenos Aires por un mes, todo allí se volvía literario, todo se mostraba interesante para nosotros, cada esquina esbozaba una insinuación, dejábamos en las tapicerías de los coches nuestro pasado, poníamos en las fachadas nuestras miradas, clavábamos en las ventanas nuestros deseos, viajábamos como dos gaviotas en un taxi por Buenos Aires.

Cuánto encanto despedía para nosotros el barrio de san Telmo, admirábamos las antigüedades del tango, recorríamos los conventillos de artistas y las galerías llenas de tesoros de otras épocas, intimábamos con los apolos inclinados y las calles con adoquines, respirábamos en las plazas cerradas y en los cafés como tiendas de anticuarios, avanzábamos por los pasajes que llevaban a plazas secretas.

Nos gustaba ese barrio de grandes inmuebles ajados y pequeños invernaderos, amábamos los zaguanes que llevaban a centros comerciales interiores y la iglesia de San Francisco con sus torres azules, secreteábamos en laberintos donde se podía encontrar el retrato de un rey de Armenia o los aretes de una princesa turca, lo atravesábamos en autobuses renqueantes para llegar al parque Lezama donde evocábamos a Martín y Alejandra, o bajábamos cerca del camino que nos llevaba a la Costanera del Río de la Plata, o vagábamos andando hipnotizados ante cada vitrina que daba a la calle, nos seducían los rastros colocados en escaparates, nos atraían los relojes que daban la hora al viejo estilo y las consolas donde se guardaban papeles timbrados.

Nos enteramos de que la discoteca Museum en una nave de hierro de tres pisos fue en otros tiempos la ferretería Hirsch y la culminaba una estatua de bronce que construyó Eiffel en 1908, fuimos allí, llamamos, hablamos con un gorila que no tenía ni idea del tema pero nos dejó pasar, nos pasmamos ante las bóvedas audaces y las arcadas, nos impregnó la poesía y la melancolía del tiempo. Nos gustaba apreciar esos monumentos en que no se fijaba nadie, cualquier esquina a veces era un monumento, una casa se trazaba de modo diferente en la calle, un portal creaba en cierta manera, una esquina se realzaba, un chaflán se retranqueaba, una tienda enmarcaba la entrada.

Las calles eran rectilíneas y no tenían mucha Historia con mayúsculas, pero estaban llenas de pequeñas historias, sugerían biografías inquietantes y resacas de emigrados, hablaban de desechos espirituales y de huellas de pasos, cuchicheaban sobre manoseos emocionados y literaturas superpuestas, resultaban todas apasionantes, cualquier cosa ocurría en aquellos patios interiores a los que se asomaban jardines elevados, dormían damas de estuco, yacían

decoraciones de teatro que nadie usaba ya.

Nos metíamos por andurriales clausurados y nos fijábamos en las expresiones de los maniquíes, nos pensábamos sentados en otomanas caprichosas, mirábamos pastas de libros sobre temas inverosímiles y distantes, prestábamos atención a periódicos polvorientos con las últimas noticias de la Gran Guerra o las picardías de una artista de variedades de los años diez.

Nos abrumaba sentirnos allí, nos volvíamos tan dudosos y tan apasionantes como todo aquello, nos convertíamos en leyendas o en restos polvorientos, nos hacíamos literatura, cualquiera de aquellos escritorios o aquellas alacenas sudaba literatura. Nos metíamos en las fotografías en sepia, entrábamos en los modales ridículos y enternecedores de los bisabuelos con las guías del bigote levantadas. En algunos instantes estábamos hartos uno del otro, sentíamos fastidio o desconexión, ella ponía esa cara de acritud o desgarro que la volvía tan dura, pero en otros momentos nos cogíamos las manos y mirábamos al unísono la expresión de una muñeca, recogíamos la cara de una vizcondesa en un viejo cuadro, advertíamos el papel de cartas de un antiguo secreter.

Y teníamos telepatías frecuentes, lo que ella decía yo lo pensaba en ese preciso momento, me robaba las palabras de la boca, a veces nos parábamos en mitad de la calle y nos mirábamos asustados, la gente se nos quedaba observando, ella decía: «amorcito, es increíble la conexión que tenemos», surgía como una fulguración en mitad del aburrimiento. Una vez cuando veníamos del parque Lezama entramos a tomar algo en el café Dorrego, parecía un desván exquisito, nos sentamos en unas mesas diminutas mirando a la plaza, era un momento aburrido pero en el fondo algo me alucinaba. Recorría con negligencia fotos de cantantes en las paredes ahumadas, se apretaban láminas forradas en madera, se adivinaban carteles.

Y en una foto vimos a Gardel, Gardel aparecía en tantas posturas diferentes en tantos bares de Buenos Aires, lo olvidaban y lo respiraban todos, lanzaba siempre su sonrisa arrabalera. Mirábamos la plaza llena de mesas pequeñas y como la gente en ellas se atrincheraba contra el tiempo, los edificios albergaban cafeterías con luces amarillentas en las plantas altas, una fuente señoreaba en el medio, y todo se convertía en niebla como en un poema de Borges.

Otra vez al atardecer nos sentamos en la terraza del bar El Balcón saboreando una cerveza, una pareja se desplazaba entre las mesas de una esquina a otra de la plaza bailando un tango, el baile se desplegaba como un ballet trágico, se sucedían arranques-choques-frustraciones-encuentros, los bailarines se perdían hacia los lados y ladeaban las cabezas drásticamente, Circe en la mesa los imitaba, miraba a un lado y otro levantando las cejas, echaba pasión por la

boca, ponía pimentón en los ojos, emitía toda la esencia de Buenos Aires, entonces yo supe que nunca olvidaría aquellos momentos, vi un futuro en que siempre me acordaba de ella, mientras los bailarines se hacían desplantes, se miraban y se descartaban.

Entramos por una puerta tori en el Jardín Japonés, empezamos a dar vueltas entre pagodas / pequeños estanques / puentes hacia islas inaccesibles, atravesamos entre plantas exóticas / refugios de bonsáis / construcciones de utilidad desconocida, a ella la encandiló aquella naturaleza en miniatura, la rozaron aquellos bordados de arbustos y aquellas rocas como meditaciones zen. Subimos a lo alto de un roquedal en una isla donde nos sentimos protegidos del mundo por el agua, fue delicioso mirar desde allí los barquitos, en el pequeño templo rojizo no cabía nadie, la barandilla se combaba sobre un agua cubierta de nenúfares.

Vagamos como si estuviéramos en una estampa japonesa, lo que veíamos influía de un modo intenso en nosotros, nos hacíamos como las imágenes del mundo flotante de Utamaro, nos dejábamos transformar por la sombra de los árboles. Ella se volvía como seda, parecía que su pasión se ponía en papel de pasta de arroz, teníamos ganas de susurrar, el más pequeño paso era como si lo estuviese contando Rilke. Vivimos una calma extraña en mitad de la tarde, los dos nos sentíamos destilados o mitificados, errábamos por allí convertidos en otra cosa, parecía mentira cómo influía un jardín en unas personas.

Nos cruzamos con un niño que parecía estar perdido y miraba todo lleno de asombro, ella se agachó para hablarle, se convertía en madre o en protectora de todos los niños, tenía complicidad con todos, sabía los secretos de todos, poco después aparecieron los padres y el niño la vio desaparecer como una aparición en su vida.

El tiempo se alargaba igual que nuestras miradas, se alargaba la capacidad de percibir y disfrutar, nos sentamos con unas bebidas en una mesa de hierro junto a una cantina, y miramos pasar a la gente por el sendero, la tarde iba avanzando con la ligereza más bella. Al final cuando salimos estábamos desorientados en el tiempo, ya anochecía, nos entraron deseos de volver a entrar y no perdernos el anochecer. Nos propusimos regresar otro día aunque sabíamos que no íbamos a hacerlo, yo sabía que todo aquello era instantáneo y no se repetiría, y eso le daba todo su dramatismo.

Se volvía dramático caminar por las avenidas de los parques mientras anochecía, no sabíamos tomar aquello con nuestros sentidos,

había una nostalgia extraña en los dos, algo se nos perdía en cada instante. Luego recorrimos largas distancias andando, ella protestaba como si me echara la culpa, nos volvíamos fastidiosos y chocantes. Pero el poderío de los árboles enormes al desplazarse nos llenaba de desolación y misterio, anochecía y el tiempo se notaba en su cara. En realidad solo nos mirábamos en una milésima parte, ésa era la gran nostalgia, no nos estábamos amando más que en la milésima parte, no nos tocábamos como podríamos tocarnos en algún sueño, todo lo que veíamos estaba fuera del alcance de nuestras manos.

En la calle Corrientes empezó a hablarme de su sobrino, iba a ser su cumpleaños y tenía que regalarle un libro, entramos en la librería Gandhi y le compré «El principito», solo tenía dos años pero algún día tendría que leerlo. Pensé en las sensaciones que tuve yo cuando leí por primera vez ese libro, incluso antes cuando leí algún trozo en un libro de texto, me acordé de Saint Exupery y de sus aventuras, recordé sus duelos trágicos con la atmósfera y cómo cayó fatal sobre el Mediterráneo, intentaba que los hombres fueran más hombres en lo alto de la estratosfera o en mitad del desierto. Volví a hablarle de él, ya habíamos hablado en Patagonia, ella estaba tan receptiva que cada una de mis palabras le alteraba el cuerpo, no solo recibía mis palabras con los ojos sino con el cuerpo entero y con la vida.

Yo sentía que hacía algo importante al hablarle a ella de los libros y las cosas, me sentía vivo al hacerlo y provocaba vida, le dije que al cabo de unos años le diera ese libro a su sobrino, ese libro hablaba de cómo uno hace amigos en el desierto, un animal quiso que el principito lo domesticase para convertirlo en compañero de su casa. El escritor quería convertir el mundo entero en nuestra casa sin que dejase de ser inmenso, hacía pactos con las cosas para poder vivir con ellas, entendía la nostalgia de las gacelas.

Ella me escuchaba ávidamente y convertía en vibración todo cuanto le decía, estaba viva en todas partes y los libros le daban vida, le contaba cómo el rey quería conectar con el cosmos y coger todas las riquezas del mundo sin empeñarse en lo imposible, cómo Albert Camus quería amar apasionadamente el mundo limitado sin pedirle lo ilimitado. Y yo quería llegar con ella a los límites del mundo, como Camus ella y yo amábamos apasionadamente la vida y su encanto, los libros nos ayudaban a despertar ese encanto por todas partes.

Los dos llegábamos al extremo de nuestras vidas en las librerías, lo alcanzábamos en las calles y en los cuerpos, entonces ella cogió con amor el libro y pidió que lo pusieran en papel de regalo, se dispuso a guardarlo durante unos cuantos años para dárselo como un tesoro a su sobrino cuando tuviera la edad adecuada, dábamos por supuesto que para entonces aún conectarán los libros y los niños, imaginamos cómo se lo daba en el momento oportuno, cuando el niño ya estaba en condiciones de recibirlo.

Pero ella sí recibía las cosas en cualquier momento, mirando libros nos poníamos en el borde de la piel, entrábamos en las librerías de la calle Corrientes de día y de noche, nos excitábamos mutuamente con las páginas, nos leíamos fragmentos en mitad de las estanterías para exaltarnos.

Llegó nuestra última tarde en aquel apartamento, el tiempo nos golpeaba en la cara y ella tenía expresión de nostalgia y de patetismo, recogía con los ojos todo lo que se iba, amontonaba en su expresión lo que habíamos experimentado en aquellos treinta días y lo que habíamos dejado de experimentar, puse por última vez a Chopin en la sala de estar.

Me dijo que esperase un rato y la dejara prepararse, yo también me puse como en remojo, sacudí de mi cuerpo todos sus letargos, le susurré que se despertase de una vez, le repetí todo cuanto perdía y podría recoger. Notaba la tragedia del tiempo y de los límites, queríamos cosechar las infinitudes en unas horas y en un dormitorio, esperé pacientemente, resumí todo el tiempo que habíamos estado juntos en forma de película que flotaba.

Cuando me llamó fui al cuarto, me desnudé como quien se quita una vaina, quise que el cuerpo estuviera en los confines de sí mismo, tenía una extraña hiperestesia, oía con todo detalle lo que decían unos obreros en un edificio cercano y captaba el ruido de sus instrumentos, notaba la tarde en torno a nosotros con toda su belleza concentrada.

Entonces muy suavemente acercamos los cuerpos, los cuerpos vigilaban todo, se notaban como en el amanecer cuando no los distrae nada, nos fuimos tocando lentamente, nuestros dedos se desnudaron tan sinceros como las notas de Chopin, desgarraron los instantes y arrancaron la carne de los instantes. Ella me acarició con manos visionarias, me tocó con manos de Melusina, me encontró más allá de todas mis distracciones, fue como la caricia más leve y desesperanzada de un ser para entrar a fondo en otro ser.

En ese momento ella sin retóricas llegó a mí como María Iribarne se acercaba a Castel para escuchar el mar, escuchábamos a Chopin que se había hecho la música más inevitable del mundo, nuestros cuerpos se conjuntaban con ella, se volvían trágicos y llenos de nostalgia. Ella quería arrancar de mí la queja definitiva, me quería tocar como no me hubiese tocado nunca, ponía en su tocar toda su capacidad de sentir, reunía en sus manos todo lo que no nos habíamos dicho, decía todo lo que habíamos callado durante un mes. Derramaba todo lo que había estado obstruido y lo que escondían las palabras, rescataba lo que ni la mejor literatura puede rescatar.

Traía la sustancia de nuestras tardes y los intermedios de nuestras charlas en el café Richmond mientras hablábamos de Borges / los segundos callados en Lavalle / las esperas en las agencias de viajes pensando en Patagonia, accedió visionaria a mi fortaleza y me hizo una caricia que me hizo aullar de placer, y fue como si todo estallara a mi alrededor, estalló la tragedia de aquella tarde y la infinitud finita de nuestros cuerpos / su belleza intensa / su clarividencia.

Luego siguió recorriéndome, atravesó mi cuerpo como un espectro que corriese loco por el bosque, como una yegua salpicaba salvaje en mis charcos, sus labios se volvían cien labios, se convertían en un grito acumulado, se hacían inagotables, se esponjaban como si no pudieran acabarse. Pero aquello era tan sencillo como los nocturnos de Chopin, se realizaba más allá de retóricas y sensacionalismos, estábamos con la expresión desnuda y arrasada, nos arrastrábamos de forma humilde sobre las sábanas.

A las seis de la mañana lo teníamos todo preparado, casi no habíamos dormido, llegó el muchacho de la agencia y nos devolvió el dinero de la fianza, ella le dijo que nos volveríamos a ver, tal vez regresábamos. Llegó el taxi que era un fotógrafo que ya nos había llevado la noche anterior, avanzamos por última vez en dirección al aeropuerto, miramos los edificios y las avenidas con esa confesión final que sueltan, siempre nos contaban lo más interesante cuando nos íbamos, entonces no los agobiábamos y se entregaban igual que las personas.

Llegamos al aeropuerto, nos pusimos enseguida a hacer cola para la facturación, hacíamos planes ya para los encuentros futuros, hablábamos de que nos encontraríamos muy pronto en Río de Janeiro. Trazábamos muchos otros planes futuros, ella venía a Europa, iba a casa de una amiga suya en Los Ángeles, nos venían retazos de la Patagonia / de Chile / de las casas de Pablo Neruda, era como si estuviéramos delirando y nos venía todo a la cabeza.

Dimos unas vueltas, pero a mí no me gustaban las despedidas prolongadas, prefería cortar por lo sano y ponerme a recordar a solas, entonces le dije que debería pasar a su sala de embarque, ella se iba para Colombia y yo me iba por la noche a Madrid, nos despedimos junto al policía y vi cómo se enfrentaba a la ventanilla de pasaportes, se le caían las lágrimas, la policía le daba paso y me echaba una última mirada, me lanzó un beso contundente y sin vergüenza.

Me fui al centro de Buenos Aires, aquella mañana no vi casi nadie por la calle Florida, solo un tipo solitario quiso pedirme algo, el Richmond donde podría sentarme a pensar en ella estaba cerrado, las tiendas todas estaban cerradas, me gustaba estar solo para apreciar todo lo que había pasado / acordarme de ella / apreciar todos sus gestos. Recordaba sus caras ladeadas y sus miradas audaces en diagonal, evocaba sus bocas hinchadas y su cara de moai cuando se cabreaba, revivía la gracia que tenía cuando se ponía a bailar en un bar o en la entrada de una tienda, repasaba sus levantamientos de cejas y sus declaraciones ante los policías o los extraños, me repetía sus arrebatos y sus búsquedas de todo lo que queríamos encontrar.

Caminé hasta llegar a la avenida Mayo, otra vez me apropié las cafeterías de amplios ventanales, miré las grandes acacias que

arrojaban hojas en la calle / las librerías antiguas en los portales / los bancos de hierro en la avenida mojada. Y justo entonces (cuando ya casi no importaba, cuando ya no podía entusiasmarme con ella) apareció la cafetería donde Cortázar escribió «Rayuela», urdió esa obra sobre París y Buenos Aires donde puso magia-pasión en mitad de sus juegos, un cartel en la cristalera presumía cómo allí acudía muchas tardes el escritor, allí imaginaba a La Maga / a Oliveira / los discursos de loco en el tablón que llevaba al balcón de enfrente.

Me quedé apreciándolo durante largo rato, lo comenté con ella mentalmente, me sentí más solo a cada instante, añoré ese entusiasmo que ella atizaba siempre en mí. Vagué por las calles mientras buscaba un sitio barato para comer, se me ocurrió ir al cine, me dirigí a una sala que vi anunciada en Clarín, y cerca de Corrientes descubrí lo que habíamos estado buscando ella y yo, encontré un cine artístico y bohemio donde se reúnan los que viven con el cine, era un local pequeño con varias salas y una especie de bar. Pedí una barra de chocolate y unas galletas, observé los carteles de películas italianas antiguas, vi una película de Kusturica, mentalmente le expliqué a ella quién es Kusturica, le hablé de su cine lleno de ocas y de exageraciones, le conté cómo al final encontré ese cine especial que buscábamos, equivalía al «Ocho y medio» de Quito, donde ella vio por primera vez «Cinema Paradiso».

Paseábamos por el museo de Bellas Artes en el barrio Norte, veíamos obras de Xul Solar / El Greco / van Gogh, nos sorprendíamos por las salas a cada instante, nos estremecíamos, vivíamos cada obra. Y entonces llegamos a «El beso» de Rodin, yo ya lo había visto en otros sitios, no sabía cuántas versiones había de ese beso, le dije: «todas las hizo él mismo». Pero en esa obra estaba toda la potencia de Rodin, se veía toda la pasión que Circe quería poner en un beso, brotaba todo el aliento definitivo / toda la entrega / toda la novela, esa obra la retrataba a ella con la torsión de los cuerpos / el volcarse / la desnudez decisiva.

Se quedó mirándola encantada y dijo NO con rotundidad, y cuando afirmaba No como un golpe quería decir un Sí sin límites, quería significar que eso era lo que ella quería, indicaba que No había palabras para expresar aquello. A menudo decía ese No contundente cuando quería expresar que la asaltaba algo, ese No superaba el lenguaje y se adentraba en lo inefable. Escasas veces una obra de arte lo rompía todo de ese modo, se salía de todas las limitaciones, así ella quería estar conmigo, quería que nosotros viviéramos.

Los demás se quedaban mirándola, admiraban su pasión, yo me deslumbraba ante ella, sentía que ella era también una obra de Rodin. Entonces le hablé de Camille Claudel la amante abandonada, su hermano Paul Claudel la metió en el manicomio sin que el genio hiciera nada, tal vez temía que el genio aún más rompedor de Camille eclipsase su genio, igual que Frida Kahlo superó a Rivera, también ella y yo estábamos con Frida. Circe me preguntó dónde estaban las obras de Camille, me dijo de un modo perentorio que quería verlas, teníamos que buscarlas enseguida, le contesté: «las buscaremos».

Miró un cuadro y dijo: «a mí me encanta este cuadro, ¿tú no sabes?, me hace recordar mi infancia cuando estaba junto a mi tía en la finca, o cuando venía mi padre», me encantaba encontrarla así vulnerable y triste a veces, se metía en el tiempo, se envolvía en la misma atmósfera que yo, como cuando en el apartamento poníamos una vez más nuestro disco colectivo con Nacha Guevara / la bohemia de Charles Aznavour / el piano de Michael Nyman / «Cualquier día en cualquier lugar» de Demiss Roussos / el «Concierto de Aranjuez», a ella ese disco la arrastraba especialmente, a mí también me arrastraba. Pero lo que más me encantaba era que se dejara arrastrar tanto por la

música, se entregaba a ella y se disolviera como yo, decía: «soy demasiado emotiva, me dejo llevar demasiado, ya me dijo el médico que me dio unas pastillas, no tengo que alterarme demasiado».

Pero recibía conmociones continuamente, tenía pocos momentos de vida rutinaria, por lo demás odiaba la costumbre como yo (aunque en ocasiones yo me refugiaba en la costumbre), parecía que saltara a cada instante. Al final del disco llegábamos al tema final de «Blade Runner» de Vangelis, y tanto ella como yo nos sentíamos transformados, descubríamos que éramos de la distancia. Ella se acercaba hacia mí temblando y decía: NO, y en ese NO estaba todo lo que no habíamos vivido todavía, latía todo lo que no se podía vivir normalmente, el tema de Vangelis hacía que vaciláramos los dos en la sala, temblaba todo a nuestro alrededor, a través de la selva de emoción nos encontrábamos los dos en otra dimensión, nos transponíamos como en el beso de Rodin, flotábamos como los novios de Chagall.

Al anochecer comprobábamos cómo se volvían alucinantes las luces y los edificios a lo lejos, todo se convertía en una película, le dije que teníamos que buscar Floralis Genérica de Eduardo Catalano, era una enorme rosa metálica cuyos pétalos se cerraban al anochecer en la plaza de las Naciones Unidas. Estaba fastidiada por tener que andar tanto, caminaba sin encontrar lo que buscábamos, a menudo ella perdía la paciencia y me fastidiaba, yo me decía que si estuviera solo hubiera hecho libremente más esfuerzos, nos irritábamos y nos sentíamos molestos. Cuando se ponía así no le daban gusto las cosas, perdía interés en ellas, pero luego los dos encontrábamos la misma fantasía, veíamos el mismo brillo a lo lejos / el misterio del anochecer / los coches fantasmales.

Venía poco a poco el anochecer y sin avisarnos nos iba recogiendo, nos iba metiendo a los dos en la misma magia, nos convencía, nos rescataba de nuevo, nos sugería todo lo que escondían las cosas, nos arrebataba de la vulgaridad y nos instalaba de nuevo en lo grande. Todavía no había llegado la noche cuando encontramos la Rosa Gigantesca con grandes pétalos metálicos, se movía lentamente según un ritmo cósmico, parecía un símbolo telúrico, nos acogía como una materialización de un poema del universo.

Entramos en el césped donde se desplegaba y nos encontramos bajo los pétalos gigantescos que descendían, nos reflejábamos en la superficie metálica, ella continuaba un poco ensordecida pero no pudimos evitar el lirismo mineral de aquel artefacto, era una especie de rito que nos unía con lo más remoto de la humanidad, era la rosa de Rilke y la rosa del futuro. Y aquella Rosa Cósmica nos recogió a los dos, nos hizo ser grandes otra vez, volvió a convertirnos en apasionados, nos devolvió la música. Hizo que quisiésemos mirarlo todo otra vez, recibimos el firmamento entero en los ojos, abrazamos la noche entera con los ojos.

La noche y aquella rosa gigantesca supieron cómo hacernos vibrar otra vez, nos regalaron de nuevo la maravilla del mundo, hicieron que todo fuera extraño y denso otra vez, todo se puso a temblar dentro de nuestras venas, tiempo después no olvidaba aquella rosa cósmica que nos hizo recuperarnos el uno al otro.

Tardaba en llegar la noche, no había ya símbolos que nos

reconociesen, no había bellezas que nos hiciesen vivir otra vez en el aburrimiento, de repente vimos aquella rosa perdida en mitad del césped desmesurada y entusiasta, casi nos pusimos a bailar solitarios debajo de las estrellas, ella quiso fotografiarlo, siempre quería atrapar lo más pasajero y lo más visionario, quería fotografiar todo lo que en la vida nos hacía vibrar aunque fuera por un instante, quería atrapar el fogonazo y el alma de las cosas.

Nos sentamos en la mesa camilla en el apartamento uno al lado del otro muy pegados, colocamos nuestras copas de vino, y empezamos a ver «La noche de la iguana». Esa obra increíble era para mí la culminación de John Huston, en ella arrancaba lo más fragante que pueda haber en la tierra, me entusiasmé con el discurso que el pastor condenado soltaba en la iglesia a sus feligreses hipócritas, me encantaba aquel rincón asombroso donde se retira Ava Gardner como una solitaria instintiva con sus jovencitos casi desnudos tocando las maracas, me revivía la fiebre de Richard Burton con sus obsesiones salvajes y su apasionamiento visionario. Y todo eso se mezclaba con la angelidad de Debora Kerr y su abuelo poeta que moría tras escribir su último poema.

Me parecía tan prodigiosa esa conjunción de soledades / pasiones / extremismos trágicos / derrotados entusiasmos, me sacudía esa exaltación en un rincón del mundo entre el monte y la playa por cactus y selvas, una iguana se movía representando toda la vitalidad solitaria, la locura no podía reprimirse. Todo se desarrollaba en la noche, en esa noche se abría toda la fruta, se asomaban las iguanas, bailaban los cuerpos, ella estaba tan alucinada como yo, yo me pegaba a cada fotograma y a cada réplica, porque para mí el cine era la culminación del delirio, veía cine en cualquier lugar del mundo. Ahora lo vivía como algo sagrado junto a ella, ella parecía que miraba hacia otro lado pero torcía los ojos para mirar más hondamente, siempre hacía así, no podía mirar nada de un modo convencional, en esa torsión ponía la intensidad con que vivía lo que veía.

De vez en cuando me pasaba sus manos por la nuca, me susurraba: «amorcito», yo temblaba a su lado cuando ataban a Richard Burton porque explicaba sin controles toda su vida, Debora Kerr le contaba sus sensualidades más aéreas, en esa complicidad los dos superaban a la rígida puritana que dirigía la excursión de buenas turistas norteamericanas asustadas con todo lo mejicano, lo consideraban todo selvático, pero a la dirigente rígida también le asomaba su soledad y su interioridad frustrada, se insinuaba que era lesbiana y no podía aceptarlo.

La película captaba con una sensibilidad increíble las pulsaciones de la vida, la pintaba incluso en la más ingenua de las viejecitas turistas, mostraba lo que latía en todos los rincones. Me quedaba

hipnotizado, no sabía si tenía más mérito John Huston o los excesos de Tennesee Williams o la interpretación bienaventurada de Burton, nos quedamos sobrecogidos, ella que parecía mirar hacia otro lado se volvió bruscamente hacia mí, también ella pareció un personaje de Huston, pareció una iguana elegante y nocturna que venía a besarme en la boca, y de verdad me estaba besando, me daba las gracias por regalarle esa película, los dos hemos estado esa noche en Puerto Vallarta, pensamos en ir muchas veces pero allí estuvimos en esa película.

Y conseguimos haber estado en Ushuaia, miramos el barco abandonado en el puerto, tocamos la hiedra en el café Ramos Generales, pisamos la nieve, nos acordamos de los presos en la cárcel más remota. Escuchamos chillar a los lobos de mar en el islote, miramos el faro Les Eclaireurs en la entrada del canal de Beagle, tocamos una rama de calafate que nos haría volver, recogimos un certificado de amistad con Patagonia en la oficina de turismo, sentimos miedo en un coche donde el Aventurero pretendía llevarnos a todas partes, contemplamos el mar detrás del cristal de la ventana en la noche.

Desayunamos con lirismo mientras afuera esperaba el frío y la nieve, nos besamos en el mesón al que volvíamos siempre, nos acordamos de momentos diversos de nuestras vidas, miramos simplezas en un cine donde solo había unos niños y nosotros, escuchamos las leyendas de los yamana. Pensamos en Harberton y los primeros evangelistas, soñamos como el héroe pasó todas las pruebas y se escapó con la estrella de la mañana sin hacer más caso de pruebas, admiramos a los castores y les temimos.

Nos extasiamos ante el agua imposible del lago Roca, hablamos con chicas canadienses que no querían saber del mundo sino de Patagonia, tomamos licor café en el barco como lo preparaba mi tía en mi pueblo de Lugo, escuchamos rechinar los recuerdos bajo las vigas del restaurante Volver. Miramos los preparativos para las noches de Tango en el Fin del Mundo, leímos historias de naufragios a comienzos del siglo XX, esperamos que el avión despegara mientras leíamos que Saint Exupery realizaba sus vuelos llenos de cartas a Patagonia.

Miramos el puerto y los barcos desde las cristaleras del hotel lujoso y vacío, recordamos los pasteles de la pastelería más sabrosa de Argentina en mitad de la nada, planeamos escribirle lo antes posible al japonés que se quedó atascado con su bicicleta a cien kilómetros de Ushuaia. Comentamos cómo Pat Garret y Billy el Niño se refugiaron del mundo entero en Patagonia hasta que volvieron a las andadas, pensamos cómo aquella tierra lavaba todas las vidas y las hacía recomenzar, observamos chillar a las gaviotas enloquecidas encima del puerto, nos acordamos de Julio Verne y su faro del fin del mundo. Pensamos en cachalotes / ballenas / pasos entre los abismos, hablamos de Magallanes y de sus arrestos al pasar por lugares

desconocidos.

Enronquecimos en la bahía de Lapataia donde el río se encuentra con el mar, atravesamos los bosques de lenga enrojecidos, pensamos que nosotros dos podríamos quizás también perdernos como si fuéramos colores entre los árboles. Soñamos con encontrar un lugar desde el cual soñar todos los lugares, sentimos la humedad de la piel, nos miramos a veces con los ojos silenciosos, pensamos en mi pueblo, pensamos en cafeterías en Suiza. Nos compaginamos con la nieve, brindamos con comida en el Bodegón Fueguino, renacimos de nuestras peleas, regresamos de todas las enredaderas de nuestros sentimientos hasta saber quiénes éramos en un cuarto secreto, hablamos con un viejo que conoció cien años de Ushuaia, nos asomamos a unas habitaciones donde vivieron los antepasados.

Recordé el café Las Violetas al que nunca entramos / todo lo que vimos al pasar / todo lo que pensamos hacer y no hicimos, recordé todos los momentos de entusiasmo perdidos en la noche y cuando hablamos debajo de los castaños enormes de la Plaza San Martín, recordé cuando jugábamos con los reflejos en los cristales y cuando nos asomábamos a las parrilladas inventando novelas interminables. Evoqué cuando inventé lo que nos ocurriría al pensar que íbamos a alojarnos en la torre donde vivió Alfonsina Storni, evoqué aquellos momentos secretos que ni siquiera valorábamos al caminar por la calle o al ir en metro, recogí los instantes en que supimos que estábamos allí / los momentos de desvío / las horas en que nos sentíamos perdidos.

Pensé en cuando yo salía de mi despacho y ella me invitaba a una fiesta con la botella de vino / la comida puesta / y su entusiasmo, pensé en cuando me sentía un genio / y creía que estaba escribiendo el ensayo del siglo / e iba a despertar a todos los humanos de su marasmo desde mi cuarto desconocido, valoré todo lo que hablamos en momentos perdidos de la noche / las fiestas posibles que nunca realizamos / lo hermosas que eran precisamente por eso. Aquilaté los momentos en que ella me revolvía el pelo descuidadamente junto a la televisión / me hacía tener los sentimientos más peregrinos / me hacía ver los rincones más inesperados de la vida.

Recuperé las noches en que nos asomábamos con una copa de vino a la terraza, recuperé cuando escuchábamos el rumor de la ciudad y aquellos momentos de silencio en que aprendíamos a ser nosotros mismos, recuperé la tarde en que estábamos enfadados en la feria del libro y vagábamos entre ediciones sugestivas, recuperé cuando finalmente nos cogimos la mano y ella dijo: «estamos juntos contra viento y marea». Guardé la tarde en que íbamos por la calle Corrientes buscando el número 348 porque creíamos que un tango famoso podría tener allí alguna base real, queríamos saber qué había ahora en el número 348, intentábamos que las canciones tuvieran algo de verdad.

Saboreé cuando vagábamos por las librerías y vivíamos todas las portadas de los libros, saboreé cuando estábamos en otras épocas merced a las portadas de los libros y nos volvíamos tan interesantes por mirar portadas de libros, rebobiné cuando nos sentíamos como las siluetas recortadas de los personajes en las calles grises de las

portadas, rebobiné cuando estábamos en la ciudad de la literatura y nos sentíamos literatura. Rememoré todas las cafeterías en que no entramos pero podríamos haber entrado y todo lo que había detrás de los portales, sentí lo que ofrecían todos los libros / todos los rostros / todas las calles.

Recordé todo lo que pasamos juntos / cómo estábamos callados el uno al lado del otro / cómo estábamos uno al lado del otro con los ojos abiertos en la noche, recordé cómo nos oíamos respirar en medio de la noche, recordé todo lo que pasó en un instante y no le hicimos caso, recordé todas las frases que empezamos a leer en las novelas. Reviví todas las fantasías que vivimos apasionadamente en las estancias de la Pampa / todos los recuerdos casuales y solitarios que ella me soltó en noches atravesadas / todas las niñas que salían de los colegios / todos los solitarios que esperaban las películas en los cines, recordé todo lo que pudimos hacer juntos / todo lo que soñamos hacer algún día / toda la exaltación que no quedó registrada en ninguna parte / todas las muecas frágiles que hicimos detrás de los cristales.

Nuestro mito fue estar en Buenos Aires y lo vivimos en el vértigo, en las plazas elegantes, en las librerías de noche, en los teatros, en los cines bullentes. Lo experimentamos en las cafeterías donde se recordaba a Ernesto Sábato, en los rincones donde se había quejado Alfonsina Storni, en los cruces donde se levantaban torres bohemias. Lo sentimos en el obelisco que señalaba el cruce de las oleadas de la avenida más ancha del mundo, en los grandes almacenes de un lujo que quién podría comprar, en las riberas del río de la Plata. Lo soñamos en los barcos anclados, en los anticuarios de San Telmo, en los desvanes donde se ensayaba tango, en los trasteros donde se daban clases de baile, en los bancos donde los viejos se acordaban de Italia o de Croacia.

Lo supimos en los museos donde soltaba sus locuras Xul Solar, en las encrucijadas donde Castel se había apretado la cabeza, en las vidrieras donde se concibieron los héroes o las tumbas, en los espejos donde se vieron los otros o los mismos. Lo asimilamos en los restaurantes donde llegaron gauchos despistados, en los figones donde Oliverio Girondo hizo sufrir a las palabras, en las mesas donde Cortázar enloqueció con sus inventos, en las ventanas, en las fotos de Gardel, en las soledades. Existimos en las solapas de los libros, en los claveles, en los pianos, en los trozos de canciones, en las porcelanas.

Nos amamos en los jardines, nos besamos en los cines solitarios, nos peleamos en las callejas ahumadas del centro, nos asomamos a los portales con molduras de yeso, nos entusiasmamos con las violetas en los espejos, pensamos en cafeterías a las que nunca fuimos, soñamos con vivencias que nunca tuvimos pero que de todos modos en esa forma tuvimos, supimos vislumbres, nos convertimos en humo, nos negamos, nos redescubrimos, tiramos recuerdos en Puerto Madero, nos subimos a un buque escuela del siglo XIX como si nosotros también fuésemos pasados.

Queríamos estar en Buenos Aires y sentimos todo lo que dicen las canciones, lo que asoma en los libros, lo que imaginamos en las fotos, lo que olemos en los camiones que van al sur, lo que se sobreentiende en los orgullos de los taxistas, lo que callan las porteras. Conseguimos estar en Buenos Aires y llevamos todo aquello dentro de nosotros, cruzamos como imágenes las cafeterías, atravesamos las plazas transidas, respiramos en las tiendas llenas de porcelanas, tomamos

cerveza donde escribió Sábato, inventamos formas de bailar en la cafetería Richmond, paseamos por el templete del parque Lezama donde Martín amó a Alejandra misteriosamente.

A Consuelo, por inspirarme

